



*En los negocios y
en el placer... 3*

CAROLINA GATTINI



En los negocios y en el placer... 3

La que vale... vale

Carolina Gattini.

Prólogo.

Me llamo Penélope Doyle, y al fin estoy al mando de los negocios de la familia. He trabajado muy duro toda mi vida para estar aquí en este momento..., y ahora tengo la oportunidad de demostrar lo que valgo. Y para demostrarlo he tenido que cambiar mi identidad, no es que no esté orgullosa de mi apellido, el edificio en el que me encuentro ahora se llama igual que yo..., pero no podría demostrar mi valía sin hacer este pequeño engaño, aunque hay otra razón que es la que me ha obligado a hacerlo. Hay ciertos problemas en la empresa de los que me ha advertido Robert y por eso estoy aquí a pesar de mi edad. Él no consigue arreglarlos y me ha llamado para ayudarlo. Lleva llamándome para que lo ayude toda mi vida, aunque él es mayor que yo... Recuerdo cuando empezó a trabajar aquí y me llamó la primera semana, pidiéndome que me hiciera cargo de la empresa y que me reuniera con los accionistas porque no podía más, y yo sólo era una niña... ¡Si aún estaba en el colegio! Estaba muy loco, menos mal que ha asentado la cabeza... Gracias a Isabella.

—Robert, no me gusta el nombre que has elegido —me quejo mientras observo la documentación que me ha entregado.

—No está mal —dice estirándose en su silla frente a la enorme mesa caoba que domina toda la estancia delante de un enorme cristal desde el que se observa media ciudad.

—¿Mary Lucy Anne Jones? Es ridículo. ¿Y por qué Kansas? —me vuelvo a quejar ante su propuesta.

—Lo siento hermanita, pero no es opcional, ya he hecho los papeles a tu nombre, y bueno, tampoco es ridículo. Además tienes que aparentar ser una chica de pueblo que acaba de graduarse... Lo que es ridículo es cuando me llaman Bobby, como ese estúpido de Collin McLeod, que no hace otra cosa que martirizarme cada vez que me ve, yo no sé qué le he hecho para que nos haya llevado a este punto —se lamenta.

Hago caso omiso a sus quejas y abro el documento que me ha enviado en la tablet.

—He estado leyendo esto en el avión —digo negando con la cabeza—. No pinta nada bien. ¿Cómo hemos bajado tanto en el último año?

—Lo sé —admite apesadumbrado—. Es también culpa de ese idiota de McLeod. Se ha propuesto chafar cada plan que se me ocurre para rescatar la empresa. Nos roba cada idea. Por eso hay que descubrir quién está pasando la información, si es que existe.

—No te preocupes, tengo algunas ideas... —digo ajustándome las gafas que me ha dado para representar mi papel, aunque no las necesito, pero el cristal no tiene graduación y según él me servirán para ocultar mi verdadera identidad... al estilo de un superhéroe... He preferido no discutirle eso, porque razonar sobre superhéroes con Robert e Isabella sería ya el colmo para mí. Son un par de frikis y no voy a seguirles el juego.

Voy a ser su secretaria, o al menos fingirlo, porque en realidad Robert sólo va a aguantar unos meses en la dirección para seguir este plan que se me ocurrió para reflotar la empresa. Después Robert e Isabella van a seguir la tradición familiar de retirarse para vivir la vida... como hicieron mi padre y mi hermano mayor, Jonathan, antes que él.

Capítulo 1.

Observo a Robert y a su nueva secretaria desde dos mesas atrás en el restaurante, calculando mis posibilidades. Tengo que hacer algo, no pueden llevarse ese contrato, lo quiero yo. No me han informado de que iban a firmar hoy, ha sido casualidad verlos aquí. Y si firman volverán a crecer y a representar un problema para mí. No me gusta la competencia. No, no lo puedo permitir. Robert es un idiota y su nueva secretaria es demasiado joven para estar en ese puesto. No les puede salir bien, pienso acariciando la copa de vino que tengo delante mientras mi nueva novia me mira con la boca abierta.

—No tienes conversación —me reprocha y yo vuelvo la mirada hacia ella un segundo para volver a mirar a Doyle.

No le respondo, sino que me levanto y voy hacia los baños, porque he visto a la secretaria de Robert ir hacia allí. Esa rubia empollona va a ser mía. Se me acaba de ocurrir un plan brillante...

Robert no me ha visto y eso me alegra, así puedo acercarme a su secretaria... La he estado observando desde mi mesa y me parece que es la típica rubia que no se entera de nada. Será buena con los números, pero es un chachorrito para mí... Voy a hacer con ella lo que quiera... También me he fijado en que no intenta atraer las miradas, su forma de vestir, la ausencia de tacón, o su coleta y sus gafas, denotan su poco interés por la estética... Es que es tan fácil este trabajo que me he propuesto, que hasta creo que me voy a aburrir. Seducir a esa jovencita va a ser pan comido.

La intercepto antes de que entre en los baños de mujeres y ella me mira de arriba abajo sorprendida. No sé si sabrá quién soy, puede que me haya reconocido porque con mi última novia no paraban de hacerme fotos esos malditos periodistas, no vuelvo a liarme con una actriz en mi puñetera vida...

—Éste es el baño de mujeres —me recuerda frunciendo el ceño.

—No es el baño lo que vengo buscando.

—¿Cómo? —pregunta sorprendida.

—Te estoy buscando a ti.

Ella se ajusta las gafas y me mira directamente a los ojos.

—¿A mí? ¿Para qué? —pregunta negando con la cabeza.

—Pareces una mujer inteligente y quiero proponerte algo —le digo dándole mi tarjeta, que saco con elegancia del bolsillo interior de mi chaqueta de diseño italiano.

—Será una broma —dice ella boquiabierta sin coger la tarjeta y levantando la mano.

Yo me retiro un paso porque ella intenta darme un bofetón. Creo que ha malentendido mi propuesta... Es casi tan alta como yo y creo que el bofetón me habría dolido. No quiero volver a la mesa con media cara roja.

—No es lo que parece —le aclaro—. Tranquila.

—No se vuelva a acercarse a mí —me advierte.

—Espera —le pido cuando se da la vuelta—. Me llamo Collin McLeod, habrás oído hablar de mí.

Parece que mis palabras han surtido efecto, porque ella se da la vuelta de nuevo y me mira otra vez con una nueva expresión asintiendo. Casi he suspirado de alivio, casi.

—Sí, he oído hablar de usted. De hecho he oído muchas cosas.

—Entonces sabrás que puedo ofrecerte mucho más que ese idiota de Robert.

Ella alza las cejas con interés y sé que he conseguido lo que quería de ella. Me acerco y recupero el paso que había dado hacia atrás cuando quiso abofetearme.

Noto cómo se estremece ante mí... Ahora sé que podré tenerla en el bolsillo. Todas caen rendidas a mis pies con tanta facilidad...

—Llámame —le sugiero con la voz más seductora que poseo y con una media sonrisa antes de darle la vuelta y largarme del restaurante, antes de que me vea Robert y descubra por alguna casualidad mi estrategia.

No quepo en mí de alegría, no puedo tener tanta suerte, apenas me lo puedo creer. Miro la tarjeta en el interior del baño de mujeres y me dan ganas de gritar para celebrarlo. Ese tipo es más tonto de lo que mi hermano me dijo. Cuando se lo cuente a Robert... O tal vez debería ocultárselo, cuanta menos gente sepa mi estrategia, mejor. Ese presuntuoso de Collin me ha puesto en bandeja su propia derrota.

Ya lo intuíamos, pero ahora he podido ver cómo lo hacía, así es como ha logrado chafar todos los negocios que se proponía Robert. Collin tenía a

alguien dentro, puede que todavía lo tenga, pero no ha podido resistirse a intentar comprarme a mí también, “la nueva secretaria”, la mano derecha de su competencia. Se va a enterar este tipo de cómo nos las gastamos los Doyle. Puede que Robert haya sido un poco blando, es su carácter, pero yo no soy igual, yo pienso hacerle pagar cada una de sus tretas. Y haré lo que haga falta para conseguirlo, al fin y al cabo ahora la mayoría de las acciones están a mi nombre, aunque ese presuntuoso no lo sepa. Robert sólo está aquí para seguir con este plan, pero la dueña de todo esto soy yo y pienso defenderlo.

Cuando regreso a la mesa ese tipo ya no está, o por lo menos yo no lo veo por ninguna parte. He analizado cada una de las parejas que hay allí y no lo he visto.

Creo que se me nota la alegría en el rostro, porque Robert se me ha quedado mirando.

—¿Todo bien? —me pregunta mi hermano.

—He conocido a alguien —le respondo con una sonrisa.

La expresión de Robert no tiene desperdicio, pero no voy a contarle de momento lo que ha ocurrido, porque se enfadaría por lo que intenta McLeod y podría arruinar la firma con el hombre de negocios que tenemos delante. Robert no tiene la templanza necesaria para estos temas. Yo me parezco más a Jonathan y mi forma de actuar es como la de él. Aunque me gusta pensar que tengo mi propio estilo. Robert se enfadaría, Jonathan intentaría hacer lo mismo que McLeod y sobornaría o chantajearía a algún empleado de su enemigo. Mi plan es otro, mi plan es fingir aceptar la propuesta de McLeod y actuar en consecuencia. Mi plan es que no se lo vea venir, seguir con este estilo de niñata recién salida de la universidad, con mi aspecto poco intimidatorio, de hecho no me he puesto tacones para llamar menos la atención, porque soy demasiado alta para pasar desapercibida. Me siento disfrazada ahora mismo, entre las gafas, la coleta y los zapatos estilo bailarina, pero todo eso no me importa, estoy dando saltos de alegría en mi interior ahora mismo.

He tenido suerte, pero aún así no debo desviarme del plan original, que consiste en salvar la empresa, además tengo que descubrir qué empleado nos ha traicionado. Debe ser alguien muy cercano a la dirección. Ahora mismo no me fío de ninguno. Y no sólo no me fío de ningún empleado, sino de ningún hombre. Creo que estoy tan decepcionada con ellos, que corro el riesgo de odiarlos a todos sin excepciones. Bueno, a mis hermanos no, a ellos los quiero mucho, y tengo que protegerlos del resto, como por ejemplo de Collin

McLeod, pienso mirando con una sonrisa a Robert, que sigue hablando de los términos y condiciones que le ofrecemos a Eduard, el hombre que tiene delante, según le he recomendado esta mañana. Sé que nuestra propuesta es demasiado blanda, pero ahora mismo no podemos permitirnos ofrecer menos, mientras la empresa esté cotizando tan bajo. Y a pesar de nuestras deudas tenemos que seguir invirtiendo, no podemos seguir las sugerencias de los socios minoritarios, no podemos replegarnos, sino todo lo contrario. Ahora más que nunca hay que jugársela.

No es que yo sea muy atrevida en estas cosas, me gusta la seguridad, Jonathan es el más atrevido de la familia, siempre invirtiendo en cosas nuevas y reinventándose, aunque esa etapa empezó cuando conoció a Claudia. La cuestión es que yo no soy igual que él, pero tampoco me gusta la inseguridad y las formas comedidas de Robert con respecto a los negocios.

Regreso al piso de solteros que usaron mis hermanos y que ahora ocupo yo, un ático en Manhattan con lo último en la tecnología ideada para dudosos fines... ¿de seducción? No quiero ni pensar lo que habrán hecho aquí esos dos, pero lo primero que hice fue encargarme de cambiar la cama y las sábanas...

Saludo Paul, el portero, que sabe que soy Penélope porque he visitado alguna vez a mi hermano siendo yo misma, pero por si alguien le oyera me saluda como Mary Lucy.

—Señorita Jones —dice guiñándome un ojo.

Entre Robert, que le da la risilla cada vez que me llama Mary Lu, y Paul, que no se acostumbra a llamarme señorita Jones... Será un milagro que este plan salga bien.

—Paul, ¿alguna novedad?

—Le han traído un paquete —dice entregándomelo.

—No estaba esperando nada —respondo confusa aceptándolo.

Mientras subo en el ascensor que lleva directamente a mi piso me quedo mirando el paquete. Lo muevo cerca de mi oreja para intentar adivinar qué puede ser.

Cuando al fin las puertas se abren cuento unos segundos antes de abrirlo, no me gusta que nadie domine mis acciones. Quien quiera que sea la persona que me ha enviado este paquete, no puede dominar mis emociones, lo abriré cuando yo quiera. Dejo el paquete encima de la mesa de la cocina y miro la enorme pantalla que llena una pared... Creo que podría ver a Channing Tatum en 4k... De hecho lo primero que hago es dirigirme hacia el sofá, elegir uno de

los mandos que hay sobre él y empezar a buscar esa película que hizo sobre stripers... No tengo palabras para describir esa película o a ese hombre.

Y justo cuando va a salir ese prodigio de hombre en todo su esplendor en una pantalla de más de cien pulgadas recibo un mensaje en el móvil.

—¿Quedamos mañana? —pregunta Jenny en el grupo de amigas de la universidad.

—Estoy en Nueva York, no creo que pueda... —respondo inmediatamente.

—¿Qué haces en Nueva York? —pregunta ahora Claire.

—Pues ahora mismo ver a Channing Tatum en una pantalla gigante... —digo para no tener que explicarles el plan secreto que hemos ideado. Cuanta menos gente sepa, mejor—. He venido a visitar a mi hermano.

Las voy a echar de menos aquí, pienso observando a Channing de reojo, el cual es mi único consuelo, porque me siento muy sola sin Jenny y las demás.

—Creo que Helen está en Nueva York —dice Jenny—. Envíale un privado, porque nunca se entera de nada. Ya sabes que no suele leer el grupo.

No puedo evitar reír cuando me vienen a la mente las payasadas de Helen en la universidad. La pobre siempre metía la pata con todos los profesores, cada vez que se ponía a criticar a alguno, aparecía detrás. Era como si los invocara, deberían haber estudiado sus poderes en, no sé..., ¿en la facultad de ciencias, tal vez?

—De todas formas no estamos tan lejos, o vienes tú o nos plantamos allí en un par de horas —envía Jenny cuando me he quedado pensativa mirando a Channing.

Mientras la conversación deriva hacia comentarios sobre otras películas de ese actor, por ejemplo aquella en la que su esposa en la ficción tiene amnesia y no lo recuerda, yo me quedo mirando el paquete que me ha dado Paul mientras oigo el audio de Jenny, diciendo que si Channing apareciera diciéndole que es su marido y no lo recordara, le daría igual, que la película no tiene ningún sentido, cualquier mujer en su sano juicio afirmararía recordar que ese hombre es su marido aunque no lo recuerde.

Me levanto, camino hacia la mesa de la cocina y me decido a abrir el paquete.

Capítulo 2.

Llevo dos horas esperando una respuesta. Sé que ella lo ha recibido. No puedo permitir que una niñata recién graduada me deje esperando en mi despacho...

Decido levantarme y llamar al hombre que tengo infiltrado en el edificio Doyle.

—¿Dónde está la nueva? ¿Ha llegado ya? —pregunto descolgando el teléfono. No quiero que ninguno de mis secretarios sepa que tengo este contacto, no me fío de nadie.

—Ha sido la primera en llegar —me responde.

No digo nada más, le cuelgo el teléfono y refunfuño, porque es lo único que puedo hacer en este momento.

Llevo toda la vida construyendo lo que tengo, toda la vida luchando contra esos otros a los que se lo han regalado todo. He tenido que hacer trampas para llegar hasta aquí, no lo niego, pero cuando el sistema está montado para que los ricos sean más ricos, hay que jugar con ese sistema para poder entrar en él. Y ahora sólo estoy a un paso de superar a los Doyle, y sé que la clave está en conseguir atraer a un empleado muy cercano a Robert, y aquí se presenta la oportunidad en forma de secretaria ingenua. Lo que no logro entender es qué hace que no me haya llamado. ¿Tal vez he equivocado mi estrategia? Pero no puede ser, todas las mujeres que he conocido hasta ahora se han derretido como la mantequilla ante mis propuestas. Noté cómo se estremecía ante mí cuando me acerqué a ella... Y ninguna se resistiría a un regalo como el que le hice.

De pronto se me ocurre una idea, llamaré a un detective con el que he trabajado alguna vez. Debería haberlo pensado antes... La seguirá y descubriré todo sobre ella, qué hace en su tiempo libre, con quién queda, si tiene algún amigo al que tenga que quitar de en medio, porque tal vez ese sea el problema... Es que no me explico que no haya corrido hacia el teléfono desesperada... Si recibo mensajes continuamente de todas esas pesadas que no paran de agobiarme. De hecho creo que tengo que volver a cambiar de

teléfono... ¿Habré puesto el antiguo número en la tarjeta que dejé en la caja? Puede que me equivocara y pusiera el antiguo y ella ha intentado llamarme y no ha podido. Claro, esa es la explicación más coherente. Tendré que volver a enviarle otro regalo con el teléfono actual...

Descuelgo el teléfono y llamo a John, mi secretario.

—Prepara otro regalo para una mujer.

—¿El mismo regalo de siempre?

—No, otra cosa, porque es para la misma, no nos vamos a repetir —le respondo con suspiro al final.

—Sí, señor...

Ahora no fallaré, pienso convencido de mí mismo y de mi capacidad de seducción. A veces no es que esté tampoco tan seguro de si realmente tengo esa capacidad o es el traje y todo lo que me rodea, ya saben, la erótica del poder... Porque todavía recuerdo mis malos momentos en el instituto... Me enamoré como un idiota de una chica, Jane Fairfax... ¡Qué malos momentos pasé!

Me acerco al cristal que forma la pared de mi despacho, el cual me permite observar casi todo Manhattan, y mi vista se detiene en el edificio Doyle mientras, no sé por qué, empiezo a recordar con una mezcla de nostalgia y horror, los tiempos que pasé en el instituto. No es fácil llevar aparato y tener problemas de espalda... Tampoco es justo enamorarse y que te traten como al amigo eterno, o que se rían de tu declaración de amor cuando al fin te envalentonas y sueltas lo que sientes...

Después de aquello no volví al pueblo, de hecho aún hoy no quiero saber nada de aquel lugar. Sólo espero que Jane sepa quién soy ahora y lo que se perdió por tratarme como a un imbécil.

Muevo la cabeza intentando despejar mi mente y dejar a un lado esos recuerdos. Todo aquello pasó hace tiempo y debo pensar en todo lo que he conseguido desde entonces. Tengo que hacer un ejercicio mental y recordarme cuánto he logrado... No sé cuánto tiempo llevo mirando por esta ventana pero tengo varios mensajes, entre ellos uno de esa secretaria que se ha buscado Doyle. ¡Al fin surte efecto algo de lo que hago con ella! Seguramente no había recibido el número correcto. Ya me siento más tranquilo. Creo que por un momento la nostalgia me había hecho pensar en cosas que no debía. Yo no soy aquel que era, ahora yo no fallo nunca. En nada.

No quiero reírme delante de Robert, porque esto es un plan alternativo al

que ideamos juntos, pero cuando miro el móvil y veo el mensaje de Collin contestándome me entra la risilla y no puedo evitarlo, por lo que me excuso rápidamente.

—Tengo que ir al baño —le digo a mi hermano antes de salir corriendo del despacho.

Robert me mira por encima de sus gafas de leer y no puedo evitar devolverle una sonrisa. Ha cambiado tanto... Recuerdo cuando venía al colegio con esas pintas de mochilero perdido por el mundo. Como si no supiera de dónde viene, a dónde va o por qué está aquí, es decir, en este mundo... ¡Qué tiempos! Recuerdo que él fue quien me aficionó durante un tiempo a los cómics, pero de eso hace ya unos años, hay que madurar... Sin embargo Robert no lo ha hecho, y lo que le faltaba era Isabella, a la que también le gusta todo eso. Realmente hacen buena pareja.

Cuando al fin salgo del despacho y llego al baño, saco el móvil del bolsillo y leo detenidamente el mensaje de McLeod. Cuando me ha llamado Paul diciendo que había recibido un nuevo paquete sin remitente he tenido que ir corriendo a casa, no podía esperar de la emoción. Tras abrir el primero y ver la prepotencia de ese hombre, estaba deseando saber qué se le había ocurrido esta vez. Tras un vestido de un diseñador francés que debe haberle costado más que la última reforma de su edificio de oficinas, ahora me sorprende con un bolso de Gucci... Este hombre ya no sabe qué comprar. Si supiera que todo esto me da igual... ¿Así es como seduce a las mujeres? Hice bien no respondiéndole anoche. El pobre hombre estaba desesperado. Bueno, no es que me de pena, en realidad no creo que ningún hombre merezca el calificativo de “pobre”, creo que esa combinación de palabras debería ser una falta de ortografía. Reconozco que no he tenido suerte con el género masculino, pero no ha sido mala suerte, como dicen mis amigas, ni malas elecciones, la realidad es que: ¡Son todos tontos y no los soporto! Bueno, todos, todos no..., a los hombres de mi familia les tengo mucho cariño.

Miro el mensaje de Collin y vuelvo a sonreír. Le he contestado que me ha gustado mucho su regalo y que me gustaría que nos viéramos más tarde en su despacho. Sí, porque allí debe tener mucha información y sería para mí la oportunidad de descubrir su próximo movimiento.

Él me ha respondido bastante ansioso, diciendo que me recogerá a las siete, y yo le he dicho que será mejor que vaya yo, porque no quiero que se entere Robert, aunque eso último no se lo he dicho. Y ahora dice que enviará

un taxi. Ok, le digo rápidamente para salir cuanto antes del baño y que Robert no sospeche. Ya le contaré a mi hermano lo que he conseguido, cuando al fin consiga lo que estoy buscando. Siempre he pensado que es mejor contar los éxitos, y no los intentos, por si se quedan ahí, en un intento.

Vuelvo rápidamente al despacho y ya han llegado los otros abogados, entre ellos Philip y John, los amigos de Robert, y también dos graduados este mismo año, Kylie y Andrew. Sé que son jóvenes, pero también lo soy yo, y creo que pueden aportar buenas ideas. Además, han sido los mejores de su promoción. Me ha costado convencer a Robert, pero hay que ir dejando a un lado la imagen de empresa llena de viejos que tenemos. Además, cuando se vaya Robert definitivamente y salga a la luz mi verdadero nombre, así como que la empresa es mía, quiero tener a mi lado empleados leales elegidos por mí. Me gusta controlarlo todo y esto no es ni mucho menos una excepción.

Noto que mi móvil vuelve a vibrar y lo miro de reojo mientras los demás están hablando de un proyecto importante, la venta de la última sociedad que compró Robert.

Es McLeod, que me pregunta si tengo ganas de verle. Este hombre no debe andar muy bien de la cabeza... ¡Claro que tengo ganas! Estoy deseando colarme en su despacho. De hecho, lo he escrito y se lo he enviado. “Tengo muchas ganas de ir”, le he dicho.

Tengo que reconocer que estoy nerviosa, he dudado sobre si debería ponerme el vestido que me regaló, pero sinceramente, nunca he visto un trozo de tela tan pequeño con un precio tan alto, de hecho lo he consultado en internet para comprobar cuánto le habrá costado.

De todas formas tengo que seguir manteniendo la imagen de casi adolescente ingenua e impresionable. Por lo que no he podido evitar seguir vestida como una empollona con gafas y todo eso, el moño, el traje chaqueta abotonado hasta el cuello... Tendré que hacerme la tonta, así de paso gano tiempo. La verdad es que esta noche había planeado cambiar a Channing Tatum por toda la saga de Thor, pero bueno, aquí estoy, en el ascensor del edificio de oficinas de McLeod. Es todo soberbia en este lugar. Desde que he entrado por la puerta no hago otra cosa que ver ostentación por doquier. Debo decir que cuando a veces digo que habría que acabar con todos los hombres, salvaría al protagonista de Thor, a Channing y a los hombres de mi familia, y si tuviera que empezar a acabar con ellos, empezaría por Collin McLeod... Y después seguiría con todos los chulitos que creen que pueden conquistar a una ingenua

secretaria con cuatro regalos caros y ostentosos, tanto como lo es este lugar. Y si se trata de ver quién lo tiene más grande, el edificio Doyle posee dos plantas más, pienso enfadándome a medida que subo plantas y los números van pasando por la pantalla del interior del ascensor hasta que llego a la última.

También salvaría al protagonista de los hijos de la anarquía..., y así acabo mi lista de hombres que salvaría cuando al fin se abren las puertas del ascensor. Añadiría algún otro a esa lista, pero mejor desecho esos pensamientos ahora, hay que trabajar...

Llego a la última planta del edificio. Está llena de pequeños despachos formados en cubículos a ambos lados de un pasillo central, que lleva al único despacho que tiene la luz encendida a estas horas. Si pudiera acceder a cualquiera de los ordenadores de los despachos más amplios que hay cerca del de McLeod..., si tan sólo pudiera mirar dentro...

La tentación es grande, pero si me pillara él ya no podría hacer nada más, y seguramente tenga más que ocultar en su propio despacho, o mejor dicho en su cabeza. Me siento como un caballero que tiene que encontrar el tesoro protegido por un dragón, en el interior de una cueva. El problema aquí es que no tengo armadura, y que el dragón es más peligroso que si escupiera fuego.

—Te esperaba ansioso —afirma con una voz sensual que ya he oído antes en otros tipos que siempre, repito siempre, quieren embaucar a alguien con muy malas intenciones.

—Yo... yo —intento tartamudear como si fuera demasiado tímida, como para siquiera aguantar su mirada—. No he podido salir antes —respondo ajustándome las gafas y mirando al suelo incómoda. Es bastante más tarde de lo que habíamos dicho en un principio, pero es que Robert no me dejaba ir y no sabía qué excusa darle.

Lo veo sonreír cuando le miro de nuevo por encima de mis gafas, que vuelvo a ajustar a mi nariz.

Da un paso hacia mí y yo doy uno atrás. Vuelve a sonreír y yo me quedo boquiabierta ante su exceso de confianza. Se cree el muy presuntuoso que me derrito por él... Antes muerta que liarme con él.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando con Robert? —me pregunta girándose y caminando hacia el mueble-bar de su despacho.

—No mucho...

—¿Y qué opinas de él?

—No lo conozco lo suficiente —aseguro con una voz temblorosa.

—Vaya, eres muy hermética —dice volviéndose hacia mí con una copa en la mano con algún tipo de bebida alcohólica que no he podido ver, porque la tapaba con su cuerpo cuando la ha servido.

No pienso beber nada de lo que me ofrece.

—Decía en la nota que tenía una propuesta que hacerme... —susurro en un tono de voz bajo y miro el interior de mi copa.

Lo veo sonreír de nuevo y se acerca sin dejar de mirarme. Es demasiado alto incluso para mí, pero no me va a intimidar.

—Creo que eres más lista de lo que quieres hacer creer —susurra en mi oído acercándose demasiado.

Yo alzo la mirada y ajusto de nuevo mis gafas, aunque no era siquiera necesario. Es que no sé qué otra cosa hacer para parecer la típica secretaria ingenua. No sabía que sería tan difícil. Porque de no estar interpretando este papel, le daría un puñetazo en esa cara de guaperas de gimnasio que tiene y le declarararía la guerra por intentar comprar a una empleada de mi empresa. Sin embargo tengo que relajarme y parecer sumisa, aunque por dentro quisiera matar a este hombre.

—Gracias —susurro con la voz más suave de la que soy capaz en estos momentos.

Al menos el cabreo que tengo me ha hecho quebrar mi voz y tal vez parezca que estoy nerviosa, lo cual viene bien a mi papel de jovencita inocente.

—Robert no contrataría como secretaria a alguien que no fuera brillante.

Por un momento había creído que sabía quién soy, cuando ha dicho que era más lista de lo que quería hacer creer, pero afortunadamente sí lo soy. Él no.

—Procura rodearse de buenos empleados... —digo tímidamente tirando el alcohol de la copa que me ha dado en la planta ornamental que tengo al lado cuando él se dirige hacia la mesa que domina simétricamente su despacho.

—Lo sé, pero los Doyle ya no son lo que eran, y esos “buenos empleados” no querrán acabar sin trabajo cuando desaparezca la empresa —sugiere sentándose frente a su mesa y adoptando una postura de triunfador, poniendo los brazos encima de la madera caoba e inclinándose hacia delante.

No sé qué pretende ahora, primero se ha acercado demasiado y ha intentado que bebiera, ahora adopta esta nueva estrategia más propia de los negocios.

Me acerco y decido sentarme ante su gesto con la mano. Pensaba que

querría seducirme, pero ahora ha cambiado de opinión.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Los Doyle van a desaparecer, ocurrirá antes o después. Los que me ayuden a que ocurra antes... Digamos que hay vida más allá de ellos. Y podría ofrecerte algo más que un puesto de secretaria... No tienes que decidirlo ahora, preciosa.

Ahora me dice preciosa. Es el típico que se cree que todas las mujeres babeaban por él o por que les diga “preciosa”. Los conozco bien..., por desgracia. Bueno, en realidad no los conozco del todo, digamos que los conozco de lejos. Seguro que en el instituto era el típico guaperas que tenía a todas las chicas detrás y estaba en el equipo de football, vamos, el chulito de la clase... Sólo de pensarlo ya me está cayendo peor, aunque ya me caía bastante mal cuando me insinuó que quería comprarme para destruir a mi familia, por supuesto, pero esto es la guinda del pastel.

—No creo que debiera —me muestro insegura, no puedo aceptar tan fácilmente o sospecharía de mi decisión.

—Podrías ser algo más... que una simple secretaria —dice dejándome boquiabierta. ¿Qué insinúa? ¿Insinúa alguna guarrada o se refiere a un puesto mejor?

No tengo respuesta a eso, le podría presentar una demanda... No sé qué pretende, ¿otra vez intenta la seducción? Debe estar bastante desesperado si va cambiando así de rápido de estrategia. ¿Y éste ha llevado a mi hermano a la desesperación? Tengo que hablar con Robert, no sé qué le ha pasado en estos años, tal vez demasiado estrés... Realmente nunca estuvo hecho para esto.

McLeod se vuelve a levantar y se acerca a mí, que aún estoy sentada, pero no me da tregua ni tiempo a levantarme. Se arrodilla a mi lado y me acaricia la mejilla. Este hombre no está bien de la cabeza... No sé qué hacer, pero si me levanto y le doy su merecido destaparé mi verdadera identidad. No puedo hacerlo, tengo que fingir que me impone su presencia, o que me pone, mejor dicho. Que he caído en sus redes de “seducción”.

Sus ojos azules me miran de una forma profunda, no sé si con otras funciona, pero a mí me está dando una rabia... Y eso que he empezado a tomar unas pastillas para controlar mis cambios de humor. Realmente funcionan, ya no hay cambios, desde que llegué a Nueva York siempre estoy cabreada, especialmente desde que conocí a Collin McLeod en aquel restaurante hace dos días.

Debería ir a una de esas reuniones donde se juntan un montón de tipos violentos y comparten experiencias sobre sus ataques de ira, así podría controlarme en este momento mucho mejor de lo que lo estoy haciendo.

Él me sujeta por la nuca cuando estoy haciendo unos ejercicios mentales de positividad que leí en internet hace unos días para poder controlar esa ira de la que hablaba. Porque cuando vi las cifras reales en las que ha dejado este hombre la empresa de mi familia, tiré varias cosas por la ventana... No me da tiempo a darme cuenta de qué está haciendo hasta que tengo sus labios sobre los míos. ¡Dios santo!

Controla tu ira, Penélope, controla tu ira, me repito una y otra vez. Y cuando lo estoy repitiendo en mi cabeza, noto su lengua en mi labio inferior. Yo lo mato. Me aparto como puedo y respiro profundamente. Tengo que levantarme. No puedo seguir aquí o lo mato.

Él se aparta sorprendido y me deja ir cuando yo le echo hacia atrás y me voy de allí lo más rápido que puedo sin correr.

La he cagado, la mejor oportunidad que tenía para desmontar a Collin McLeod y de paso descubrir a quién tiene en mi empresa, y la desperdicio saliendo tan deprisa que le ha quedado claro lo que pienso de él y de su propuesta. Pero es que no me esperaba eso, que hiciera eso. Hasta ha sacado su lengua... Prefiero no pensarlo ahora, será mejor que intente relajarme, abrir el ordenador y buscar más información sobre cómo controlar la ira.

Recibo un mensaje en el móvil y temo por unos segundos que sea McLeod, pero cuando miro por el rabillo del ojo, veo que es Helen.

—¿Qué haces en Nueva York? ¿Ya has heredado? —me pregunta después de dos días de haber hablado por el grupo y haberle enviado un mensaje privado. A buenas horas lee lo que decimos.

—Aún no —miento, no puedo revelar a nadie lo que estoy haciendo o podría poner en peligro el plan, aunque Helen es de confianza. No es que no me fie de ella, es que se le podría escapar sin darse cuenta—. Ya sabes cómo es mi hermano. Se viene abajo enseguida y me llama para que lo anime.

—Siii, me acuerdo cuando venía al colegio a verte, con esas pintas...

—¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

—No, ahora estoy trabajando en una mega-empresa, mi puesto no es nada del otro mundo, pero de alguna forma hay que empezar. Digamos que soy la ayudante de la ayudante de una jefecilla, pero ahí voy. Al menos puedo pagar el alquiler.

—Me alegro, guapa, a ver si quedamos y nos ponemos al día.

—Claro, mañana mismo si te apetece, y nos desestresamos, que me llevan frita en el nuevo trabajo.

Helen no dice nada más y yo decido cerrar el ordenador y seguir viendo la saga completa de Thor, los vengadores, etc. Lo importante es que salga algún guaperas rubio y con los ojos azules.

No sé qué ha pasado realmente. Me he sentido rechazo por segunda vez en mi vida. Ha sido tan extraño. ¿No he sabido interpretar lo que Mary mostraba? ¿No estaba nerviosa por el momento, sino por mí? ¿Estoy perdiendo la seguridad y mi capacidad de seducir a cualquier mujer? No me gusta tener tantas dudas. Me volveré loco si sigo así.

Tengo que recomponerme y seguir. No puedo dejar que esto me afecte..., ¡pero si se llama Mary Lucy...!, con un nombre así no puede rechazarme. No, no puedo dejar que me afecte esto... Tengo que reinventarme, como he hecho siempre ante un reto o algo que me decían que no podía lograr. Yo siempre consigo lo que quiero.

Tengo que pensar... Me miro al espejo de mi habitación y no veo nada mal. Estoy igual que siempre. Si hace dos noches estuve con una modelo impresionante... ¿Ha cambiado algo desde entonces? ¿He perdido masa muscular? Necesito una segunda opinión, sí, eso es.

Decido bajar por el ascensor hasta el vestíbulo del edificio, donde aguarda con su uniforme el conserje nocturno, James.

—Señor —se recompone cuando me ve dirigirme hacia él.

—James, ¿me ves igual que siempre?

—¿Perdón?

—Si estoy como siempre o he cambiado en algo mi aspecto. ¿Me ves distinto?

James me mira entrecerrando los ojos de arriba abajo y luego frunce el ceño inquietándose al hacerlo.

—Es la primera vez que lo veo en pijama, tal vez sea eso.

Me quedo boquiabierto y niego.

—Eso no, quiero decir que si estoy igual de atractivo.

—No creo que yo sea el hombre adecuado para valorar eso. Tal vez debería hablar con Jefferson, el conserje de la mañana —dice alzando las cejas al final como si así me hiciera entender que el hombre del que habla es gay. Ya sé que es gay. Y sólo he pedido su opinión. A ver si es que he perdido

atractivo y le está pasando el mal trago de decírmelo a otro...

—No dudes que lo haré —afirmo dándome la vuelta y desapareciendo de su vista ofendido. No ha querido decirme que he perdido mi atractivo.

—Sí, señor.

Vuelvo a mi apartamento con más dudas que cuando bajé. Tal vez mañana llame a alguna de las chicas con las que he quedado últimamente. Hoy no estoy de humor. O tal vez vuelva a mi casa, porque llevo demasiados días en el apartamento y me estoy agobiando. No me gusta demasiado la ciudad.

Helen está como siempre, súper despistada, cuando me ha visto en el final de la barra yo ya llevaba media hora esperando. Recuerdo que solíamos decirle que habíamos quedado una hora antes de la real, porque así llegaba a tiempo. Siempre se pierde o calcula mal, el caso es que hay que esperarla.

Estoy en uno de esos locales de moda, no es que no esté acostumbrada a salir por este tipo de sitios, es sólo que aquí no conozco a nadie, y no me gusta. Aquí todos parecen estar pendientes de su físico, diría que los chicos más que las chicas... No me gusta, sinceramente, no sé por qué me ha citado aquí Helen.

Ella me saluda con la mano desde la otra punta de la barra y yo alzo la vista al techo cuando la veo tropezar.

—Lo siento, es que había mucho tráfico.

—¿Te has comprado un coche?

—No, bueno, en el metro.

—¿Tráfico en el metro? —pregunto alzando las cejas sorprendida.

—Bueno, no en el metro, es que he perdido varios y me he equivocado de línea, en uno me he metido al revés, es decir, en el que iba de vuelta, es que es un poco complicado esto de vivir en la ciudad.

En realidad Helen es el más claro ejemplo del papel que estoy representando ante McLeod, sólo que en su caso es real. Helen no es de Kansas, pero salvo por ese detalle, es igual que Mary Lucy Anne Jones.

—No deberíamos haber venido aquí si te venía mal.

—No, si el caso es que estaba cerca, a dos paradas, por eso te dije de venir aquí, lo que ocurre es que me he liado y he cogido el metro que iba y no el que venía... Bueno, prefiero no hablar de ello —dice apesadumbrada apoyándose al fin en la barra.

La pobre Helen siempre tan despistada en la vida, pero sólo en lo básico, porque como estudiante y trabajadora es un portento de mujer.

—Collin —me llama Katrina restregándose contra mi brazo cuando entramos en la discoteca.

—Dime, guapa.

—¿Por qué estás tan fuerte?

Dudo un segundo y decido decirle la verdad.

—Escoliosis.

—Escoliosis...

—Es genético.

—¿Y por eso estás fuerte?

¿Cómo le explico que debido a un desvío en mi columna tuve que hacer natación y musculación durante toda mi adolescencia y que no puedo dejar de hacerlo...? Porque si no me parecería más al jorobado de Notre Damme que al hombre que soy ahora o, mejor dicho, que represento.

—Realmente sí.

—Por genética estás así de fuerte... Vaya, eres como superman.

—Madre mía.

Ella me mira confusa, creo que he dicho esto último en voz alta.

No podía imaginar que fuera tan tedioso estar aquí con esta mujer. Creo que será mejor que nos vayamos a la cama. Eso no lo he dicho en voz alta, pero debería. Y justo cuando lo voy a decir veo a lo lejos a esa secretaria que me ha tenido un día entero preguntándome un montón de cosas absurdas y desquiciantes.

Si pudiera acercarme a Mary sin que me viera...

Olvido que he venido acompañado y me escabullo entre la gente dejando a Katrina con una copa en la mano mientras mira hacia la pista.

Intento ir acercándome lentamente. Hasta llego a doblar un poco las rodillas para que mi altura no me delate. Al menos en esta zona la música no está tan alta como para no oír lo que dicen. Mary está acompañada de otra mujer y dos chicos.

—Nos alojamos en un hotel cerca de aquí —le oigo decir a uno.

Así que no tiene novio, pienso despejando mis dudas y me acerco un poco más.

—No sé, yo me tomaría otra —dice la otra chica.

No quiero mirar o se dará cuenta de que estoy aquí, así que tengo que permanecer apoyado en la barra mientras tengo la cabeza girada hacia el otro lado.

—Mañana tenemos que levantarnos pronto, es que tenemos que hacer el casting —dice el otro chico.

—Yo me iría ya y acabaría la noche —dice Mary, y yo me quedo atónito —. Estos dos no tienen conversación, tal vez sirvan para otra cosa —suelta sin ningún comedimiento.

Me he quedado petrificado, no lo hubiera esperado nunca. Vaya boquita, y vaya con Mary Lucy Anne... Entonces, si no es tímida, ni tiene novio, la realidad es que no le gusto en absoluto...

Mientras estoy intentando recuperarme de mi aturdimiento una voz llamándome resuena a mi espalda.

—¡Collin! ¿Por qué me has dejado sola? —dice Katrina con ese tono de voz demasiado agudo.

—Cállate —digo entre dientes.

Ella monta en cólera y dice mi nombre completo.

—Collin McLeod, ésta es la última vez que me dejas sola, ya no quiero verte, a pesar de tu escoliosis —me grita y se da la vuelta airada.

Desde ayer todo me sale mal...

—¿Señor McLeod? —dice otra voz.

Me giro y veo a esas dos que estaba intentando espiar. La cara de Mary es un poema, se ha quedado con la boca abierta literalmente.

—¿Sí?

—Soy Helen Pierce. Puede que no se acuerde, pero me contrató hace un mes —dice la morena.

—Ahora mismo no recuerdo... —reconozco todavía en estado de shock por todo lo que está pasando esta noche.

—¿Es tu jefe? —pregunta Mary y yo le devuelvo la mirada confuso. Ya me he dado cuenta antes de que no llevaba gafas, pero es que su imagen es muy distinta a la que tenía ayer, ahora que la tengo más cerca y observo detenidamente su aspecto.

—Sí, es el dueño de la mega-empresa que te he dicho, Pe...

—Mary, me llamo Mary Lucy, no nos han presentado antes —dice Mary con una sonrisa muy tensa. No debe estar contenta de haberme visto aquí, al parecer.

—¿Qué dices? —le pregunta Helen.

—Tenemos que irnos, que esos dos ya están intentando liarse con otras —le dice antes de tirar de su brazo y salir corriendo de mi vista.

Desde luego hoy no es mi día... o mi semana... ¿Tanta repulsión siente hacia mí?

Casi metemos la pata hasta el fondo. No entiendo cómo puede ser tanta casualidad. ¡Y casi me descubre! Eso habría sido el fin de mis posibilidades de introducirme en la empresa de McLeod. Quiero pensar que aún sigue en pie su propuesta, es sólo que estoy esperando a ver cómo podría aceptarla sin generar sospechas. Porque además todo salió muy mal el otro día. Y hoy encima me ha visto así vestida. Sólo espero que no me haya oído hablar con Helen sobre los dos tipos que nos habíamos ligado.

—Pero, ¿qué dices Penélope? ¿Por qué has dicho que eres Mary Lucy?

—Helen, tenemos que salir de aquí ya, te lo explicaré todo cuando estemos lejos, pero ahora tenemos que irnos —le ruego tirando de su brazo.

—De acuerdo —consiente siguiéndome, aunque no tenía alternativa, porque la he agarrado del brazo tan fuerte que creo que hasta le he clavado las uñas en algún momento, sin querer. Ha sido la tensión.

No he pasado tanto estrés en mi vida. Al menos ahora vamos en un taxi y podemos respirar tranquilas, bueno, yo, porque Helen me mira con mil preguntas en sus ojos. Y ahora en su boca:

—¿Pero qué ha pasado con mi jefe?

—Verás, no soy quien digo ser, o mejor dicho, soy Penélope, pero no estoy en Nueva York como Penélope.

—¿Ahora eres Mary Lucy?

—Más o menos... —susurro bajando los hombros con pesar.

—¿Esto es por los problemas de tu hermano?

—Sí... Y nadie tiene que enterarse de nada, tienes que prometerlo —le ruego.

—Ya sabes que puedes confiar en mí, pero tienes que contármelo todo. ¿Es que te gusta mi jefe?

—Pero, ¿qué dices? ¿Cómo me va a gustar? ¿Por qué dices eso? —niego rápidamente muy ofendida.

—No sé, os habéis mirado de una forma. Además, está buenísimo... No sé por qué te pones así.

—No es lo que estás pensando, es que creo que no esperábamos vernos... Y no está bueno, es el típico engreído... Arg, no diré nada más al respecto, arg, repito.

Decido explicarle todo lo que ha ocurrido hasta ahora, incluido el beso

que me dio en su despacho, necesito consejo de alguien que no sea mi mente trastornada... Porque he estado dándole bastantes vueltas a todo lo que pasó, fue tan raro.

El taxi llega a mi casa y Helen me acompaña. Hoy tendré compañera de piso.

—Señorita Jones, me saluda Paul cuando llego al vestíbulo del edificio.

—¿Él también está metido en el ajo? —pregunta Helen abiertamente. Y por esto era por lo que no quería decirle nada. Si no se entera nadie más será un milagro.

—Sí, pero no lo recuerdes más, te lo suplico.

—Oh, sí, por supuesto, estamos en la misión... —dice guiñando un ojo, algo que también hace Paul.

—Vámonos ya —digo tirando de su brazo por segunda vez en esta noche mientras ella sigue haciendo guiños a Paul riéndose.

—Es tan divertido.

—Has bebido demasiado esta noche.

—No tanto como tú —dice guiñando el ojo de nuevo—, Mary Lucy. Por cierto, ¿cómo se te ocurrió ese nombre?

—Fue a mi hermano, prefiero no hablar de ello...

Llevo una semana pésima. Últimamente todo me sale mal. Pero, ¿qué he hecho yo para merecer esto?, me pregunto una y otra vez. He empezado la mañana analizando todo lo que me ha ocurrido desde que conocí a esa secretaria. Doyle me ha chafado un negocio importante, dos chicas han pasado de mí como de la peste y por último no logro entender cómo abordar a esa Mary Lucy. He perdido mi seguridad. ¿Acabará en uno de esos retiros espirituales con una toga naranja? ¿Qué será de mí?

Las preguntas estúpidas llenan mi mente cuando recibo una llamada del detective que contraté para seguir a Mary Lucy.

—¿Sí? ¿Alguna novedad?

—Señor McLeod... —me nombra y se detiene a carraspear—. Más que una novedad es la falta de novedades. Es decir, no encuentro información sobre la chica. La he estado siguiendo y hace cosas un poco raras.

—¿Cosas raras? ¿Qué cosas raras?

—Le he pasado las fotos al e-mail, puede comprobarlo usted mismo. Digamos que parece dos personas. He llegado a pensar que tiene doble personalidad.

Doble personalidad... Claro, por eso en aquella discoteca estaba tan salida... A lo mejor lleva dentro una pequeña ninfómana, lo cuál me da la idea y la solución a mis problemas. Lo que tengo que hacer es pillarla cuando esté en su otra personalidad, la de la ninfómana, y así podré hacer que se enamore de mí, podré acercarme a ella. Siempre encuentro la solución a todos los problemas. No es que no tenga, de hecho llevo toda la vida teniendo unos cuantos más de serie que el resto de los que he conocido, pero la ventaja es este cerebro que me ayuda a solucionarlos. Esa es la diferencia que me ha hecho crecer laboralmente, la capacidad de resolver problemas. En los negocios... Y en otros ámbitos.

—Sigue investigando y vuelve a llamar cuando tengas más información.

Cuelgo y abro inmediatamente el e-mail para ver esas fotos.

Amplío las imágenes y las analizo por mí mismo. Viste de una forma distinta, no lleva las gafas, es muy extraño. Incluso no parece la misma, es como si tuviera una gemela mala. Tal vez debería seguirla yo mismo. De hecho es lo que voy a hacer ahora.

La he cagado, he perdido la oportunidad de acercarme a McLeod y acabar así con él. Tendría que haber mantenido mi papel de niñata incluso en mi tiempo libre. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. O con quien nos podemos encontrar. Al final el mundo es un pañuelo. El problema es que con este aspecto, con esta imagen, no lograría atraer a ningún hombre, y una tiene sus necesidades...

O tal vez debería ir a lugares menos snob donde sea imposible encontrar a McLeod. Sí, ésa es la solución.

Estoy en el despacho de mi hermano, aunque ya es mío, tratando de cerrar un negocio con una internacional que ha bajado el precio en bolsa. Y ambos estamos de los nervios. No me gusta discutir con él, pero a veces es necesario.

—No creo que esto nos beneficie, Penélope. Deberíamos hacer negocios con gente que esté arriba, no con gente que está hundiéndose como nosotros.

—Tú me llamaste porque ya no sabías qué hacer, tal vez tus ideas no fueran tan buenas.

—Y tú eres muy cabezona.

—Lo admito, ¿pero alguna vez me he equivocado?

—El problema de tu actitud es que el día que te equivoques, será muy dura la caída, para ti y para la empresa. Eres demasiado joven para ser tan... Tan... No sé ahora la palabra.

—¿Pues si no sabes la palabra cómo voy a serlo?

—¡Prepotente!

—Pues a lo mejor tengo motivos para serlo. A lo mejor tú eres lo contrario —le grito.

—¿Qué son esos gritos? —pregunta Isabella entrando en el despacho justo cuando pronuncio la palabra impotente.

Mi cuñada me dirige una mirada de reproche y luego a mi hermano.

—Penélope, parece mentira que te comportes así.

—Ha sido él —me defiendo.

—Da igual, ya sé que él no tiene remedio —admite Isabella y mi hermano se queja pero ella continúa sin hacerle caso—. Pero tú eres la adulta, no puedes perder los nervios así.

—¡Oye! —se vuelve a quejar Robert.

—Cariño... cállate.

Si Robert se ha ofendido a Isabella no parece importarle demasiado, puede ser que tras años de matrimonio la actitud no sea tan cariñosa como al principio, aunque ahora que lo pienso, siempre lo ha tratado así, creo que a él le gusta. Isabella es tan pequeña y Robert tan alto, que parece una broma ver cómo lo maneja...

—Y ahora pedid perdón, el uno al otro.

—No quiero —decimos al unísono.

Isabella resopla y pone los ojos en blanco.

—Pero es que ella nos llevará a la ruina —se queja Robert otra vez.

—No, a la ruina nos has llevado tú —respondo.

—Ha sido McLeod —nos interrumpe Isabella—. Y ahora haced las paces o habrá ganado él.

—Tienes razón, ese maldito McLeod —dice mi hermano.

—Acabaré con él —le apoyo.

—No hay nada como un enemigo común para hacer las paces —dice Isabella sonriendo satisfecha—. Por cierto, ¿cómo piensas acabar con él?

—Eso, querida cuñada, es una sorpresa —respondo sonriendo, aunque ya no estoy tan segura de poder seguir ese plan, porque he cometido demasiados errores.

—Creo que es mejor que no pregunte nada más —reconoce, porque me conoce.

Recibo un mensaje de Helen y me despido de ellos, será mejor que le

explique Robert a Isabella los pormenores de la nueva estrategia de la empresa. Yo necesito un descanso, llevo todo el día aquí metida, y encima autoflagelándome por haber cometido tantos errores con el idiota de McLeod.

Mientras camino hacia el pub irlandés en el que he quedado con Helen, uno al que no iría McLeod, voy quitándome las gafas, las horquillas del pelo y abriéndome el escote para parecer normal. Poco a poco voy sintiéndome yo misma, liberándome del personaje de Mary Lucy. Y cuando traspaso la puerta, vuelvo a ser Penélope.

—Estoy aquí —saluda Helen haciendo aspavientos con las manos, que ya está tomando la primera, o tal vez la segunda cerveza.

Le devuelvo el saludo y me dirijo hacia ella, tirando el bolso en el banco y dejándome caer sin fuerzas para seguir de pié.

—¿Problemas?

—Más o menos, pero ahora no tengo ganas de hablar de ellos, mejor busquemos un par de chicos guapos con los que ligar.

—¿Aquí? —pregunta mirando a su alrededor.

—Por algún sitio hay que empezar.

—No sé, no me gusta ninguno — señala hacia la barra y niega.

—Pues yo veo unos cuantos que para un rato, a ver no es para toda la vida...

—A ti es que te gustan todos.

—Todos no, pero ya he visto cuatro que me follaría —respondo echándome hacia atrás para topar con el que hay sentado detrás—. Disculpe —digo girándome y reconozco a McLeod.

No puede ser que tenga tan mala suerte. No puede ser casualidad. Me pregunto si me habrá oído. Porque de ser así adiós a mi fachada de inocente secretaria que no se entera de nada. Encima mi aspecto no es el que debería ser, otra vez. Desde luego esto ya no hay quien lo arregle.

—Señor McLeod —dice Helen, y menos mal, porque yo me he quedado con la boca abierta intentando decir algo como un pez fuera del agua.

Él clava su mirada en mí tras un breve saludo con la cabeza hacia mi amiga, sentada frente a mí.

—¿Has pensado en lo que te propuse? —me pregunta con una voz seductora, casi susurrándome al oído.

No sabía que seguía en pié la propuesta.

—Yo... Yo... —le respondo tartamudeando, esta vez no es fingido,

simplemente no esperaba esto.

—Ven a mi despacho en una hora.

Yo me limito a asentir cuando él finalmente se levanta, como si supiera que iba a aceptar, ¡qué prepotente!

Capítulo 3.

Otra vez la inseguridad, esa maldita inseguridad que no sentía desde hacía años. Y ahora en mi cabeza lo único que resuena es que olvidé preguntarle al conserje de la mañana si he perdido atractivo. Realmente no sé si vendrá Mary, creo que ha asentido con la cabeza, pero no estoy seguro, me he levantado tan rápido que no me he dado cuenta. He sido un idiota al actuar así, pero es que he pensado que si le daba tiempo a pensar se negaría, claro que ahora tampoco sé si vendrá. Y aquí estoy en mi apartamento dando vueltas de un lado a otro esperando, y por si fuera poco, al ser de noche no puedo preguntarle al conserje de la mañana si soy atractivo.

Consulto el reloj de pulsera y me doy cuenta de que hace una hora que le dije que fuera a mi despacho en media hora. Me pregunto si habrá tráfico... Y no puedo evitar acercarme a la ventana para comprobarlo y darme cuenta de que me estoy comportando como un adolescente. Y cuando estoy a punto de darme contra el cristal para auto-castigarme por ser tan idiota, veo el coche que he enviado para recoger a Mary en la puerta de mi edificio de oficinas. Lo he hecho así para que no se negara a venir a mi apartamento.

De pronto recuerdo lo que he visto esta tarde, cuando la he seguido, ha salido del edificio Doyle y ha empezado a hacer cosas muy raras. Creo que la doble personalidad se estaba manifestando en ese momento. Y en el pub cuando la he oído decir que se follaría a unos cuantos... no sé es un cambio muy radical, pero hace unos días la vi también muy distinta en aquella discoteca. Sólo espero que siga con esa personalidad, creo que me facilitaría las cosas.

Observo por la mirilla de la puerta que da al pasillo común que comparto con el apartamento de enfrente. Me aparto rápidamente de la puerta y compruebo en el espejo junto a ella si estoy presentable. Un poco despeinado de tanto pasar las manos por el pelo, sumido como estaba en mi desesperación.

El sensor de movimiento me alerta de que ya está aquí, trago saliva y abro.

Tras un repaso de arriba abajo que no he podido evitar, me doy cuenta de

que ha vuelto a su otra personalidad, la de secretaria con gafas y coleta. Y sin embargo lleva la misma ropa de antes, sólo que se ha abotonado hasta el cuello la camisa.

Ella me mira con timidez y yo no puedo evitar fruncir el ceño.

—¿Quieres algo para beber?

No dice nada con palabras, se limita a asentir y yo me dirijo al mueble bar que hay junto al televisor.

—Ponte cómoda —le sugiero mientras sirvo las copas—. ¿Has pensado sobre mi oferta?

—Sí, y creo... Creo que Robert tiene unas ideas muy anticuadas, creo que preferiría trabajar con usted.

Me giro ligeramente y con la botella aún en la mano y la veo sentada en el sofá con las piernas muy juntas y las manos sostenidas en sus rodillas mientras mira al suelo. Si no la hubiera visto antes hablar como hablaba, no habría creído lo de la doble personalidad, porque menuda diferencia.

Acabo de llenar las copas y le ofrezco una sin dejar de mirarla con una media sonrisa.

—Por un futuro juntos —digo alzando la copa y chocándola con la de ella.

—Por un futuro juntos —repite ella con un brillo en los ojos. ¿Estará entrando en su otra personalidad?

—Quiero saber, para empezar, cuál es el siguiente proyecto de Robert, ¿cómo piensa reflotar la empresa?

—Yo... Yo... No sé, no me siento bien haciendo esto —dice levantándose cuando yo me he acercado.

—Espera, tengo preparada la oferta aquí mismo —digo mostrándole la carpeta que llevo observando encima de la mesa frente al sofá durante la hora que he estado esperándola—, además, tú misma has dicho que Robert está anticuado. Seguramente ni siquiera escucha tus propuestas, no las valora, y por ello tampoco merece tu lealtad...

—Desde luego, no cree en las propuestas que hago...

—¿Lo ves? No tienes por qué temer hacer algo mal —digo en el tono más sensual del que soy capaz y apoyando mis palabras con una caricia en su hombro. Noto cómo se tensa y entonces vuelvo a ofrecerle la carpeta—. Ya está firmado.

Ella la acepta y me mira con una sonrisa tímida.

—Bueno, Robert quiere dedicarse ahora a la exportación...

—¿Exportación?

Ella asiente y me sonrío de nuevo.

—Con China, va a cerrar un negocio con un empresario chino.

—¿Un empresario chino? ¿Quién?

—No lo sé, sólo le he oído hablar de él con Isabella. No me cuentan gran cosa sobre sus proyectos porque temen que haya un espía dentro.

—¿Lo saben?

Ella asiente ajustándose las gafas. No me había dicho nada el contacto que tengo allí, desde luego ya no puedo confiar en él.

—A partir de ahora tú serás la que se encargue de esos temas.

Ella vuelve a asentir mirándome de una forma muy extraña, con ese brillo en los ojos. Tengo que seducirla para que no me traicione. No me queda otra opción.

—¿El otro también estaba en el equipo directivo?

—Sí, pero no tiene muchas luces. Ven, había preparado la cena...

Este hombre es tonto de remate. Sólo tengo que ganarme su confianza y acabaré con él. Va a ser tan fácil que no va a tener mérito cuando caiga finalmente. En realidad lo difícil va a ser acercarme a él, físicamente. Es decir, lo difícil va a ser por mi parte. Este tipo de hombres me generan rechazo. Se creen que todas babeamos por ellos, que pueden tener lo que quieran.

Lo tengo sentado frente a mí y me repugna, pero a pesar de todo yo le sonrío como una idiota. Creo que la única forma de poder llegar siquiera a tocarle es olvidar por unos segundos quién es, lo que representa respecto al género masculino y que quiere hundir mi empresa. Va a ser difícil, porque la ira me invade, a pesar de las pastillas, la terapia a la que me he apuntado y los consejos de Helen. Lo cual me recuerda uno de los que me ha dado, "piensa en sus ojos, son preciosos", ha dicho. Ok, no tengo que acostarme con él, sólo acariciarle tal vez. A saber con la cantidad de mujeres que ha estado, o si tiene alguna enfermedad... Creo que ni podré tocarle.

—¿Te gusta?

—Sí, muchas gracias.

—Eres muy joven. ¿Cuánto hace que te graduaste?

Éste quiere mantener conversación y no sabe por dónde empezar, madre mía, ¡qué desastre! Voy a tener que lanzarme yo... Y respecto a la pregunta que ha hecho, no pienso decirle nada.

—No hace mucho.

—No es habitual que Robert contrate a gente tan joven, y menos para un puesto así.

No me gusta el cariz que está tomando esto. Será mejor que haga algo antes de que siga preguntando. Lo miro por encima de mis gafas y cambio de estrategia. Decido levantarme y hacerme más tímida que antes, si es que eso es posible.

—¿Te quieres ir ya? —me pregunta con un tono de decepción en su voz y en su rostro. No sé qué le pasa a este hombre, no es como esperaba. Aún estoy esperando ver esas dotes de seducción de las que he oído hablar. Lo veo un poco... no sé, inseguro tal vez.

—Es tarde, tengo que llamar a mi madre cuando llegue a casa —es lo primero que se me ha ocurrido decir.

—Llámalas desde mi habitación, y le dices que ya has llegado —dice levantándose también y acercándose.

—Pero estaría mintiéndole —esta conversación es lo más estúpido que he hecho en mi vida.

Entonces él se acerca hasta estar a mi altura y me sonrío de una forma que me ha puesto los pelos de punta.

—Eso, querida, ya lo estás haciendo al firmar esos papeles. Ahora eres mía.

El pobre es un poco lelo, y mi carácter me exige que le diga quién soy realmente y que no puede chantajearme, pero mi parte racional me dice que mantenga la calma y que le siga el juego si quiero ganarlo.

—Yo... —me limito a decir.

—Tú ahora eres mía —me amenaza, pero a la vez es como si estuviera proponiéndome algo muy seductor. Los hombres tan subditos, tan prepotentes, normalmente son como decirlo... Mucho ruido y pocas nueces, ya saben lo que se suele decir...

Ni las pastillas, ni la terapia, a la que por cierto aún no he ido, esto no lo va a arreglar nadie, me puede la rabia y cuando estoy a punto de explotar él me quita las gafas y me mete la lengua hasta la garganta.

Tal vez por la rabia que siento desde que le conocí, por sus besos, su lengua, su deseo, el tiempo que hace que no echo un polvo, lo siento todo de una forma tan excitante. Por un segundo me dejo llevar y le agarro del cuello para acercarlo más a mí. Lo saboreo, le atraigo con fuerza hacia mi cuerpo.

Por un segundo le deseo, tal vez un minuto... tal vez dos. Deslizo una y otra vez mi lengua por el interior de su boca, acariciando la suya, suspirando contra él y entonces noto su erección.

—Esto no está bien —me excuso confusa realmente. Esta vez no tengo que fingir estar totalmente desconcertada.

Él me mira más confuso aún cuando me doy la vuelta y salgo de su apartamento.

Me detengo a mitad del pasillo para poder respirar con normalidad antes de salir a la calle o simplemente que me vea otro ser humano. Aunque creo que lo que necesito en realidad es precisamente eso, encontrar otro ser humano y desfogarme, porque esto ha sido muy raro. Yo odio a ese hombre, de eso no hay duda. No sé qué me ha pasado. Y según mis conocimientos de psicología tengo dos opciones, hacer un mundo de todo esto o la que voy a elegir, hacer como si nada hubiera pasado.

Necesito ir a esa terapia contra la ira, porque estoy pensando en darme cabezazos contra la pared y usar mi ira contra mí misma...

Mientras espero en la sala donde me ha indicado la recepcionista observo con detenimiento a dos hombres que hacen lo mismo que yo, esperar mirando a la nada. Tienen toda la pinta de estar locos, no como yo, que estoy aquí sólo por algún problema puntual, y sólo porque Isabella y, sobre todo, mi hermano ha insistido, aunque yo misma reconozco que debía hacerlo. Cada vez que veo a Collin McLeod o leo sobre él en los periódicos me tiro de los pelos, rompo algún jarrón o simplemente grito. Y desde hace tres días no me dejan conducir..., pero prefiero no hablar de ello.

El hombre que tengo a mi derecha intenta hacerse el despistado cuando le clavo la mirada, el otro la mantiene desafiante. Suspiro al ver el panorama que me rodea y pongo los ojos en blanco cuando entran dos tipos más... Uno de ellos lleva demasiados tatuajes y muchos más collares de oro, debe ser un cantante de rap o un boxeador, no sabría decir. Creo que estoy perdiendo el tiempo. Decido levantarme y largarme cuanto antes cuando de repente aparece la doctora que se supone va a meter en cintura a estos tipos.

—¿Todo bien? —pregunta ella y yo niego con la cabeza.

Finalmente recapitulo y asiento.

—¿Cuánto tiempo durará esto?

—Depende de ustedes, pero por hoy estaremos aquí cuarenta y cinco minutos.

Consulto el reloj y pienso que puedo permitirme esta pérdida de tiempo si así consigo sobrevivir al próximo encuentro con McLeod.

—Acompáñenme —se limita a decir, y todos los “caballeros” y la “dama”, que soy yo, la seguimos hasta una sala con varias sillas dispuestas en círculos con las paredes pintadas en color crema.

En algún sitio leí que ese color amansa los nervios, y que suelen pintar así los manicomios.

—Voy a matar a mi hermano —me doy cuenta de que he dicho eso en voz alta cuando todos se giran para observarme menos la psicóloga, que debe estar acostumbrada.

La doctora nos indica que nos sentemos y comienza a preguntar los motivos por los que hemos acabado en su consulta.

—Me llamo Jayden y estoy aquí porque me ha obligado un juez —asegura el que parece un rapero.

Dios mío, como esto siga así... me levanto y me voy.

—Jayden, ¿por qué te ha obligado el juez?

—Porque me tiene manía.

—¿Por qué crees que le ocurre eso, Jayden? —pregunta de nuevo ella como si lo que ha dicho ese hombre tuviera algún sentido.

—Porque me condenó hace tres meses y cuando salí de la cárcel me estrellé con el coche... contra su coche.

Se hace un pequeño silencio y la doctora mira al siguiente.

—Me llamo Connor y estoy aquí porque fui a la casa de mi vecino con un bate de baseball.

Todos podemos imaginar qué pasó con ese bate y esa casa.

No dejo de pensar en lo que ocurrió con McLeod, pero si yo le odio. De hecho es que si lo tuviera ahora frente a mí lo agarraría del cuello y le pediría ese bate al paciente que estaba contando su experiencia.

—Penélope, es tu turno.

—¿Ya han hablado todos? —pregunto mirando a mi alrededor. Tal vez me haya abstraído pensando en lo que haría yo con un bate...

—Ya han hablado, ahora te toca a ti. Cuéntanos.

—Me llamo Penélope y me ha obligado mi hermano.

—¿Y por qué crees que te ha obligado?

—Porque el lamborghini de mi hermano ahora es un cubo de metal todo apretadito.

—¿Era lo que pretendías hacer?

Me detengo a pensar ante sus palabras y todos me miran esperando la respuesta.

—No lo sé —digo encogiéndome de hombros.

—¿Hay algo más que quieras compartir con el resto?

—En principio no.

Ella se acomoda en la silla y se ajusta las gafas antes de preguntar qué creemos que podemos aportar al grupo y qué esperamos conseguir tras la terapia.

—Yo quiero que acabe cuanto antes —afirma Jayden con toda la sinceridad del mundo.

—Yo quiero poder volver a mi casa, porque mi mujer no me deja para no tener más problemas con los vecinos.

—Yo quiero poder mantener un trabajo más de dos meses —dice otro y tengo que contener las ganas de resoplar. Vaya conjunto de inútiles que hay en esta sala...

—Yo quiero poder follarme al hombre que más odio en el mundo sin matarlo después... O antes.

Ahora sí que me miran todos... No sé por qué pero lo he dicho en voz alta.

—Interesante, trataremos ese tema más adelante, ahora quisiera que expusieran qué creen que pueden aportar a los demás en esta terapia.

Todos empiezan a hablar sobre que no creen poder aportar nada sino más bien todo lo contrario, seguramente tengamos menos que aportar que una persona normal.

—Yo intento controlarme, me lo repito cada vez que noto cómo se me acelera el corazón, pero luego no sé qué pasa que todo sucede como si estuviera viendo la escena en tercera persona. Es incontrolable —dice Jayden apesadumbrado.

Todos asentimos con la cabeza.

—Yo no consigo hacer mi trabajo, no puedo estar cerca de ese hombre sin que luego tenga una crisis y rompa todo a mi alrededor o simplemente salga corriendo de su lado y quiera darme cabezazos contra una pared —confieso.

—Y al parecer es necesario trabajar con él —especula la doctora mirándome.

—Es necesario.

Y por cómo me miran ahora los demás creo que piensan que me dedico a

la prostitución.

—No es lo que piensan —digo rápidamente.

—Penélope, aquí nadie te va a juzgar.

—No no, es que no es lo que piensan, es un tema complejo, pero es algo que quiero hacer por voluntad propia, no por dinero... Bueno sí hay dinero de por medio, pero no es lo que parece —digo acelerada pero creo que no me he explicado bien.

—No tienes la obligación de contarnos los motivos.

—Es que no es eso, yo sólo he venido porque quiero aprender a controlarme y estar más tranquila.

—Nada de lo que se diga en esta sala saldrá de aquí, podéis ser libres en este lugar, nadie juzgará nada... La ira comienza cuando sentís una amenaza y no tenéis los recursos necesarios para controlarla, no conocéis otra forma de expresar vuestros sentimientos ni otra solución. Durante los dos días siguientes vais a practicar el siguiente ejercicio, contad hasta veinte, y durante ese tiempo pensad en otras soluciones que no sean las habituales. Dentro de dos días me contaréis cómo os fue, debéis apuntarlo todo en una hoja, cada explosión de ira y los resultados, a qué hora ha ocurrido y cómo habéis reaccionado.

No sé qué ha dicho sobre contar hasta veinte y buscar soluciones, no sé si podré aplicarlo y no sé si seré capaz de soportar estar en el mismo lugar que McLeod.

He encontrado el empresario chino con el que Robert va a hacer un trato, Shun Yu. Tengo que adelantarme y cerrar yo ese trato ahora que está en Nueva York. Es crucial para mi negocio adelantarme a cada paso de Doyle. Mientras estoy mirando el ordenador y haciendo las gestiones para llevar a cabo mi plan recibo una llamada, del detective que contraté para averiguar algo sobre Mary.

—Señor McLeod, tengo algunas novedades. No he encontrado nada aún sobre dónde estudió, no hay registros en ninguna universidad del país, pero anoche la vi salir de la consulta de una psicóloga, podemos confirmar la doble personalidad. No sé si es de fiar, la he visto salir con unos personajes...

—Puedo controlarla, gracias, no hace falta que sigas con la investigación.

Cuelgo sin esperar nada más, porque sé que podré hacer con ella lo que quiera. Es una chica tímida, sólo que debido a su doble personalidad, a veces tiene miedo de volver a ser la ninfómana que tiene en su interior. Es un reto,

pero ya sé cómo hacer que sea mía.

Tengo que verla esta misma mañana y confirmar que el empresario chino es Shun Yu, y de paso atarla a mí psicológicamente para que sea fiel al trato y siga conmigo.

—John, prepare otro regalo para una mujer —digo a mi secretario abriendo la puerta de mi despacho y asomando la cabeza.

—¿El de siempre señor?

—El de siempre no, es para la misma mujer de los otros dos regalos.

Kylie y Andrew están preparando junto a mi hermano y Philip los planes para la absorción de la empresa en la que he puesto mis miras. Todo va a salir a pedir de boca y McLeod no tiene ni idea, debe estar buscando a algún empresario chino perdido por Nueva York. Pobre hombre cuando lo encuentre... Pero nosotros seguimos a lo nuestro, ultimando los detalles con el empresario con el que realmente vamos a hacer negocios, que casualmente es de Kansas.

—Quiero que esto no salga de este despacho. Ningún empleado debe saber nada aparte de los que estamos aquí —recalco por enésima vez mientras camino de un lado a otro del despacho.

Kylie se ajusta las gafas y asiente, al igual que Andrew, confío en ellos, porque son nuevos y el espía que tiene McLeod es anterior a su contratación. Y sé que Philip jamás nos traicionaría. Así que del equipo directivo sólo estamos nosotros, a falta de averiguar quién puede ser el topo.

Consulto mi reloj y compruebo que dentro de media hora tengo que ir al restaurante en el que nos hemos citado McLeod y yo. Recibo un mensaje y es Jenny en el grupo preguntando qué hacemos y si hemos quedado Helen y yo.

Estoy a punto de contestar cuando Helen dice que he conocido un rubio de ojos azules que me tiene ocupada y que por su culpa no quedo con ella. Madre mía la que acaba de liar esta mujer. Nunca mira el grupo ni contesta y justo ahora tiene que hacerlo...

Yo la mato.

Pero no, tengo que contar hasta veinte y ver la solución tal y como dijo la psicóloga. Esto me servirá como una prueba para afrontar la cita con McLeod.

—He conocido a alguien, sí, alguien a quien odio profundamente, no creáis a Helen, sólo está bromeando.

Me siento satisfecha conmigo misma tras responder así en el grupo y no enviar un audio toda enfadada.

—Es verdad, pero no es broma que es un guaperas que se parece bastante a Thor...

Todas empiezan a decir tonterías sobre lo que le harían al pobre Thor o a su martillo... Y yo decido guardar el móvil en mi bolsillo y salir del despacho para reunirme con el falso Thor. No creo que se parezca, bueno, un poco, pero diría que es como el gemelo malo de Thor. Y por muy guapo que digan que es, si supieran cómo es, se alejarían todas como me pasa a mí. Aunque en mi caso intento no alejarme.

Me despido de Kylie y de los demás alegando que he quedado para comer. No es mentira, sólo que he quedado con nuestro archienemigo y que voy en misión especial.

—Nosotros también vamos a salir, ¿quieres que te llevemos? —pregunta mi hermano.

—No, gracias, está en la otra dirección.

—Pero si no sabes a dónde vamos... —le oigo decir cuando ya estoy en la puerta y hago como si no hubiera oído nada.

Capítulo 4.

Mary está ocultando algo, sé que es mi jefa, y no debería hacer nada al respecto, pero es que esta mañana he oído una conversación sin querer cuando he llegado a la oficina. No me atrevo a hablar de esto con ninguno de los jefes, es decir, con Robert o con ella, ni con ninguno de los empleados más antiguos, como Philip, Jhon o Francis. Así que sólo me queda Andrew, que entró el mismo día que yo, contratado por Mary.

—Andrew —susurro a su espalda cuando está inclinado sobre la fotocopidora.

Él se sobresalta y se gira rápidamente.

—¡Dios santo! —exclama llevándose la mano derecha al pecho, como si así evitara un infarto... Un poco exagerado.

—Quería hablar contigo de una cosa —digo en un tono bajo a modo de confidencia.

—¿Qué pasa? ¿Es necesario tanto misterio?

—Es que creo que Mary está haciendo espionaje industrial... Y no sé con quién hablar de esto. Tampoco sé qué hacer.

—¿Espionaje industrial? ¿Cómo lo sabes? —pregunta recuperando la calma.

—La he oído hablar con Collin McLeod.

Él me mira ahora boquiabierto. Tiene una cara tan infantil, con esas facciones aniñadas, que a pesar de la situación en la que nos encontramos me dan ganas de reír.

—¿Deberíamos decirle algo al señor Doyle?

—Esa es mi duda, no sé si es algo grave o no, por otro lado Mary nos ha contratado..., y si estoy equivocada habré metido la pata hasta el fondo.

—Tal vez podríamos investigarlo mejor antes de decir nada, tener pruebas, ya sabes.

—Es una buena idea —digo ofreciéndole una sonrisa. Sabía que podía hablar con él y que me ayudaría. Nos quedamos mirándonos unos segundos mientras suspiro aliviada. Era un peso demasiado grande para llevarlo yo sola

—. Gracias —susurro poniendo la mano sobre su antebrazo antes de darme la vuelta y volver a dejarlo a solas en el cuarto de la fotocopidora.

Kylie no me suele hablar nunca, de hecho apenas me había mirado hasta ahora. Al menos no durante tanto tiempo. Y sólo puedo pensar en cómo lo ha hecho y en que si la ayudo con esto podré pasar más tiempo con ella. De hecho si me lo hubiera dicho otro compañero no habría querido saber nada más, porque éste es mi primer trabajo importante y no me metería en estos líos. Pero todo es distinto desde que Kylie me ha sorprendido en la sala de la fotocopidora. Normalmente no habría estado solo allí, pero dada la importancia del negocio que estamos intentando cerrar y que se mantiene en secreto, he preferido no pedir a nadie que tocara estos papeles, y me alegro tanto ahora por haber estado a solas con ella. Por otro lado el hecho de que Mary hable con McLeod me inquieta, porque estamos llevando este asunto con un secretismo absoluto como para que alguien de dentro le esté pasando la información. Si la empresa se hunde nosotros tendremos esa mancha en nuestro currículum...

Si dejo de pensar en Kylie por un momento tal vez pueda dedicar algunas de mis neuronas a analizar la información que me ha dado y contrastarla con lo que sé de Mary... Está claro que no es una empleada normal, el trato que recibe de Robert e Isabella es muy atento, muy... familiar. Nadie lo ha mencionado, pero hay algo raro. Y diría que Philip también lo sabe. Dado que creo que es alguien muy allegado a los Doyle me cuesta creer que les esté traicionando, pero no pondría la mano en el fuego por nadie. Cosas más raras se han visto. Ya se sabe lo que dicen los Doyle, en los negocios y en el placer todo vale.

Pensándolo bien, sería mejor no decirle nada a Kylie sobre lo que pienso de Mary, es decir, que creo que es alguien de la familia y que no creo que vaya a traicionarles, porque así podré pasar más tiempo con ella. De hecho podría proponerle espiar a Mary y así sería lo más parecido a una cita que podría tener con Kylie.

De hecho, voy a ir inmediatamente a avisarla para seguir a Mary antes de que se vaya, debe estar bajando ahora y si nos damos prisa la alcanzaremos.

—Kylie, vamos, he tenido una idea —digo entrando en su despacho sin llamar.

—¿Qué has pensado?

—No hay tiempo de explicártelo, debemos salir ya.

—Pero quería terminar de preparar la firma de mañana.

Yo me detengo a pensar unos segundos, esto también me ayudará a pasar más tiempo con ella.

—Mañana te recojo en tu casa por la mañana y venimos una hora antes para hacerlo, yo te ayudaré.

Ella alza las cejas sorprendida y duda, pero luego veo la determinación en sus ojos.

—De acuerdo, vamos.

Una hora después.

Si Collin McLeod pretendía aparentar ser el hombre más seductor del planeta, digamos que casi lo consigue, y digo casi porque si yo fuera otra, si no supiera cómo es en realidad, pensaría que lo ha conseguido. Sí, se parece mucho a Thor, sólo que en la versión maligna. No sé por qué me ha citado en un restaurante, donde cualquiera podría vernos, aunque supongo que sabe lo que hace. De todas formas no soy yo la que tiene que preocuparse por esta relación, pienso con una sonrisa cuando él se levanta de la mesa donde me está esperando para recibirme.

Sus ojos azules brillan, supongo que de la emoción por acabar con mi empresa y mi familia, su traje de diseño italiano a medida muestra su corpulencia, resultado de los años que habrá dedicado a ir al gimnasio para tener a todas las mujeres a sus pies, ese hombre no hace nada sin un objetivo, por supuesto. Es tan presuntuoso, creído y..., bueno, básicamente idiota. De hecho estoy buscando sinónimos de idiota en el móvil cuando al fin llego a la mesa.

Él me mira confuso ante mi falta de interés por él, algo que debería disimular y por ello guardo el móvil en el bolso antes de que se note todavía más que quisiera estar a mil millas de él y de este restaurante.

—¿Todo bien? —dice acercándose para darme un beso en la mejilla, algo a lo que no estoy acostumbrada y por ello retiro la cabeza casi sin darme cuenta.

—¿Es una costumbre de tu país? —pregunto con escepticismo. Sé que es de origen escocés, pero no sabía que se saludaran así.

—No exactamente —responde él confuso. Supongo que el resto de mujeres caen a sus pies ante un gesto tan cariñoso por parte de un hombre que realmente es atractivo, ya no lo voy a negar más.

Además, no sé si tendrá que ver, pero que Helen esté martilleándome

continuamente con que su jefe, es decir, McLeod está como un tren, pues no ayuda. Claro, que luego recuerdo cuánto lo odio o cómo intenta hundirnos y se me pasa, si es que hay algún pensamiento sobre su atractivo que realmente pase por mi mente, que tampoco.

No sé por qué ha querido quedar ahora, si ya hemos quedado para comer y le he confirmado que el empresario chino del que me ha hablado es con quien Robert quiere hacer negocios, pobre hombre, ahora será acosado por McLeod...

—Gracias por la invitación, pero de momento no hay ninguna novedad...
—digo fingiendo timidez mientras espero a que él se siente frente a mí.

Entonces me sonrío y niega, lo cual me hace temer sobre sus intenciones esta noche.

—No es por nuestros negocios juntos por lo que te he citado esta noche. En realidad quería verte, hoy sólo quiero disfrutar de tu compañía —dice acompañando sus palabras con una sonrisa y con una caricia en la mano que tengo sobre la mesa y que iba a coger la copa para tragarme mejor esas palabras...

—Gracias —pronuncio más como una pregunta que como cualquier otra cosa...

—Estás muy tensa... Cuéntame algo sobre ti, sobre tu infancia, ¿dónde creciste?

—Soy de Kansas —digo más rápido de lo que hubiera querido—. Bueno, no hay mucho que contar. Ya sabes, es Kansas...

La verdad es que no sé qué decir, ¿le cuento cómo fue mi infancia en los mejores colegios del país? O que siendo la pequeña de los Doyle he tenido todos los regalos caros del mundo pero me ha faltado lo que más necesitaba, que era a mi padre que está en una isla escondido para que no lo metan en la cárcel o que mi madre murió cuando yo apenas era una niña?

—No lo sé, no soy de aquí, he vivido sólo los últimos años en Nueva York, y antes de esto sólo había visto Escocia y algo del continente.

—¿Qué continente?

—Europa. Fui de Erasmus, ya sabes, intercambio de estudiantes.

—¿Se estudia realmente en eso? —pregunto incrédula.

Él me mira serio unos segundos y luego rompe a reír. No sé por qué le hace tanta gracia, será porque es verdad.

—Si quieres sí —me asegura con una sonrisa digna de un modelo de

Calvin Klein. Que por cierto de pensar en eso lo acabo de imaginar en ropa interior. Tengo que centrarme—. ¿Quieres más vino? —me pregunta y no sé qué decir.

—No, gracias, aún no he acabado la copa —digo señalándola con la mano, y por alguna razón me veo obligada a dar un sorbo.

Voy a decir algo más cuando de repente una mujer en tacones y con un vestido súper entallado se acerca hasta nuestra mesa decidida a armar un buen follón, deduzco sólo por la expresión que lleva en su rostro.

—Collin, eres un idiota —dice antes de llegar a alcanzar la mesa, y todos los comensales se han percatado de su presencia, por lo que todos nos miran expectantes—. ¿Por ésta? —pregunta sin esperar respuesta mirándome de arriba abajo—. Y por cierto sé lo que es la escoliosis, eres un deformado y lo va a saber toda la prensa.

—Déjanos, estás haciendo un espectáculo —se limita a decir él sin mostrar la más mínima inquietud por la cara de furia de esa mujer.

Yo miro a uno y otra alternativamente sin saber qué decir, pero cuando me dirige otra mirada de desprecio me levanto con ganas de matarla. Empiezo echándole la copa de vino que todavía tenía por la mitad en su vestido de imitación de un leopardo.

—Vuelve a mirarme así y no vuelves a pisar una pasarela en lo que te queda de vida —la amenazo con toda la ira que llevo conteniendo por culpa de esa doctora que me obliga a contar cada vez que me cabreo. No sé muy bien los beneficios de eso, porque ahora tengo una rabia...

—¿Quién es ésta? —pregunta mirando a Collin, ahora bajando el nivel de desprecio y enfado. Sin duda se ha asustado.

—Yo no me metería con ella, Katrina, de hecho, si fuera tú saldría corriendo de aquí —afirma con tal seguridad que me he quedado sin palabras. Y esa mujer ha tardado menos tiempo del que tardó en llegar hasta la mesa airada en volver por donde vino, agarrar del brazo a su acompañante y salir del restaurante como alma que lleva el diablo.

—Siéntate, querida.

Yo lo hago algo confusa por lo que acaba de pasar mientras él pide que sirvan más vino, ya que lo que había en mi copa está repartido entre el vestido de esa mujer y el suelo.

—¿Quién era esa?

—Ha sido impresionante, estás llena de sorpresas —contesta eludiendo

responder a mi pregunta.

—No sabes cuántas... —reconozco dando un sorbo bien largo a la copa. Creo que lo necesito.

—Ya he visto algunas. De hecho creo que sé más de lo que has querido mostrarme —dice totalmente convencido de saber algo, algún secreto.

Se despierta una alarma en mi cabeza, no puede ser que sepa quién soy, que soy Penélope Doyle realmente y no la pusilánime de Mary Lucy...

—¿En serio? —digo con la voz ronca, por lo que me veo obligada a toser.

—Tengo que reconocer que me gusta investigar a todos mis empleados de..., digamos de "confianza". Y bueno, he descubierto algunas cosas sobre ti.

De pronto siento un calor en las mejillas que estoy sintiendo la necesidad de salir de aquí o quitarme la ropa.

—Y... ¿Qué has averiguado? —pregunto con un hilo de voz.

—Sé lo de tu doble personalidad.

Ya está, ya lo sabe, adiós al plan de infiltrarme en su empresa.

—¿Lo sabes? —pregunto suspirando y admitiendo mi derrota.

Creo que lo mejor será irme y aceptar que he perdido. De hecho me levanto en el mismo momento en el que acepto esa derrota.

—Espera —dice levantándose detrás de mí.

Yo no le hago caso, ahora querrá regodearse con mi caída, pero esto no quedará aquí, aunque este plan no haya salido bien las cosas han cambiado en mi empresa y bajo mi dirección todo será muy distinto. En realidad no necesito hacer este juego sucio para ganarle.

Llamo un taxi para perderle de vista cuanto antes porque la ira en este momento va in crescendo y es mejor irse antes de explotar. Sin embargo todo cambia cuando noto una mano en mi hombro.

—Mary —dice a mi espalda. Su mano es cálida y grande. Y por alguna razón me ha calmado un poco.

Un momento, me ha llamado Mary. ¿Es que no sabe que soy Penélope?

Me giro lentamente y le miro boquiabierto. En sus ojos hay duda y algo que no sé describir. Es muy extraño, pero de nuevo me quedo sin palabras apoyada en la mano en la puerta abierta del taxi.

—Perdóname, no quería ofenderte.

¿Ofenderme?

—No es eso, yo... no sabía qué hacer —respondo tímida al comprobar que aún no me ha descubierto realmente.

—Deja que te acompañe a casa —me ruega con una media sonrisa que no me deja alternativas.

—Será mejor que vayamos a la tuya —respondo así porque no quiero que sepa que vivo en el ático que usaron mis hermanos. Puede que haya alguna foto de ellos por la casa o alguna prueba, tendría que comprobarlo antes. También sería muy difícil de explicar que una secretaria pudiera permitirse alquilar un ático así, o que Robert me hubiera dejado quedarme allí sin pagar nada sólo por ser amable.

Collin no parece sorprendido y me sonrío. Después le da la dirección de su casa al taxista, pero no es la misma a la que me llevó la otra vez. No sé dónde quiere ir y sólo sé que vamos hacia las afueras, y que me mira de una forma un poco rara.

—No quería hacerte sentir mal, es sólo que he tenido problemas con algunos empleados, tengo que asegurarme de que no me traicionarán.

—Comprendo. ¿Por qué crees que tengo doble personalidad? —sé que no debería haber preguntado eso pero es que me puede la curiosidad.

—Bueno, es una deducción, pero me doy cuenta de que he cometido un error.

—¿También investigaste al anterior empleado de los Doyle? —indago probando suerte.

—Por supuesto, no me gusta dejar nada al azar —asegura y no puedo extraer de momento nada de esa información.

Me limito a sonreír y decido mirar por la ventanilla. No tengo ganas de hablar más con él, es que no lo soporto, me ha estado espiando y encima quiere comprarme para acabar con los Doyle, es decir, acabar también conmigo.

Llegamos a un camino bordeado de árboles, no es que la noche deje ver mucho, pero sí, es el típico camino que lleva a una enorme mansión. No sé qué pretende, ¿impresionarme? Aunque no me extrañaría, es el tipo de hombre que intentaría hacer algo así, atraer a una chica jovencita, de pueblo, que no ha visto el lujo en su vida, para exponer con ostentosa gracia todas sus gracias, pero como no tiene ninguna, tiene que exponer su dinero. Lo que no sabe es que mi familia tiene mucho más que él, y que conmigo esto no funciona. De hecho me está pareciendo más tonto que antes. De hecho la ira vuelve a invadirme conforme nos adentramos y más adelante se abre una puerta de reja que se interpone en el camino, que no acaba ahí, por supuesto, porque la

propiedad es bastante extensa.

Tengo que controlar la rabia y sonreírle, me repito una y otra vez.

—Esos Doyle para los que trabajas no te pueden ofrecer lo que yo. Quiero que confíes en mí y en lo que podremos lograr juntos —dice tendiéndome la mano y esperando que yo la acaricie.

Voy a tener que realizar la mejor actuación, digna de un Oscar de la academia...

—Es... impresionante —digo con una sonrisa tímida cuando aparece la mansión ante nuestros ojos.

—Lo sé —dice completamente seguro de sí mismo.

Pongo los ojos en blanco e intento no resoplar y aguantarme las ganas de gritar girando la cabeza hacia la ventanilla para que no me vea apretar la mandíbula.

—Siento lo que ha pasado antes con esa mujer. Realmente me ha impresionado cómo nos has defendido.

—Sé que me he extralimitado, es sólo que me enfado mucho cuando me miran con ese desprecio.

—Tengo que confesarte que yo solía reaccionar así también, pero me he dado cuenta con los años que es mejor esperar y relajarse, al final todos pagan sus errores, sólo hay que mantener la calma, esperar y, si es posible, estar allí para verlo.

Me sonrío con una calidez que se contrapone a las palabras que ha dicho. Y de pronto recuerdo algo que ha dicho esa mujer, escoliosis.

—¿Tienes problemas de espalda?

Él cambia su expresión unos segundos y luego asiente como si no le preocupara en absoluto.

—Así es, pero no es para tanto, esa mujer sólo quería hacer daño porque se siente herida. La ignorancia es muy cruel.

—Comprendo —me limito a decir, aunque sé que debió pasarle mal porque me ha hecho recordar a un compañero de instituto que también tenía la columna desviada y el pobre lo pasó fatal.

En realidad no esperaba que este hombre tan prepotente hubiera tenido un solo problema en su vida, aunque eso tampoco justifica que quiera hundir a mi familia. No, no puedo caer en la compasión, tengo que recordar todo lo que ha hecho para socavar los negocios de mi hermano.

El taxi gira por el camino de grava que lleva a la puerta de la mansión,

precedida de unas columnas que sujetan una terraza, que imagino está unida a la habitación principal, que debe tener unas vistas espectaculares. Tengo que darle más información falsa sobre futuros negocios de Robert, no puedo perder el tiempo.

Llevo a Mary al salón, tal vez demasiado grande para crear la intimidad que quería con ella, pero al menos creo que la he impresionado.

—¿Cómo fue con el empresario chino...? —me pregunta mirando hacia un lado y otro la decoración de cada sitio por donde pasamos hasta llegar al salón.

—Muy bien —respondo sonriente—. De hecho ya he firmado con él, gracias a ti me he adelantado.

Mary se queda paralizada en el sofá delante de la chimenea. Está encendida pero parece que ella se ha quedado helada.

—Vaya, eres... Muy rápido.

—Lo sé.

—Tengo más información...

—Esta noche no quiero hablar de trabajo —la interrumpo caminando hacia ella con una copa en cada mano que acabo de servir.

Me mira alzando la vista desde su posición tímida en el sofá y en ese mismo momento suena mi móvil. ¡Maldita sea! ¡Qué inoportuno! Sin embargo tengo que coger la llamada, quien quiera que llame a este número es alguien muy allegado y se trata de algo importante.

—Disculpa —digo ofreciéndole su copa y descolgando la llamada con la mano que ha quedado libre mientras sostengo la mía en la izquierda.

Me alejo unos metros y contesto mientras no dejo de mirarla. Hay que reconocer que es una belleza, sobre todo cuando se quita esas gafas y esa ropa ridícula. Creo que en realidad seducirla para que trabaje conmigo es una excusa. Creo que me encanta.

—¿Sí?

—Señor McLeod, he descubierto algo importante sobre Mary. No es quien dice ser, por eso no logré encontrar su expediente en ninguna universidad, en realidad es Penélope Doyle. Sé que me dijo que no siguiera con la investigación, pero no podía dejarlo, era muy extraño todo. Que Robert Doyle contratara como mano derecha a una persona que no existía en ningún lado me chirriaba.

No puedo articular palabra durante un par de segundos, que es lo que tarda

mi cerebro en procesar la información. Trago saliva y respiro profundamente.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Me ha costado mucho, pero no tengo la menor duda, y con respecto a la psicóloga a la que acudí fue para tratar de controlar la ira, no para tratar una doble personalidad. Le he enviado las pruebas por e-mail.

—Comprendo... —respondo antes de colgar.

Respiro de nuevo profundamente sin dejar de mirar a la mujer que está sentada en el sofá y valoro la posibilidad de tener que acudir a esa psicóloga para poder controlar yo también mi ira.

No, necesito pensar rápidamente mis opciones. Esto es una oportunidad, la de devolverle el fiasco que me ha hecho hacer firmando un contrato con ese empresario chino. Robert no pensaba hacer eso, ella me lo dijo para que me centrara en eso mientras hacía otros negocios por otra parte. Ya decía yo que era muy raro que ahora importara o exportara algo de China...

Esa pequeña que hay sentada en mi sofá me ha tomado el pelo, sí, pero ahora se lo tomaré yo a ella. De hecho, haré mucho más esta noche.

—¿Algo importante? —pregunta con una mirada inocente que me da más rabia que la pregunta en sí.

—No, y esta noche, tal y como decía, no quiero hablar de negocios —aseguro cuando al fin la alcanzo y me siento junto a ella.

Ahora sé de lo que es capaz, y sé que no rechazará que la acaricie, por eso está yendo a esa terapia para controlar la ira que siente cuando estoy cerca... Es una pequeña arpía y me las va a pagar.

Le quito la copa de las manos, que tenía juntas entre las rodillas como una niña buena y la dejo en la mesa frente al sofá. Llevo mi mano hasta su mejilla y cuando intenta decir algo coloco el índice en sus labios. Me acerco lentamente y la beso sin apartar los ojos de los suyos. Quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar con tal de hundirme a mí y a mi empresa.

El caso es que se deja besar, y no sólo eso... No se aparta cuando deslizo mi mano derecha por el borde de su vestido de flores estampadas como si fuera una pueblerina del sur. Muy acertado todo para engañarme... Deja incluso que siga acariciando lentamente el interior de su muslo. Me detengo unos segundos y sin dejar de mirarla a los ojos vuelvo a mover mi mano hasta su sexo, muy lentamente para comprobar si me rechazará, si va a dejar salir su ira y me dará un bofetón, pero no lo hace, aguanta. Incluso cierra los ojos un momento cuando alcanzo su ropa interior, que aparto con los dedos para

acariciarla. Debe ser muy buena esa terapia contra la ira, porque hasta noto su humedad. No sólo soporta todo lo que le hago a pesar de que sabe que odio a los Doyle y que he intentado hundirles, sino que aparenta incluso que le gusto. Deberían darle un Oscar por la interpretación. Inclino de nuevo mi cabeza para besarla, deslizando mi lengua por sus labios mientras deslizo mis dedos por el interior de su sexo acariciando con el pulgar su clítoris. Gime en mi boca, muy convincente... Sigo acariciando su sexo por dentro y por fuera mientras con mi lengua acaricio la suya. Y de pronto siento sus manos en mis hombros, que me atraen más hacia su cuerpo. Sí que se ha metido en el papel...

De hecho, se ha metido tanto en el papel que tengo una erección desde que la he besado. Y ahora estoy peor que antes. Saco los dedos del interior de su sexo y los uso para bajarle las braguitas, a lo que no se niega, sino que facilita subiéndole las caderas. Las tiro al suelo y muevo sus piernas para que se abran hacia mí. Ella se incorpora ligeramente y me sorprende desabrochándose el cinturón y los pantalones. Y acariciando mi erección por encima de la tela. No he podido evitar gemir ante su tacto y hasta he tenido que sostener mi peso sobre cada brazo a cada lado de ella, porque desde luego he perdido la fuerza por unos segundos. En algo tenía razón sobre su doble personalidad, la que en realidad tiene debe ser una pequeña ninfómana. O al menos está muy salida. O tal vez sea la mejor actriz del mundo. Creo que es esto último en realidad, y quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar por hundirme. Por vengarse por haberles robado los últimos negocios.

Despego el puño derecho del sofá, donde me había apoyado para no caer sobre ella, y abro los botones del escote de su vestido. Esos malditos botoncitos son más complicados de lo que creía y tengo que soportar mi peso con las rodillas para usar las dos manos. Ella gime ahora, tal vez ha sentido más mi erección en su sexo al cambiar de postura e incorporar la parte superior de mi cuerpo para poder abrir esos malditos botones.

Termino arrancándole el vestido tirando de cada lado del escote mientras me mira ahora boquiabierta. Y desnuda. Salvo por una cosa, el sujetador, pero no dura más de unos segundos en su cuerpo, porque meto las manos bajo su espalda y lo desabrocho.

—Ahora sí está bien —confirmo dejando el sujetador en el suelo.

De lo que es capaz de hacer la gente por venganza, incluso sus pezones están duros. Y no me resisto a comprobar si realmente va a dejar que los saboree. Me inclino lentamente sin dejar de mirarla a los ojos, otra vez

esperando a que se revele contra mí, a que muestre su verdadera personalidad, pero no lo hace. Deja que deslice mi lengua por la punta de cada pecho, que la succione con los labios, que apriete mi erección contra su sexo. Y ya sólo quiero saber si es capaz de dejar que la folle.

Bajo los pantalones rápidamente mientras me inclino para besarla. Esos labios rosados y deliciosos que tiene, igual que sus pechos. Tan rosa y blanquita que mis manos más oscuras parecen las de un ogro acariciando una ninfa, pero por supuesto no es así, ambos somos iguales... Ella en realidad es una pequeña arpía. Y yo no soy ningún otro, esto son negocios. Los Doyle siempre han dicho que en los negocios y en el placer todo vale.

Ahora estamos los dos desnudos y ella empieza a mover su cuerpo bajo el mío. No sé si lo hace porque quiere rechazarme realmente o es una lucha interna de su mente por soportar que siga sobre ella. Atrapo su cabecita entre mis manos y la vuelvo a besar. He decidido ir lentamente para darle tiempo a rechazarme. Así comprobaré hasta dónde es capaz de llegar en esto.

Me atrapa por la espalda enroscando sus piernas y sorprendiéndome. Me atrae a su cuerpo mientras la beso y noto su humedad en mi erección. No sé si podré controlarme lo suficiente para seguir con mi plan. Tal vez ella quiera que esto acabe cuanto antes para cumplir su misión... Pero no será como ella quiere, no. Va a sufrir lentamente, aunque sufra yo también. Me separo ligeramente de su cuerpo y llevo la cabeza hasta sus pechos para seguir acariciando sus pezones con mi lengua y con mis dedos. La oigo gemir y la noto retorcerse bajo mi cuerpo, pero hago caso omiso de sus gemidos para continuar deslizando mi lengua por su vientre y por su pubis depilado y suave e introducir mi lengua por el inicio de su sexo. Hundiendo mi lengua contra su clítoris. Está muy mojada, lo noto en los dedos que acabo de introducir en su interior. Y noto su excitación en que cada vez se mueve más. Debe ser bastante traumático sentirse así por la persona que más se odia en el mundo. Le daré más tiempo para negarse, para rechazarme. Así que continuaré con lo que estoy haciendo con mi lengua en su sexo mientras llevo una mano hasta uno de sus pezones, que acaricio tan lentamente como su clítoris. La noto retorcerse bajo mi lengua e inclinar sus caderas para acercarse más a mi boca. Me niego a ir más deprisa, pero ella se incorpora y me agarra fuerte de los hombros clavando sus uñas en ellos para que me acueste sobre su cuerpo. Ahora es ella quien me besa mientras introduce su mano derecha entre nuestros cuerpos para tocar mi polla. Por un momento he creído que iba a empujarme y salir

corriendo, por eso he dejado que me manipulara cuando ha tirado de mí por los hombros. Saca la mano de entre nuestros cuerpos mientras la miro a los ojos esperando su reacción, pero no la hay. Lo que sí siento es de nuevo su humedad en mi sexo, y decido metérsela muy lentamente para ver cómo me acepta resignada. No aparta la mirada de mí, sigue clavándome sus ojos azules mientras yo voy moviéndome tan despacio, abriéndome paso en su interior.

Se contrae y me tengo que detener un segundo para no hacer el ridículo y correrme ya. Creo que esto no me había pasado nunca, al menos en mi etapa adulta...

Acaricio su carita, sus pechos y vuelvo a besarla mientras me aprieta con sus piernas a mi espalda para que la penetre mientras yo intento hacerlo lentamente, tanto que hasta me duele. Y me duele la espalda cuando desliza sus dedos y clava sus uñas otra vez hasta hacerme gritar. No sé si eso lo hace por la ira que intenta controlar, pero no puedo evitar ya metérsela fuerte hasta el fondo, hasta que exhala todo el aire de sus pulmones.

O le gusta o finge mejor que una actriz porno, porque se contrae y se mueve bajo mi cuerpo acercándose más a mí, si es que eso es posible. Yo me incorporo un poco y agarro su trasero con la mano derecha para llegar más al fondo y ver su expresión. Es entonces cuando noto sus convulsiones y cómo aprieta los párpados cerrados mientras grita de placer. Yo no me detengo, sigo dándole mientras se deshace de placer bajo mi cuerpo. Esta mujer ha llegado hasta el final por ejecutar su venganza, y yo también lo voy a hacer, pero lo voy a disfrutar en este momento. La giro y la pongo bocabajo para entrar en ella de nuevo más lentamente que antes, ahora está más mojada todavía. Y caliente.

Capítulo 5.

El resto de pacientes llevan un rato explicando cómo han sobrevivido esta semana a sus impulsos. Yo los escucho con atención mientras leen las situaciones que han ido apuntando en la hoja que nos dio la terapeuta. Es algo extraño cómo tener que apuntar todo eso nos hace conscientes de las veces que realmente nos controlamos.

Jayden explica cómo hacía cola en la caja de un supermercado y se le coló una abuela, él quería matarla con un bote de tomate frito tamaño familiar, pero contó hasta veinte, muy deprisa, ha tenido que admitir, y decidió decirle a la mujer que él estaba primero. Ella entonces le contestó que estaba enferma su nieta y que sólo había ido a comprar antihistamínicos, que al parecer era verdad, porque era lo que llevaba en la mano. Esa experiencia le hizo darse cuenta de que su enfado no tenía sentido y la dejó pasar antes que él.

Los demás pacientes, en mayor o menor medida han explicado situaciones parecidas. Donde la paciencia les ha ofrecido otra visión de las cosas. Es interesante e instructivo, tengo que reconocer. Y de cada una de esas historias he sacado mis propias conclusiones, además de aprender algunas cosas sobre el comportamiento humano. Siempre me ha gustado escuchar a la gente, saber los entresijos de sus pensamientos, normalmente con el objetivo de poder ganarles, aunque en este caso simplemente me parece curiosa y útil toda esa información para crecer como persona.

De todo ello extraigo que hay muchas realidades y que el egoísmo, el egocentrismo, no nos deja verlas. Y que comprendiendo y empatizando se puede controlar la ira mucho mejor. Y mientras estoy calculando y filosofando sobre la importancia de ponerse en el lugar de los demás y las posibles aplicaciones en el mundo de los negocios, oigo de fondo la voz de esa mujer.

—Penélope..., Penélope —repite con esa voz tan calmada con la que nos habla—, no has hablado aún.

Tiene razón, me había abstraído escuchándolos a todos. Y relacionándolo con los recuerdos de hace dos noches.

—Bueno, digamos que he logrado mi objetivo —afirmo también con un

leve movimiento de la cabeza.

Todos se han quedado en silencio, incluida la psicóloga, mirándome, esperando una explicación más amplia.

—Has logrado lo que dijiste la semana pasada.

—Sí... En realidad... También, al igual que los demás, todo ha sido distinto a como es habitualmente. Digamos que no era lo que esperaba, ni por parte de él ni por la mía. Hubo un momento en el que creía que lo iba a matar... Después vino una mujer al restaurante que le dijo un montón de cosas estúpidas, acusándolo de ser deforme por tener un problema de espalda. Tengo que aclarar —digo mirando a todos los presentes—, que no es en absoluto Quasimodo, más bien se parece a Thor. Y dicho esto, aquella mujer me sacó de mis casillas y tuve que ponerla en su sitio —los presentes se miran entre sí y sonrían—. No fue para tanto, pero tuve que amenazarla. Lo siguiente que ocurrió fue que ese hombre...

—Thor —dice Jayden con una risilla.

—"Thor" —consiento con una inclinación de mi cabeza—, dijo algo que me hizo pensar que me había descubierto, y yo acepté mi derrota y me marché..., pero él me siguió y me hizo ver que no me había descubierto. Fue todo muy raro en esos minutos... —reconozco ahora pensativa, no no me había dado cuenta antes, tal vez hablar sobre ello me hace ver las cosas de otra forma—. Fuimos a su casa, quiso impresionarme y volvió a cabrearme bastante. Luego me besó y conté hasta veinte, bueno creo que no llegué a ocho... Pensé en cómo me había mirado cuando salí del restaurante y recordé a un compañero de instituto que también tuvo escoliosis. El pobre lo pasó fatal, digamos que empaticé con él y no lo vi tan horrible. Incluso hubo un momento, cuando esa mujer lo amenazó con publicar en la prensa sus problemas, en el que no sentí odio hacia él, sino hacia ella por querer hacer daño a alguien por un problema físico.

Esta sesión ha sido más instructiva y reveladora que la anterior. La terapeuta nos ha hecho conscientes del problema, no era la ira en sí, sino un conjunto de cosas, no entender la realidad tal cual es, no tener la paciencia para entenderla o no saber gestionar nuestra propia frustración, a veces por culpa de nuestra inseguridad. Puede que la inseguridad, o querer ganar siempre, tenga algo que ver en el desarrollo de la ira, ahora tampoco sé exactamente qué es, pero intuyo que voy por el buen camino.

—Es impresionante —dice Jayden mientras bajamos por el ascensor junto

a Connor.

Ambos asentimos pensativos ante su apreciación.

—Desde luego no esperaba esto —dice Connor.

—Me ha hecho pensar —reconozco—. Llevo en este estado desde que estuve con Thor.

El ascensor se abre y los tres salimos caminando lentamente envueltos en nuestros propios pensamientos. De pronto me doy cuenta de que parecen mis guardaespaldas, sobre todo cuando salimos a la calle y vemos a McLeod.

—¿Éste es Thor?

Yo sonrío ante la pregunta de Jayden y asiento.

—Si necesitas ayuda puedes contar con nosotros —asegura Jayden.

—Creo que podré con él —digo agradecida y me despido con un gesto de la cabeza.

—De acuerdo, nos vemos la semana que viene.

—¿Qué haces aquí? —pregunto fingiendo una timidez que no sé cómo fingir, pero lo intento.

—Es importante, tengo que hablar contigo sobre algo que he averiguado —dice invitándome a entrar en el coche que tiene detrás con un gesto de su mano.

Hacia dos días que no le veía, desde que me fui al amanecer de su casa cuando aún estaba durmiendo. Sé que cometí un error, porque el plan era seducirlo y que confiara en mí, pero estaba demasiado confusa, una cosa es la teoría y otra la práctica. Digamos que no soy un robot.

Cuando estamos sentados en la parte trasera del coche y éste se pone en marcha McLeod adopta un semblante serio.

—Van a intentar una oferta de compra de la empresa de los Doyle. Intentarán comprar a los accionistas minoritarios para obligar a Robert a vender.

—¿Cómo? —creo que he preguntado demasiado alterada.

—¿No sabías nada?

Yo lo miro ahora muda y niego con la cabeza.

—Tal vez aún no ha llegado a la cúpula, pero contigo dentro podré averiguar quién es el que está detrás de todo esto, y adelantarme —añade para mi consternación.

No puedo dejar que esto pase. Tampoco puedo salir del coche sin delatar de qué lado estoy. Tengo que aguantar aquí dentro sin poder hacer nada, como avisar a mi hermano y preparar la mejor estrategia para combatir al hombre

que tengo a mi lado, y que de pronto cambia su expresión y me mira con... ¿Con deseo? ¡Para echar un polvo estoy yo en este momento! Estoy ya contando hasta veinte por tercera vez... Para esto no me preparó la terapeuta. ¿Cuál es el límite de veces que puedo contar hasta veinte? ¡Porque debe haber un límite! Intento abrir la puerta pero McLeod me detiene poniendo su mano en mi hombro.

—¿Dónde vas?

—Sólo quería saber si estaba la terapeuta todavía en su consulta. Se me ha olvidado preguntarle algo.

—No la necesitas —asegura ofreciéndome una sonrisa—. Por cierto, para qué vas a su consulta? Siento curiosidad.

—Para... —dudo unos segundos. Mi cerebro está elaborando estrategias y no soy capaz de tener la concentración para responder nada coherente con tanta rapidez como se requiere en este momento—. Para curar mi timidez.

Él de pronto se echa a reír y yo lo miro un poco ofendida y sorprendida.

—No veo dónde está el chiste —me quejo cruzándome de brazos.

—Ni yo —dice secándose las lágrimas de sus ojos, porque sí, ha llorado de tanto reír—. Perdona, es que no esperaba algo así —dice adoptando la actitud de antes y acariciando mi mano al tomarla entre las suyas mientras me ruega perdón con la mirada.

—Es un problema ser tímida, para mi trabajo, por ejemplo —explico todavía ofendida.

—Por supuesto —reconoce con una expresión más acorde con sus palabras de lo que cabe pensar tras su ataque de risa.

Me ha hecho dudar de su estado mental, o de si esconde algo, pero ahora me vuelve a confundir sujetándome por la barbilla y atrayéndome hasta sus labios.

—¿Qué...

No me deja acabar cuando desliza la punta de su lengua por mi labio inferior muy lentamente, luego me muerde ligeramente y después mete su lengua en mi boca provocándome un gemido.

Hace dos días me sorprendió y creo que me gustó tanto porque hacía tiempo que no estaba con un chico, pero ahora me ha encendido como a una cerilla y temo echarme sobre él para hacerle cualquier cosa.

Y mientras me besa y sigo pensando en cómo defender la empresa del intento de compra, me doy cuenta de que ya estoy encima de él a horcajadas y

restregándome contra su erección. No tengo remedio.

—Ves como no necesitas tratar tu timidez... —me recuerda con una sonrisa ladina.

—Tal vez la terapia me haga actuar así —deduzco mientras ideo comprar las acciones de los socios minoritarios, si es que no se me han adelantado ya... O firmar de una vez con el empresario de Kansas para subir el precio de nuestra empresa y que no compren.

—Entonces no dejes de acudir —responde jadeando cuando ya he abierto su pantalón y me siento lentamente sobre él mientras a la vez entra dentro de mí.

Menos mal que el cristal que separa la parte de atrás del coche no deja ver nada de lo que hacemos aquí. Porque ya es bastante humillante para mí disfrutar con mi mayor enemigo como para que alguien más lo vea, o lo sepa.

Me deja en la puerta del edificio de apartamentos donde vivo y me despido rápidamente. Tengo que hablar con mi hermano cuanto antes. Aún no ha anochecido, creo que es posible que los encuentre en la oficina. Cuando veo que Collin ya se ha ido decido darme la vuelta y coger el primer taxi para que me lleve lo más rápidamente posible al edificio Doyle.

Llego a la última planta aún intentado recuperar el aliento y veo a Robert y Philip en el despacho junto a John, pero no a Kylie ni a Andrew.

Estoy a punto de preguntar por ellos cuando aparecen a mi espalda asustándome, tal vez porque ya estoy nerviosa por la situación, o tal vez porque son muy silenciosos.

—Menos mal que os encuentro aún a todos.

Robert me mira preocupado, y con razón, y más lo estará cuando le cuente la noticia.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, y detrás de él veo la preocupación también de Philip y John.

Les explico todo lo que sé y no respiro prácticamente hasta que termino.

—¿Cómo has averiguado todo esto? —me pregunta Kylie, que está a mi espalda aún, cerca de la puerta, junto a Andrew.

—Tengo mis fuentes, pero eso no es lo relevante ahora —digo dirigiéndome a mi hermano.

—¿Has pensado qué hacer? —me pregunta Robert.

—Tengo algunas ideas —digamos que se me han ocurrido mientras me follaba a la causa de mis desgracias, pero eso no pienso decírselo.

—Ese maldito de Collin McLeod... —se queja mi hermano.

Todavía me da la risa cuando recuerdo la excusa de Penélope para acudir a terapia. He estado a punto de preguntarle si esas dos bestias que salían de la consulta con ella también iban para curar su timidez...

Cada vez me sorprende más esta mujer. De hecho, desde que estuve con ella hace dos días no he podido dejar de pensar, y sobre todo me ha hecho pensar que se fuera antes de que me despertara. Podría haber rematado la jugada y sin embargo se fue. Yo en su lugar habría intentado afianzar la conquista para hacer comer de mi mano a la persona conquistada, pero ella simplemente se marchó. Tal vez fue demasiado para Penélope Doyle, acostarse con su enemigo. Tal vez no lo pudo soportar, pero una parte de mí no cree esa explicación, una parte duda y tiene otras teorías que ni siquiera me atrevo a elaborar con palabras en mi mente.

En conclusión, es una mujer que no me deja dejar de pensar en ella, por los motivos que sean, y además es una mujer que ha caído en mi trampa.

Y de paso he vuelto a follármela. No sé ya si lo hace para convencerme de que está coladita por mí y que he conseguido seducirla para que confíe en todas las patrañas que quiera colarme, como lo del empresario chino, o porque simplemente quería hacerlo, porque..., porque le gusta...

No sé por qué quiero con tanto afán que sea esto último. No lo llego a entender, pero es así. Lo necesito. Sentía una inseguridad con ella cuando creía que era Mary que no siento ahora que sé que es Penélope. He recuperado la seguridad, pero ahora sin embargo tengo otros sentimientos que no sé definir del todo, aunque en conjunto comparten la palabra necesidad.

—Andrew —susurra Kylie a mi espalda mientras recojo mi maletín. Siempre me pone nervioso cuando quiere contarme algo sobre Mary.

—Deberíamos seguir a Mary.

—¿Ahora?

Me mira esperanzada y creo que no sería capaz de negarme.

—Está bien.

—Es que creo que ha quedado con McLeod... Tal vez deberíamos ponerles nombres en clave —me explica mientras la sigo por el pasillo hasta el ascensor—. O tal vez deberíamos bajar por las escaleras —dice girándose para obtener mi consentimiento.

Debo haber puesto una cara de susto importante porque no lo vuelve a mencionar y aprieta el botón para llamar al ascensor.

—Tal vez son demasiados pisos... —reconoce, y menos mal porque con el poco ejercicio al que estoy acostumbrado no sé si llegaría a la planta baja, tal vez si pusieran cada dos plantas botellas de oxígeno y cada cuatro plantas un desfibrilador, sí.

—¿Por qué dices que ha quedado con McLeod? —pregunto.

—Esta tarde la he visto subir al coche de ese hombre y la he... Bueno, he cogido un taxi y la he seguido hasta su casa.

Yo la empiezo a mirar frunciendo el ceño hasta que me veo reflejado en el espejo del ascensor cuando se abren las puertas y cambio mi expresión a una más comprensiva.

—Por supuesto...

—¿Crees que me he sobrepasado?

—No, claro que no, has hecho bien, tenemos que saber con quién estamos trabajando, nuestro trabajo depende de cómo gestionemos este tema. Y si descubrimos algo debemos decírselo al señor Doyle.

Ella parece convencida con mi explicación y yo suspiro de alivio cuando se abren las puertas del ascensor y sale decidida de él. No quiero que piense que no la apoyo en esto.

—Vamos, no te quedes ahí —dice sonriendo.

Yo la obedezco dando pasos más rápidos para alcanzarla mientras pienso que me estoy jugando el puesto. Mary no es una simple empleada y si nos equivocamos con ella vamos a terminar muy mal. Además, yo no la he visto ni hablar con McLeod ni subir a su coche.

La sigo hasta las puertas giratorias que dan a la calle y me dan ganas de seguir girando y volver a entrar, pero luego veo el trasero de Kylie marcado por una falda de tubo cuando se adelanta a mí y sale del hueco de las puertas... y ya no escucho más la voz sabia de mi cerebro.

Subimos a un taxi y Kylie le pide al taxista que siga al coche que ha recogido a Mary. Ambos llegamos al edificio de apartamentos donde vive ella...

—Vaya —dice Kylie mirando por la ventanilla.

—No te hundas, seguro que tenemos otra oportunidad más adelante —digo intentando animarla.

Ella niega sin mirarme y de pronto siento su mano en mi muslo. Creo que no sabe dónde ha puesto su mano, pero parece que le da igual, porque empieza a emitir pequeños grititos y ruiditos que no soy capaz de descifrar.

—Ahí está McLeod. Ves, ¡te lo dije! —exclama mirándome con un brillo en sus ojos.

Alargo el cuello para mirar hacia donde lo hacía ella. Es Collin McLeod, tenía razón.

—Dios mío —en este momento no se me ocurre una expresión que defina mejor mi estado de estupefacción.

—Te lo dije —vuelve a repetir mirándome con satisfacción—. ¿Qué pasa? —pregunta volviendo a mirar por la ventanilla cuando mi boca se abre repentinamente ante lo que ven mis ojos.

—La ha besado.

—No puede ser —dice pegando la frente al cristal de la ventanilla.

—Te juro que lo ha hecho. Se han besado, ha sido mutuo.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —pregunta agarrándome de las solapas de mi chaqueta.

—¿Son amantes? —pruebo asustado.

—Exacto, y hay que avisar al señor Doyle.

—Un momento, no es tan fácil, quiero decir, Mary no es una simple empleada. Aquí hay gato encerrado, hay más de lo que nos han contado.

Ella me mira frunciendo el ceño, esperando una explicación mejor y soltándose al fin de las solapas.

—Deberíamos averiguar qué relación tiene Mary con los Doyle —prosigo ante su mirada confusa—. Es que creo que es familia o tal vez están en deuda con ella, con su familia o algo así.

—¿En deuda? ¿Por qué?

—Eso no lo sé, pero, ¿no te has dado cuenta de que empezó a trabajar poco antes que nosotros y Robert confía en ella como si fuera él mismo? Tenemos que pensar muy bien lo que vamos a hacer. Tenemos que seguir investigando. Es que a veces es como si ella fuera la que mandara y Robert la obedeciera. Es muy extraño.

Kylie analiza mis palabras entrecerrando los ojos y de pronto se muerde el labio inferior, que me quedo mirando sin darme cuenta.

—¿Van a seguir discutiendo o se van a bajar? —pregunta el taxista girándose en su asiento y echándonos el humo del puro que llevaba en la boca hace un segundo.

Marco el número de mi hermano, no de Robert, sino de Jonathan, tengo que convencerle de mi plan, necesito su ayuda. Creo que el plan que voy a ejecutar

es brillante, pero no puedo hacerlo sola. Para estos casos está la familia.

—¿Penélope? —responde Jonathan al otro lado del teléfono.

—Querido hermano...

—¿Qué quieres? —me interrumpe—. O más específicamente, ¿cuánto quieres?

Yo espero unos segundos antes de contestar. Creo que debería de cambiar la combinación de palabras “querido” y “hermano” cuando quiera pedir dinero. Además la cantidad que quiero pedir es desbordante como para pronunciarla en voz alta...

—Siempre tan inteligente.

—¿No tienes suficiente dinero ya? ¿Qué has hecho?

—Todo va bien, no os preocupéis, es que ha ocurrido algo...

Le explico todo mi plan y dejo que lo sopesa. Todavía no hablaré de cifras, por si sufre una parada cardíaca, sé que ahora no tiene estrés y vive como un pachá, pero de ahí a que no le afecte lo que voy a pedir... No podría asegurar nada.

—No voy a negar nada, ni a aceptar nada, tengo que consultarlo con Claudia y con papá.

Yo estoy a punto de quejarme mientras sostengo una estatuilla que hay en la mesa del despacho de Robert para estamparla contra la primera pared que vea o contra la primera persona que entre por la puerta, y si no entra nadie puedo salir a buscar. De pronto recuerdo lo que dijo la psicóloga y me detengo apretando la puñetera estatuilla.

—Está bien —digo con toda la calma de la que soy capaz—, pero recuerda que no tenemos mucho tiempo, mañana tendría que tenerlo ya cerrado. Mientras tanto lo prepararé todo desde aquí.

Oigo el sonido de un suspiro a través del teléfono y me da algo de esperanzas.

—De acuerdo, yo les convenceré, pero hasta que no obtengamos el beneplácito de ellos no harás nada. Está todo en el aire.

—Antes hacías todo lo que querías y no preguntabas a nadie para hacerlo —me quejo.

—Penélope, se llama madurar, ya lo verás... —me asegura riendo—. De todas formas reconozco un cambio en ti también, antes si no obtenías lo que querías en el mismo instante en que lo pedías montabas en cólera... Te felicito.

—Muchas gracias. No quisiera recordarte la urgencia de que llevemos a

cabo el plan —digo antes de colgar.

No creo que me guste acabar como él, pero no voy a quejarme más, he decidido ser positiva.

Alguien llama a la puerta y le digo que pase. Andrew aparece tras ella y se queda paralizado mirando la estatuilla en mi mano izquierda y el teléfono en la derecha. Yo pongo los ojos en blanco y dejo la maldita figura en su sitio.

—Ya he convocado a los accionistas... Mañana estarán aquí.

—De acuerdo, tenemos que convencerles de que no deben vender, y no debe enterarse nadie de lo que está pasando aquí.

Él asiente y se queda mirando el suelo.

—¿Querías algo más?

—Bueno yo... Es que tal vez... No sabemos quién es el espía que tiene McLeod dentro del equipo... Entonces podría saber lo que estás preparando.

—No lo va a saber, los que estamos en esto somos de total confianza, nadie más sabe nada... —me detengo a pensar sobre sus palabras y su actitud en los últimos días y añado—. ¿Sabes algo?

—¡No! —se apresura a decir—. Sólo es que me preocupo...

—No hay motivos —intento tranquilizarle con una sonrisa.

Él se despide rápidamente y me quedo pensando en la rara conversación que hemos tenido. ¿Es que sospecha de alguien? Nunca suele hablar con los demás y menos decir que le preocupa algo.

Creo que necesito un descanso. Como aún tengo el móvil en la mano llamo a Helen para salir un rato y despejarnos cuando acabe.

Helen trama algo o yo ya estoy paranoica, que no me extrañaría nada, porque en las últimas semanas me he visto envuelta en un lío de espionaje industrial y negocios sucios que no sé si me han terminado de volver loca. No es que no lo estuviera un poco, pero disimulaba mejor, ahora voy mirando a mi espalda por si alguien me sigue... Pero es que las palabras de Andrew me han hecho pensar más de la cuenta. ¿Y si McLeod tiene a su espía y a su detective siguiéndome aún y descubre que soy Penélope Doyle?

—No estás bien —reconoce mi amiga mientras voy mirando a un lado y otro.

—No es eso, es que llevo una semana muy estresada, ya te he dicho que necesitaba relajarme.

—Bueno, cuando bebas un poco te sentirás mejor.

—Esa es la idea. ¿Y tú por qué miras también a todas partes? Parece que

tienes manía persecutoria.

—No es eso tampoco —dice riendo—. Es que estoy buscando a un chico con el que había quedado.

—Un chico... Mmmm —digo mirando a mi alrededor también. Hay unos cuantos, algunos más guapos que otros, pero no debe ser ninguno de ellos.

—Bueno, mientras viene cuenta qué pasó con el señor McLeod —dice aceptando de buena gana el cóctel que le ofrece el barman.

—¿Qué es esto?

—No preguntes.

—Está bien, tal vez me ayude a bajar el estrés —acepto dando un sorbo corto por si es tóxico. Bueno, tóxico seguro que es—. Y respecto a "Thor" —ya uso el nombre en clave para hablar de él por si hay espías o detectives cerca...—Cómo decirlo, ninguna novedad, no le he visto en los últimos dos días porque estoy muy liada trabajando.

—¿No sospechará si desapareces así? —pregunta sorbiendo de la pajita que le han puesto junto a un montón de sombrillas, corteza de frutos y azúcar.

—Es un riesgo, sí —admito sorbiendo también de mi cóctel—, o podría llamarle dentro de un rato y follármelo. Para disimular.

Helen se queda boquiabierta, luego se ríe y después tira la pajita de su cóctel y se lo bebe de la propia copa.

—¿Qué? —pregunto asombrada.

—Para disimular... —repito mis palabras riendo.

—Claro, tú misma lo has dicho. Hay que evitar sospechas.

—Ya me gustaría a mí evitar sospechas así, follando.

—¡Y a nosotras! —gritan dos voces a nuestra espalda que oímos perfectamente a pesar del jaleo que hay en el interior de la discoteca.

Helen grita, Jenny grita, Claire grita y yo no voy a quedar mal, por lo que grito también dando saltitos como unas locas.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto cuando recupero el aliento tras el espectáculo que hemos protagonizado.

—Hemos venido a celebrar tu cumpleaños por adelantado —responde Jenny.

—Y a comprobar si es verdad todo lo que habéis dicho en el grupo —añade Claire.

—Queremos conocer a Thor.

—En vuestros sueños —respondo seria alzando una ceja.

—En nuestros sueños ya lo conocemos —reconoce Jenny con una sonrisa donde se le ven todos los dientes, tan blanquitos y alineados que parece una hiena—. Queremos conocer al de verdad.

—Es un ser mitológico noruego, Thor no existe —les recuerdo riendo.

—A ella, en realidad, le da igual de dónde es, se lo folla igual —dice Helen riendo a carcajadas después.

Yo la miro frunciendo el ceño boquiabierta.

—¡Helen! —la llamo quitándole la copa, ya vacía, de las manos.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

—Tú no has bebido tanto —le recuerdo—, a lo mejor es que no has madurado.

—Haya paz... ¡Y contárnoslo todo! —dice Jenny secándose las lágrimas de los ojos por haber reído mientras se acerca al barman.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —sugiero a pesar de saber que va a ser imposible.

Jenny y Claire se dan la vuelta al unísono tras pedir alcohol, literalmente cualquier cosa con alcohol, en la barra.

—¿En serio? —dicen ambas.

—Es que es alto secreto, no puedo decir nombres.

—Es mi jefe, y lo odia porque es su mayor enemigo, pero está buenísimo, bueno, qué voy a decir, ¡es Thor!

—Helen! ¡Me prometiste que no dirías quién es! Es importante —me lamento sabiendo que les da igual esa importancia.

—No van a decir nada, ni siquiera conocen a nadie aquí, además son Jenny y Claire —dice Helen señalándolas con ambas manos.

—Es que estoy paranoica últimamente.

—Necesitas un polvo —me aconseja Jenny.

—¡Yo necesito uno! —exclama Helen—. Ella no para.

—Es peor cuando echas uno, porque se activa algún mecanismo que hace querer más, para ti es más fácil aguantar porque llevas mucho tiempo sin sexo y te has acostumbrado.

Helen me mira ahora boquiabierta mientras las otras dos se ríen.

Noto la vibración del móvil en el bolso y no puedo evitar mirarlo, y sí, es Collin. El señor McLeod... ¿Qué le digo? ¿Que no le he visto porque estaba preparando mi estrategia-venganza contra él? ¿Que la dulce Mary Lucy Anne está bebiendo como si no hubiera un mañana en una discoteca? Todas me

miran y se acercan para ver el mensaje de McLeod.

—¿Ese es Thor? Amplía la foto —ordena Jenny con los ojos casi fuera de las órbitas.

Me veo obligada a hacer lo que piden, porque si fuera al revés creo que le quitaría el móvil de las manos para cotillear.

—Dios mío —dice Claire tras unos segundos observando su foto.

—Llámale —se limita a decir Jenny sin apenas voz.

—Para que no sospeche —me recuerda Helen sin poder aguantar la risilla.

Capítulo 6.

Sé que McLeod está interesado en mí sólo porque así se garantiza a sí mismo mi “lealtad”, y teóricamente yo estoy haciendo algo parecido, sin embargo me planteo la cuestión de que de no ser por estos detalles un hombre como McLeod jamás se habría fijado en mí. Esos guaperas siempre han pasado de mí por ser una empollona. Es la triste realidad. ¿Qué culpa tengo de serlo?! Además, ese tipo de personajes se sienten amenazados y suelen expresarlo con desprecio... Y Collin McLeod no es distinto, sólo hay que ver su aspecto. El problema es que no esperaba que hiciera las cosas tan bien... O que fuera tan cariñoso. Que cuando hablamos de otras cosas o incluso sobre el trabajo nuestras ideas parecen ir por el mismo camino. Aunque he encontrado una manera de separar mi mente de mi cuerpo e intento no darle importancia a lo que vivimos en su cama, no es que hayamos estado muchas veces juntos, pero he decidido no pensar en su cuerpo ni en nada de lo que hace y centrarme en cuánto le odio. Tengo que reconocer que es muy difícil, sobre todo ahora, que me mira con esos ojos azules tan claros.

Recuerda Penélope: sólo es el típico guaperas de instituto que tanto odiabas, me repito una y otra vez. Aunque a veces recuerdo lo que dijo aquella mujer en el restaurante sobre su problema de espalda y me siento confundida. O cuando hablamos de otras cosas. A veces bromea y a veces es tan divertido. Me está costando tanto odiarle.

Cuando llegamos a su casa y abre la puerta principal un niño viene corriendo a mí mientras lo miro paralizada como si se tratara de uno de esos dinosaurios del jurásico y yo la presa que cree que si no se mueve no la verá.

—¿Qué...?

—Éste es uno que debería estar durmiendo.

Es un niño en realidad que no se parece mucho al hombre que tengo al lado, o es adoptado o la madre era muy morena...

—¿Es tu hijo? —pregunto boquiabierta.

Él me guiña un ojo y me sonrío cogiendo al niño de la cintura y llevándoselo a la espalda para subir las escaleras de dos en dos. Madre mía

qué espalda tiene más fuerte, y qué piernas. Ahora mismo ni siquiera puedo imaginarlo como a Willy, el compañero que tenía escoliosis, el pobre era un palillo sin fuerza. Me pregunto si mi antiguo compañero seguirá igual.

—Vuelvo enseguida —se disculpa.

Yo muevo la cabeza y me siento más confusa que antes. No me lo imaginaba así, tan cariñoso con él, riendo mientras sube a ese niño a su habitación. ¿Y por qué no estaba el otro día cuando vinimos? Es todo muy raro.

Mientras me pregunto todo esto e intento dar una explicación lógica él vuelve a bajar.

—En realidad no es mi hijo, es mi sobrino, pero lo adopté cuando mi hermano quiso deshacerse de él.

Ahora estoy más sorprendida que antes. No puede ser, tiene el aspecto de ser un hombre odioso, y sin embargo cuanto más conozco sobre él más me cuesta odiarlo. Tengo que recordar cómo intentó, y sigue intentando, hundir a mi hermano y a mí.

Él me sujeta del codo con una caricia y me indica que le siga hasta el salón. No soy capaz de pensar en lo que hago y lo que hace él mientras camino a su lado.

—¿Por qué odias tanto a los Doyle?

Si se ha sorprendido por la pregunta no lo muestra, sino que se limita a sonreír mientras abre las puertas dobles del salón que dan al enorme vestíbulo.

—No sabes cómo me costó llegar hasta donde he llegado. Las veces que rechazaron mis propuestas en los bancos u otros empresarios, y las veces que me respondieron que no era nadie y que sólo trataban con hombres de prestigio como “el señor Doyle”. ¿Y qué ha hecho Robert Doyle para merecer ese trato preferente? Además él también fue uno de los que se negó a hacer negocios conmigo. Él habría marcado ejemplo. Su rechazo marcó una línea a seguir en otras personas.

Yo no sé qué contestar y me limito a encogerme de hombros.

—No es nada personal, son negocios.

—Creo que sí es algo personal.

Si hubiera sido Jonathan y la propuesta de McLeod le hubiera parecido interesante tal vez la habría aceptado. No es culpa de Robert ser menos lanzado en estos temas, es su carácter. Es una pena que McLeod no lo conozca

como yo.

Él me mira frunciendo el ceño y luego respira profundamente caminando hacia el mueble bar de madera color caoba. Una antigüedad que tal vez le ha costado una pequeña fortuna, al igual que el resto de la decoración.

—No odio a todos los Doyle —dice mientras sirve una bebida que no puedo ver ahora en dos copas, al igual que no puedo ver su expresión.

No dice nada más sobre eso, y no sé a qué ha querido referirse, ¿no odia a mi otro hermano y a mi padre? ¿Qué significa que no odia a todos los Doyle?

No me doy cuenta de que lo tengo frente a mí con la copa hasta que lo tengo a un palmo. Me mira de una forma muy rara, no sabría describirlo con seguridad, pero tal vez entre el enfado y el deseo... Yo niego y cojo la copa que me ha ofrecido para dejarla sobre la mesa que hay delante del enorme sofá. Alargo las manos hasta su cuello y no dejo de mirarlo a los ojos. Me hipnotiza con esos ojos. No lo puedo evitar. Él deja caer la copa sobre la alfombra y me besa de una forma que no había hecho antes. Como si quisiera no acabar nunca esta noche. Como si no quisiera despegar sus labios de los míos en lo que nos queda de vida.

He cerrado los ojos por un momento y los he tenido que volver a abrir, porque siento cosas demasiado peligrosas, y es mejor que tenga los pies en la tierra.

Y, sin embargo, ha sido peor abrir los ojos, porque veo los suyos mirándome de una forma que me confunde y me atrae demasiado. Debería parar todo esto ahora mismo, aunque las consecuencias fueran las que fueran, pero no soy capaz, es como si estuviera atrapada por una conexión superior a mi voluntad y me dominara por completo. No puedo separarme de él. Estoy atrapada por sus labios y sus ojos.

Y me atrapa literalmente, sujetando mis manos a mi espalda y besándome ahora el cuello, siguiendo un camino imaginario por mi escote, abriendo con los dedos de la mano que tiene libre los botones de mi vestido y tirando de la tela de mi sujetador hacia abajo. Sigue besándome, deslizando ahora su lengua hasta mi pecho y ya no puedo dejar de gemir. Es demasiado bueno haciendo esto.

—Vamos a la cama, quiero que esta vez sea diferente, quiero que nos entretengamos más tiempo.

¿Hay algo más de lo que hemos hecho hasta ahora? ¿Puede ser mejor?, me pregunto tragando saliva y mirándolo atónita. ¿Quién podría rechazar lo que

propone?

No deja que lo piense y coge mi mano para que lo acompañe. Me dejo llevar mientras observo su trasero y su espalda cuando camina delante de mí hasta la puerta, y luego por la escalera que se divide en dos partes para acceder al ala este y oeste de esa enorme mansión.

Dos días después.

El teléfono no para de sonar, mi hermano Jonathan ha llamado enfadado y llevo toda la mañana dándole largas. Las cosas no están saliendo precisamente como había pensado, pero sólo necesito más tiempo. Yo sé que puedo arreglar todo esto.

—No me atrevo a coger el teléfono —admite Robert.

—Tampoco es tan grave, sólo hemos perdido algunos accionistas.

—Odio a ese hombre. ¡Cómo lo odio! —repite por enésima vez en lo que llevamos de día.

—Todo saldrá bien —intento calmarle con mi mejor sonrisa.

Cierro el portátil y me levanto con una sonrisa mientras mi hermano está sentado frente a la mesa con las manos en la cabeza.

—Vamos, he conseguido algo importante con mi paisano.

—¿Qué dices? —pregunta al borde de una crisis. Y cree que yo también me he vuelto loca como él.

—Jacob Wilson, de Kansas, ya lo tenemos.

—Ya no sé quién es ese, ni sé nada, hemos perdido la mitad de los accionistas. Ha sido peor todo lo que hemos hecho para evitarlo.

—No está todo perdido, hay cosas que no te he contado, hay cosas que sólo yo sé, pero tienes que confiar en mí. Y Jacob es el empresario de Kansas con quien vamos a firmar el mayor y más importante trato de los últimos diez años.

Robert alza la cabeza y se queda boquiabierto.

No he vuelto a ver a Collin desde la otra noche y creo que es mejor tener todo el trabajo que tengo y las dificultades, porque así olvido en cierto modo todo lo que sentí con él, dejo de preguntarme constantemente si él se siente igual cuando está conmigo o simplemente incremento el odio que le tengo y que nos haya llevado a esta situación. Lo único bueno que ha ocurrido hasta ahora, aparte del sexo..., es que le he hecho perder una buena cantidad de dinero invirtiendo en esa empresa china tras darle aquella información falsa. Todo lo que le he dicho después no ha servido para nada porque estaba

empeñado en comprar las acciones de mis accionistas minoritarios. Y por si fuera poco hemos perdido otras firmas por estar centrados en que no vendieran. A veces pienso que fue peor que me informara de eso, porque nos hemos vuelto un poco locos y hemos abandonado otras líneas que teníamos marcadas.

—Espero terminar a tiempo para llegar a terapia.

—¿Y te sirve de algo? —pregunta a medio camino de llegar a las lágrimas.

—¿No ves mi sonrisa? En otras circunstancias habría destrozado este despacho... —añado ante su mirada desconfiada.

Tengo que reconocer que lo que idee con Jonathan está saliendo bien y por eso sonrío, pero hasta que no lo consiga no quiero que Robert se entere, porque me altera demasiado su negatividad. Además, me gusta contar los éxitos, no los intentos.

—Entonces será mejor terminar pronto y que llegues a tiempo a tu terapia.

Llamo a la puerta pero no espero a obtener permiso para entrar, parece que Andrew se ha acostumbrado y ya no se sorprende si entro como un huracán. Sé que no es muy normal mi comportamiento, pero es que es importante.

—Esto es un desastre, y nosotros tenemos algo de culpa en ello —le espeto a Andrew cerrando la puerta tras de mí.

—Lo sé, es que no encuentro el momento de hablar con Robert.

—Ni yo —digo apesadumbrada sentándome en una de las dos sillas que hay frente a su mesa.

—¿Y si hablamos con Isabella? —sugiere, y a mí se me ilumina el rostro.

—¡Claro! Es una buena idea. No podemos cruzarnos de brazos con todo lo que sabemos mientras la empresa se hunde cada vez más. Nos quedaríamos sin trabajo y encima nadie nos querría contratar, después de algo así.

Ambos nos levantamos y nos dirigimos al despacho de Isabella decididos, aunque a medida que nos vamos acercando por el pasillo nuestra determinación va menguando y nuestros pasos se hacen más lentos.

—Tal vez deberíamos seguir de nuevo a Mary.. Averiguar algo más... —sugiere ahora Andrew.

—Tener pruebas —le apoyo.

—Hacer fotos...

—Buena idea.

Cuatro horas después estamos agazapados en un portal esperando que aparezcan McLeod y Mary, porque he estado espíandola en la oficina y sé que

estará aquí. He cometido algunas ilegalidades, como mirar su móvil para ver sus mensajes, y he descubierto que había quedado aquí para cenar. Si pudiéramos escuchar lo que dicen sería maravilloso. Y si pudiéramos grabarlo, tendríamos lo que necesitamos. Aunque ya nos conformamos con una simple foto... Tal es nuestra desesperación.

—¿Qué haremos si todo sale mal? —me pregunta Andrew arrebujiándose en su chaquetón negro y mirándome con esos ojitos de cordero degollado que tanto le caracterizan.

Lo miro alzando la vista, porque es mucho más alto que yo, demasiado alto, y me encojo de hombros. La verdad que no tengo respuesta para eso.

—Tendría que habérselo contado al señor Doyle el primer día que la oí hablar con McLeod —me lamento.

—Por allí viene Mary —dice en tono de alerta observando el coche que se acerca, con McLeod y sí, es ella.

—Nos van a ver —digo muy nerviosa.

Andrew me abraza y me atrae hacia él y cuando ambos bajan del coche él me atrapa la cabeza y me besa. Siento sus labios suaves en los míos mientras oímos las voces de Mary y McLeod. Y de pronto siento los labios de Andrew abriéndose y los míos haciendo lo mismo. Apenas puedo verle en la oscuridad pero siento sus ojos sobre mí. Creo que hace demasiado tiempo que no me besaba un chico, o tal vez es que él lo hace demasiado bien, pero no puedo apartarme y mi lengua explora su boca dejándome llevar por unos minutos. Él me aprieta aún más fuerte contra su cuerpo y noto su erección.

—Tenemos que hacer las fotos —digo apartándome y recuperando el control.

No sé qué me ha pasado, qué nos ha pasado. Él sólo ha simulado que me besaba para que Mary no nos descubriera, y yo le he besado de verdad. Pensaré que estoy loquísima... Aunque él también se ha puesto... No sé qué pensar ahora, será mejor que hagamos las fotos y nos vayamos de aquí.

Saco el móvil y le doy a la opción de hacer unas mil fotos seguidas para ver si en alguna salen bien, porque evidentemente no puedo poner el flash y las manos me tiemblan en este momento, así que no sé si será capaz la cámara de sobreponerse a mi inestabilidad y enfocar algo.

Jenny ha decidido quedarse unos días más en Nueva York, ya que ha perdido su empleo y no tiene nada mejor que hacer que ir de fiesta en fiesta por la ciudad mientras se aloja en mi apartamento, bueno, no es mío, es de la

familia, aquí vivieron mis hermanos antes que yo.

—Es impresionante —dice ella mirando por el enorme cristal que forma la pared del salón del apartamento y que permite ver casi toda la ciudad—. ¿Y ese hombre tiene un apartamento igual?

—Sí, pero sólo me llevó allí una vez, debe utilizarlo para los ligues de una noche... —digo refunfuñando amargada.

—Ligues de una noche... No me importaría conocer a un tipo así —admite sin girarse—. Yo creo que si te ha llevado a su casa eres mucho más que un ligue.

—Claro, soy la persona que cree que le da información sobre los Doyle, sobre Robert. Lo que pretende es hundirnos.

—Pero no lo está consiguiendo, de hecho habéis comprado parte de las acciones de McLeod.

—Las ha comprado Jonathan, haciendo algunas trampas.

—Entonces has ganado, no sé de qué te preocupas.

—Haber ganado en los negocios no significa que haya ganado en otros ámbitos, además McLeod ha conseguido el 15% de nuestras acciones. No pude convencer a todos los accionistas, a pesar de lograr varias absorciones.

Jenny se da la vuelta y me sonrío.

—¿Y cuál es el problema?

—No lo sé, me siento rara. Me gusta estar con él, no es como pensaba en un principio. Es tierno y cariñoso y generoso...

—¡Dios mío! —exclama interrumpiéndome.

—Es verdad, ¿te conté lo de su hijo adoptivo? Es su sobrino.

—Sí, me lo contaste.

—No paro de hablar de Collin, ¿verdad?

—Así es —admite poniendo los ojos en blanco.

—Nunca podríamos estar juntos de verdad, siendo Penélope, quiero decir. Cuando sepa quién soy me odiará, odiará todavía más a los Doyle. Aunque eso no me duele tanto como saber que me odiará a mí en concreto.

—No sé qué aconsejar en este caso, que intentes disfrutar lo máximo posible mientras crea que eres Mary, o que intentes conocer a otro chico para no enamorarte de él. Aunque me temo que es un poquito tarde para eso.

—No estoy enamorada, es sólo, bueno, es que... ¿Tú lo has visto? Es guapísimo.

—Jamás te he visto enamorarte de un chico porque fuera "guapísimo"... —

me recuerda, y tengo que admitir que tiene razón.

—No estoy enamorada, sólo es una persona que me ha sorprendido.

—Tal vez no le importe que seas Penélope Doyle.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, te ha invitado a su casa, has conocido a su hijo, o sobrino, quiero decir que no eres un ligue de una noche, ni creo que invitara a su casa a alguien que sólo quiere seducir para que trabaje para él. Puede que haya algo más.

—Sólo quiere que confíe en él para sacar información de los Doyle.

—No necesita hacer eso, incluirte en su vida a ese nivel, quiero decir.

Jenny me ha hecho dudar más de lo que ya lo hacía hasta ahora. ¿Y si hubiera la más mínima posibilidad de que a Collin no le importara mi verdadero nombre, si le gustara yo misma y no el personaje de Mary? Todo esto comenzó como algo tan banal, como suelen comenzar todos los líos en los que me he metido en mi vida... Definitivamente necesito ir a terapia más a menudo.

—Tenemos que hablar con Robert hoy mismo —dice Kylie entrando en mi despacho sin siquiera llamar.

Cada vez que la veo recuerdo su boca y su lengua, de hecho me quedo mirando sus labios cuando está frente a mi mesa mirándome de pie muy alterada.

—De acuerdo —acepto levantándome—. Lo haremos juntos.

Ella me mira confusa y da un paso atrás cuando me acerco.

—Me gustaría aclarar antes lo que pasó anoche... —me recuerda bajando la mirada al suelo.

—De acuerdo —acepto tragando el nudo que se acaba de formar en mi garganta.

—Yo no... creo que fue el momento, no quería besarte.

—¿No querías? —pregunto decepcionado.

—Bueno, no lo sé —admite alzando la vista un segundo para volver a mirar al suelo. Veo sus mejillas enrojecer de repente y siento una seguridad mayor como para revelar lo que siento.

—Yo... Sí quería hacerlo.

Kylie me mira boquiabierta y me quedo con las ganas de escuchar su respuesta porque Robert entra en mi despacho en ese mismo instante.

—Señor Doyle —decimos los dos separándonos rápidamente, como si

estuviéramos haciendo algo prohibido.

—¿Qué os pasa a vosotros últimamente?

Ambos nos miramos y Kylie decide sacar el móvil del bolsillo de su falda.

—Señor Doyle, hemos descubierto algo —dice mostrándole la mejor foto que sacó de Mary y McLeod.

—No sabíamos cómo decírselo —añado ante la cara de estupor de Robert.

—No puede ser. ¿Qué significa esto? ¿Qué hace Penélope con ese idiota?

Ambos nos miramos boquiabiertos. ¿Ha dicho Penélope? Robert sale del despacho hecho una furia.

—¿Será su segundo nombre?

—Me suena de algo, pero ahora no caigo.

—Jenny me ha aconsejado que pase más tiempo con él, que lo enamore para que cuando suelte la bomba no se enfade.

Jayden y los demás, sentados en círculo, me miran atentamente mientras explico toda la situación. Es bastante complejo y me siento muy triste.

—A veces llegar al objetivo que hemos marcado conlleva perder en otros ámbitos —dice la doctora.

—Ganar implica perder —resume Connor.

—No sé qué hacer. No quería hacerle daño.

—Sí querías —dicen al unísono Jayden y Mark, otro de los pacientes.

Los miro frunciendo el ceño ofendida.

—Está bien, sí quería, pero ahora no. Es que no lo conocía tanto. ¿Alguna idea? Hay que ser constructivo.

—Muy bien, Penélope —corrige la doctora—. Me gusta ese cambio en ti.

—Gracias, al fin alguien reconoce mis cambios positivos —digo mirando a los demás pacientes, algunos de ellos ponen los ojos en blanco y otros resoplan.

—Todos habéis mejorado, de hecho ésta va a ser la penúltima sesión, si todo sigue así os daré el alta la próxima semana.

—¿Cómo? —decimos todos a la vez.

—Tenéis los recursos necesarios para poder resolver los problemas vosotros mismos, no me necesitáis, de todas formas si alguna vez queréis volver a coger una cita os atenderé, pero es importante que sepáis volar solos.

—Me siento huérfana de nuevo —digo mirando el suelo triste, poniendo voz a los pensamientos de los demás pacientes.

—Es injusto —se queja Jayden.

—¡Y no sé qué hacer con McLeod!

—Yo no estoy recuperado —dice Connor—, creo que tengo ganas de matar a alguien.

La psicóloga de ríe y nos mira como una madre que siente que sus hijos deben independizarse.

—Podemos quedar alguna vez para hablar de nuestros progresos —sugiero con un brillo en los ojos.

—¿Para que te aconsejemos sobre McLeod? —pregunta Jayden riendo.

—Por ejemplo. Además, ni siquiera sé lo que siento por él. Sólo tengo miedo —reconozco apesadumbrada.

—A lo mejor tienes mucho estrés —dice Jayden.

—¡Claro que tengo estrés! —le respondo y luego miro a la psicóloga—. Doctora, estoy muy mal.

Cuando salimos de la consulta, todos un poco más pensativos y un poco más tristes de lo normal, les propongo darnos los teléfonos y seguir viéndonos, tal y como he dicho en la consulta.

—No me gustan mucho esos grupos en el móvil, pero haré una excepción —afirma Jayden—. Sólo os pido que no empecéis a enviar fotos con tonterías —dice resoplando.

Las puertas del ascensor se abren y veo a Helen y Jenny muy nerviosas esperándome fuera. No había quedado con ellas, no sé por qué están aquí, ni por qué llevan esas caras traumatizadas.

—¿Ha pasado algo?

—Tu hermano a venido a casa hecho una furia, mira que el hombre es tranquilo, pero estaba que echaba chispas.

—¿Ese es el del lambo que destrozaste? —me pregunta Jayden y yo asiento.

—Se ha enterado de lo que haces con McLeod... —dice Helen.

Tardo un momento en reaccionar, pero entonces mi cerebro actúa con rapidez.

—¿Cómo se ha enterado? —pregunto mirando el móvil y comprobando al quitar el modo avión que tenía puesto en la consulta, que tengo mil llamadas perdidas de Robert, de la oficina, y hasta de Jonathan.

—No lo sé, pero me ha hecho llamar a Helen cuando ha aparecido en el apartamento y luego se ha ido como un huracán, vamos, igual que como ha venido.

—Tengo que hablar con él antes de que se le vaya la olla y llame a McLeod o algo peor.

—No sé qué puede haber peor —dice Jenny.

—Podría matarlo o darle una paliza —dice Jayden con una serenidad que no comparto en este momento.

Jenny se le queda mirando alzando la cabeza porque debe medir más de medio metro que ella.

—¿Y éste quién es?

—Soy Jayden Brown, pequeña.

—No me llames pequeña —dice ella frunciendo el ceño y estirándose. No le gusta nada que le recuerden que es bajita.

—Oh, por Dios, no discutamos, necesito hablar con Robert, sólo espero que no sea demasiado tarde —digo al borde de la desesperación mirándolos con el móvil pegado a mi oreja.

—Me ha dicho que iba a ir a la oficina por si volvías.

—No me coge el teléfono —digo asustada.

—Tengo el coche aquí mismo, os llevo —dice Jayden, y yo no lo pienso más cuando da al botón de abrir todas las puertas del taxi que hay justo delante de nosotras, encendiéndose las luces e invitándonos a entrar.

—Vas muy despacio, además si giras por allí vas a llegar antes —dice Jenny desde atrás alargando la mano entre los asientos delanteros para indicar a Jayden por dónde debería ir.

Él se contiene unos segundos, debe estar contando hasta veinte... Luego se gira un momento y me dan ganas de reír cuando veo su rostro apretando la mandíbula.

—Soy taxista desde hace ocho años, sé por dónde tengo que ir —dice entre dientes.

—Pues podrías dedicarte a otra cosa —susurra Jenny.

—¿Es que no se puede callar? —pregunta él dirigiéndose hacia mí y yo me encojo de hombros.

—Jenny, no te obsesiones, te lo ruego.

—¿Obsesionarme? ¿Con éste? Vamos, por favor...

—Puedes volver a contar hasta veinte —le recomiendo.

—En eso estaba —reconoce él.

—¿De qué habláis? —pregunta ahora Jenny confusa desde el asiento de atrás mientras Helen se ríe—. Helen no te rías, que no es momento.

—Lo siento, es que cuando estoy nerviosa me entra la risa. Es un problema, porque la gente se enfada y entonces me río más y todo son malos rollos.

—Robert no me coge el teléfono, sólo nos queda rezar —digo intentando contactar de nuevo con él.

—Estamos cerca —dice tranquilizándome Jayden.

—Gracias, te debo una Jayden.

—Estamos cerca porque el edificio Doyle estaba cerca, porque conduces como una abuelita —añade Jenny cuando ya estamos a una calle de mi destino.

Oigo a Jayden resoplar y la risilla de Helen de nuevo y pongo los ojos en blanco.

—Jenny, hace lo que puede.

Entonces él acelera y llegamos al edificio casi echando la papilla para luego rematar la jugada con un volantazo para aparcar en la puerta.

—¿Contenta? —le pregunta a Jenny girando el cuello para echarle una mirada asesina.

—Sí, pero ya podrías haber hecho esto antes —admite bajando del coche y caminando con sus pasitos cortos y rápidos.

—Gracias Jayden, creo que le has gustado, y creo que le ha molestado que la llamas bajita —digo cuando ya hemos bajado del coche y vamos corriendo tras Jenny.

Jayden se queda paralizado cuando entramos al edificio y mira el vestíbulo con la recepción, los ascensores de cristal, el personal uniformado de seguridad.

—Nos gusta cuidar la imagen —digo tirando de su brazo derecho, mientras Jenny se toma la libertad de tirar de su brazo izquierdo.

Él se deja llevar y no puedo evitar sonreír a pesar de la tensión que tengo en estos momentos. Helen nos sigue y al menos ya no se ríe, porque me estaba poniendo muy nerviosa.

Voy mirando cómo los números que indican en qué planta estamos se van encendiendo y cada vez estoy más nerviosa. Sólo espero haber llegado a tiempo.

—Kylie —digo nada más abrirse la puerta del ascensor—. ¿Está Robert?

Ella asiente e indica con el dedo su despacho mientras mira a la torre que es Jayden.

—Quedaos aquí, tengo que enfrentar esto yo sola —digo con toda la

determinación que he podido reunir en mi cabeza.

Ellos me miran intentando infundirme confianza con una sonrisa y yo agacho la cabeza y me dirijo hacia el despacho de mi hermano.

Tardo un momento en abrir la puerta mientras tengo las manos apoyadas en los pomos de las dos hojas.

—Robert —le llamo cuando lo veo en su silla con el teléfono en la mano —. ¿Con quién estás hablando?

—Con el secretario de McLeod, el muy idiota me ha puesto en espera.

Yo voy corriendo literalmente y me abalanzo sobre la mesa para agarrar el teléfono que no quiere soltar, hasta que le arañó, sin querer, y al fin es mío el tiempo suficiente para colgarlo y suspirar aliviada mientras lo mantengo apretado contra su base.

—¡Me has arañado!

—Ha sido un accidente.

—¿Qué has hecho con McLeod?

—Era un plan alternativo, no tenías que saberlo, aún.

—No quiero que te acerques a él.

—Tal vez para eso sea demasiado tarde...

La mandíbula de Robert se va desencajando por momentos y creo que no debí decir eso. Podría darle un infarto.

—No puede ser. ¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer, vamos Robert, no es para tanto. Jonathan hizo lo mismo con Claudia.

—No quiero oírlo, no quiero, esto se va a acabar ya. Ni quiero saber los motivos ni lo que has hecho —dice cogiendo su móvil del bolsillo de su chaqueta y levantándose de la silla para alejarse de mí.

Por delante de mis ojos pasa la posibilidad de no volver a ver a Collin y me vuelvo a abalanzar sobre él, pero levanta las manos y se va pasando el móvil de una a otra cada vez que lo tengo cerca.

—¿Qué está pasando aquí? —irrumpe Isabella en el despacho junto a Jenny, Helen y Jayden.

—No me quiere dar el móvil —explico separándome de mi hermano.

—¿De quién es el móvil? —pregunta Isabella.

—Suyo.

—Entonces se acabó la discusión.

—Pero es que lo va a arruinar todo.

—No, lo voy a reparar, porque esto no puede seguir así.

—Un momento —nos interrumpe Isabella—. Sé lo que ha pasado. Tenemos que calmarnos todos un poco antes de tomar una decisión.

—¿Lo ves? —le digo a mi hermano entrecerrando los ojos—. Estoy cerca de averiguar quién es el espía que tiene McLeod aquí y si Robert le llama lo va a estropear todo.

—Yo creo que es otra cosa lo que estás haciendo con McLeod.

Le dedico una mirada ofendida y vuelvo a mirar a Isabella esperando que diga algo coherente y haga entrar en razón a Robert.

—Independientemente de lo que insinuas...

—No lo insinúo, lo afirmo —la interrumpe mi hermano.

—Independientemente —prosigue Isabella—, no estaría mal saber quién es el infiltrado y si puede descubrirlo es su decisión.

Robert empieza a quejarse como si fuera un niño pequeño y sé que Isabella le hará entrar en razón. Todos miramos la escena boquiabiertos, porque Robert es tan alto y ella tan pequeña que es bastante cómico.

—Tienes una semana —dice Robert tras unos momentos de quejas y bufidos.

Tengo una semana para seguir follándome a McLeod, averiguar quién es el empleado al que sobornó para que trabajara también para él y para convencerle de que aunque me llamo Penélope y mi apellido es Doyle, no es tan importante y podemos seguir viéndonos, además una parte de las acciones de McLeod pertenecen ahora a mi familia, al igual que una parte de las nuestras le pertenecen a él. ¿Y qué une más que los negocios?

He tenido que llamar a McLeod con la excusa de tener información importante. Y ahora que estoy entrando a la propiedad por el camino de grava que lleva a la puerta principal no sé todavía qué información importante darle.

Él está esperando en la puerta cuando me acerco y aún no he elaborado ninguna estrategia.

—Te paga bien ese Doyle —reconoce al ver mi coche.

—Bueno, no es mío, es que me lo han dejado porque el mío está estropeado, y como no tengo dinero para arreglarlo... —miento y él parece que quiere reírse de mi excusa. No le veo la gracia pero bueno.

—Tienes amigos ricos...

—Hay que tener amigos hasta en el infierno —respondo con un guiño cerrando el coche con el mando.

—Nunca dejarás de sorprenderme —dice haciendo un gesto con la mano para que pase delante de él.

Últimamente está un poco enigmático, o tal vez siempre se ha comportado así, pero ahora estoy alerta. Es que ayer intentó llamarle mi hermano y tengo la sensación de que puede que Isabella no le haya convencido del todo de darme esa semana para arreglar las cosas. Tampoco tengo la menor idea de cómo arreglarlo. De momento mi única idea, y hasta ahora la mejor, es follármelo. Bueno, la idea no es exactamente mía, sino de Jenny, Jayden y Helen, que al final los he dejado divagando sobre formas de dominación y bdsm porque ya me parecía una conversación demasiado rara, sólo espero recordar algo de todo lo que han dicho. Porque según ellos podría convencerle de cuánto nos necesitamos mientras esté atado...

Penélope está muy nerviosa, es evidente, aunque intenta disimularlo. Por otra parte me hace gracia la excusa que ha puesto para presentarse en mi casa con un coche de más de cincuenta mil dólares. Y debe ser de los más baratos que ha podido encontrar en casa de su hermano, imagino.

Me pregunto hasta cuándo va a seguir interpretando el papel de Mary Lucy. ¿Esto acabará algún día?

—¿Qué información era esa que era tan urgente? —pregunto con una sonrisa cerrando la puerta con el pie para no dejar de observarla.

—Pues... Bueno, es importante, pero necesito... Necesito un trago antes, sí. ¿Tienes algo de beber? —dice adelantándose a mí para buscar ella misma en el mueble bar.

—Por supuesto.

Me dirijo al salón, que me trae unos recuerdos de cada vez que hemos estado allí... Le sirvo un vaso de vino, la veo demasiado nerviosa para algo más fuerte.

—Robert me llamó ayer —digo entregándole la copa y observándola detenidamente cuando se le escurre entre los dedos.

Se agacha para recogerla, pero creo que lo hace para poder evadir mi mirada.

—No te preocupes, te vas a cortar —y le cojo la mano para separarla de los cristales rotos y de paso acariciarla.

Ambos nos miramos y le dedico una sonrisa tranquilizadora mientras la ayudo a levantarse.

—¿Llegaste a hablar con Robert? Quiero decir con el señor Doyle.

—No, colgó antes de que pudiera contestar. Me pregunto si quería hablar sobre las acciones que me ha robado.

La expresión de Penélope no tiene desperdicio. Está preocupada por algo y creo que tiene que ver con su hermano, porque cuando he mencionado que me había llamado se ha puesto más nerviosa todavía. Tengo cierta curiosidad por saber qué quería Robert, y está claro que ella sabe qué es y no quiere que yo lo sepa.

—¿Acciones robadas? —pregunta desviando la mirada.

—Sí, las han comprado los Doyle bajo otro nombre, pero son ellos. Esos malditos... ¿Sabías algo de eso?

Ella me mira con sorpresa y algo más, creo que no debí llamar malditos a los Doyle. Noto cómo se contiene apretando la mandíbula.

—No sé nada de eso. Sólo lo que sabe todo el mundo, que algunos de tus accionistas han vendido.

—La empresa pertenece a Jonathan Doyle... —digo interrumpiéndola.

—Oh...

—Exacto, pero no creo que debamos preocuparnos, querida —aseguro acariciando su mejilla tensa, que noto relajarse bajo el tacto de mi mano.

—¿No?

Yo niego y sonrío con ternura.

—Acabo de hacer un trato con un empresario de Kansas y ahora las acciones que adquirió son mías y el negocio que ha hecho con los Doyle me pertenece.

Su expresión no tiene desperdicio y decido aprovechar su estupor para acercarme y besar sus labios. Noto la tensión en su beso y en su cuerpo y me aparto unos centímetros.

—Nunca pensé que estaría tan cerca de los Doyle —aseguro volviendo a meterle la lengua. Ahora estoy demasiado cerca de una Doyle y me encanta. Reconozco que me encanta.

Ella abre los ojos mientras me besa y noto la tensión en sus labios y en su lengua. No esperaba que hubiera descubierto sus negocios con ese hombre. Evidentemente desde que supe que ella es Penélope Doyle y no la secretaria pazguata de Robert, tuve que volver a recurrir a mis otras fuentes.

—Tengo que ir al baño —dice apartándose de mi boca.

Dejo que se vaya y espero unos segundos antes de seguirla.

Cuando se encierra en el baño me acerco lentamente a la puerta mientras

Carmen, una de las empleadas de la casa, me mira al salir de una habitación con la boca abierta. Coloco el dedo índice en mis labios para que comprenda que no debe decir nada y afortunadamente sigue su camino, aunque frunciendo el ceño y mirándome como si estuviera loco. Le tendré que subir el sueldo a la pobre mujer por todas las cosas que está viendo últimamente.

Me concentro en lo que se oye al otro lado de la puerta para confirmar que está llamando a Robert, pero no oigo nada hasta que la puerta se abre y por poco caigo sobre Penélope.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sorprendida y con la desconfianza en sus ojos.

—Yo... Bueno, tardabas. Pensé que te había pasado algo.

Ella me mira cambiando ahora su expresión y sonríe de una forma extraña.

—Vamos a tu habitación.

No le voy a discutir lo que acaba de decir, pero sé que está intentando desviar mi atención. Está ocultando algo más, si no me falla el instinto.

Llevo toda la tarde intentando descubrir qué sabe. Es que no tiene sentido: Se supone que yo debería saber más cosas de los Doyle y no la cantidad de información inútil a la que le tengo acostumbrado, y se supone que debería saber que los Doyle han adquirido algunas de sus acciones aunque sea bajo otro nombre. Yo si fuera él, desde luego, sospecharía de mí.

Y tal vez lo haga, la escenita del baño me ha parecido bastante sospechosa, menos mal que es hombre y enseguida piensan con otra parte de su cuerpo...

Y éste no es distinto. Unos besos y unas caricias y un poco de sexo y su cerebro se olvida de lo importante. O tal vez ahora esto sea lo importante.

Cada vez que le veo desnudo observo su espalda, tan frágil y ahora tan fuerte. Le habrá llevado años conseguir esa fortaleza física, partiendo de una infancia débil y seguramente triste, como aquel compañero de clase que tenía el mismo problema. Siempre acaricio su espalda cuando estamos en la cama, como hago ahora mientras me observa con esos ojos azules tan profundos. Hay veces que siento como si me conociera realmente, como si supiera quién soy, pero sé que no y entonces me siento mal conmigo misma, como si le engañara. Bueno en realidad le estoy engañando porque no soy Mary Lucy, la secretaria inocente de Robert. Y en esos momentos es cuando me pregunto cómo podría revelarle lo que tengo que decirle, pero no sé cómo.

—¿Te operaron hace mucho? —pregunto acariciando su cicatriz en la

espalda.

—Sí, hace ya mucho de eso.

—Tenía un compañero de colegio, se llamaba Will, a él también le operaron de lo mismo —recuerdo acercándome a su espalda y llenándole de besos.

Él gira la cabeza hacia el otro lado y no veo ya sus ojos.

—¿Qué fue de él?

—Eso mismo me pregunto yo, sobre todo desde que te conocí. Recuerdo el sufrimiento de ese chico...

—No me gusta recordar esos tiempos —reconoce antes de volver a girarse para mirarme.

Y cuando lo hace se me para el corazón por un momento al ver sus ojos brillantes, conteniendo algo doloroso dentro.

—Lo siento —acierto a decir con la voz compungida.

Él me sonrío y me acaricia la mejilla.

—Yo lo siento, es que nunca he hablado sobre esa época de mi vida y no quiero que pienses que era un fracasado. El típico chico marginado.

No puedo imaginarlo así, ni aunque él me lo asegure. Con su aspecto actual me parecía tan distinto cuando lo conocí. Pensaba que era el típico chulo de instituto, el guaperas que está en el equipo de football...

—Creo que te juzgué de una forma muy distinta cuando te conocí, pero te aseguro que jamás has sido un fracasado...

—¿Qué pensaste de mí?

—Creí que eras un prepotente engreído, el capitán del equipo, ya sabes... —digo en un arranque de sinceridad. Creo que me he pasado pero entonces él empieza a reír.

—¿Tienes algún problema con los capitanes de equipos?

—Suelen tratar de humillar a las empollonas. En aquellos tiempos sólo deseaba que pasara el tiempo para comprobar años después que habían fracasado en la vida.

—Eres vengativa —dice riendo aún—. Yo también pensé que eras otra persona —asegura acercándose hasta mi frente para besarla—. Sin embargo prefiero que seas como eres, de hecho me encanta.

No me da tiempo a pensar en lo que ha dicho porque empieza a mirarme de una forma que me hace pensar que quiere más sexo. Y a estas alturas yo tampoco soy capaz de negarme. Creo que estoy en la misma situación que él y

sólo pienso con una parte de mi cuerpo...

Llego al apartamento y me encuentro a Jenny, Helen y, no puedo creerlo, a Jayden también. Parece una más hablando con ellas mientras ven una película en la enorme pantalla del salón y me dejan el sofá de piel blanca lleno de palomitas y nachos. Cuando me ven aparecer tras abrir la puerta dejan de reír y me miran expectantes.

—¿Cómo fue? ¿Se lo dijiste? —me pregunta Jenny emocionada.

—Me temo que no. No he tenido la oportunidad. ¡Es que es muy difícil! Ni siquiera he logrado averiguar quién es el espía, no sé cómo averiguarlo... —me lamento apesadumbrada dejando la chaqueta y el bolso sobre la alfombra y dejándome caer en el sofá.

—Yo creo que las mujeres os complicáis más de lo que es necesario —dice Jayden antes de echarse un puñado de palomitas a la boca—. Deberías decirlo sin más —afirma con la boca llena.

Me dan ganas de reír ante la imagen de ese hombre tan grande sentado entre Helen y Jenny, que es demasiado pequeña. Además, son tan distintos, Jenny tan pelirroja y chiquitita y él tan moreno y tan grande. Y Helen tan parecida a mí.

—¿Y qué pasa si él la rechaza? —le pregunta Jenny frunciendo el ceño.

—No sé, pues que le pida perdón y ya está. Además, él tampoco es un santo... No la va a rechazar, está enganchado a Penélope —asegura echándose otro puñado de palomitas a la boca.

—¿Cómo lo sabes? Si sólo lo viste una vez —pregunto.

—Eso se sabe, había que ver cómo te miraba, y cómo nos miró a nosotros, como si quisiera matarnos por estar cerca de ti... —me explica con total naturalidad y yo me quedo pensando en sus palabras un momento.

—Sí, pero puede que si siente algo, que lo dudo, todo eso desaparezca cuando sepa que soy una Doyle.

—No lo sabrás si no lo preguntas.

—Creo que fingiré toda la vida que soy Mary Lucy... —digo resignada con un suspiro.

—Dijo tu hermano que tienes una semana —me recuerda Helen levantándose del sofá—. Creo que deberías darle más caña en la cama... Y yo debería irme a la cama también, pero a dormir.

Me levanto para despedirla mientras Jenny vuelve a poner la película y sigue hablando con Jayden. Yo no sé si esos dos se van a quedar toda la noche

ahí, pero no quisiera interrumpirles, por lo que en cuanto se marcha Helen decido irme también a la cama.

Los oigo discutir sobre la película que van a ver después, no quiero quedarme para ver qué cómo siguen discutiendo y me despido también de ellos.

—No te compliques tanto —dice Jayden desde el sofá—. Los hombres somos más simples de lo que creéis —me asegura riendo.

—No lo sé, ahora mismo no sé nada.

Mientras camino hacia la habitación me doy cuenta de cómo he cambiado en las últimas semanas. Cuando llegué a Nueva York pensaba que lo sabía todo, ahora creo que no sé nada. Ni sobre los hombres ni sobre nada más. Cuando llegué sólo pensaba que los hombres eran un incordio de los que sólo quería salvar a Thor, a Channing, al protagonista de los hijos de la anarquía y a mis hermanos, por supuesto.

Ahora creo que me había pasado con el tema, simplemente no había tenido la oportunidad de conocer a alguien como Collin McLeod. Creo que no había tenido la oportunidad de entender que no todo es lo que parece. Las cosas no siempre son cómo he imaginado o la gente no tiene por qué ajustarse a los prejuicios que yo pueda tener. Cómo por ejemplo Jayden, o Connor, dos personas que me han sorprendido, jamás hubiera pensado que esos dos, con ese aspecto, pudieran ser tan distintos. Por ejemplo Jayden, cuando me iba he visto cómo miraba a Jenny, con una ternura que jamás habría pensado que un hombre así tuviera, con ese aspecto de boxeador profesional...

Capítulo 7.

Louis se queda mirándome con esos ojitos tiernos, como cada vez que quiere pedir algo. Yo tengo la misma expresión desde que conocí a Penélope, sí, quiero pedirle algo, pero no sé cómo. Quiero decirle que sé quién es, pero no sé cómo.

Tiene ese carácter de los Doyle... Pensaré que he estado jugando con ella todo este tiempo. Yo lo pensaría si estuviera en su lugar. En resumen pensaría lo peor. Aunque hay que tener en cuenta que ella intenta lo mismo, ni siquiera sé si sigue fingiendo. A veces creo que siente algo por mí, otras no, y eso me desconcierta. Como ahora, que me pregunta por el anterior empleado a quien sobornaba para conseguir información. Intenta parecer casual, pero lleva toda la tarde intentando llegar a ese punto.

—No importa ya a quién tenga dentro del edificio Doyle. Ahora ya no estoy interesado en destruirlos. Ahora he invertido mi dinero allí y no quiero perderlo —le aclaro.

—¿Ya no quieres acabar con los Doyle? —me pregunta observando cómo acompaño a Louise hasta una de las atracciones.

Es que en mi desesperación he creído que era buena idea venir al parque de atracciones de Coney Island con mi sobrino, creyendo poder decirle la verdad y logrando su perdón dándole pena por estar con un niño. Así, he pensado que sería fácil, pero está siendo más complicado de lo que pensaba.

—No. De hecho me reuniré con Robert dentro de unos días —le aseguro alzando el cuerpo de Louis para sentarlo en un caballito y que se entretenga dando vueltas. Porque es un poco pesado y ahora me estoy arrepintiéndome de haber ideado este plan. Lo único que voy a conseguir es asustar a Penélope.

—Entonces ya no me necesitarás —susurra observando al pequeño pegada a mí.

Me giro y la miro a los ojos. Es tan bonita, a veces no puedo pensar en otra cosa que en ella. Cuando trabajo, cuando estoy reunido, apenas me concentro, al menos no como antes. Le tomo la mano y quiero decirle que la voy a necesitar siempre, quiero decirle la verdad, pero entonces mi sobrino

empieza a gritar y no puedo aprovechar el momento. No sé cómo se me ha ocurrido que sería buena idea este plan.

—Quiero algodón de azúcar —dice rompiendo el momento.

Le dedico una mirada pidiéndole disculpas y tengo que claudicar ante él volviendo a repetir en mi cabeza: "En qué momento se me ocurrió esta idea".

—Quiero ir al acuario —pide Louis tras cumplir con sus deseos previos.

—Una vez se le consiente algo cree hay que consentirle todo. ¿Quieres ir?

—Es que es demasiado mono como para negarle nada —dice ella.

—Hace lo que quiere con todo el mundo con esa carita que pone...

Ella asiente con una sonrisa triste y me pregunto si siente algo por mí, al menos una parte de lo que yo siento por ella. Lo último que me ha preguntado es si ya no la necesitaré, y no sé cómo decirle que sí. No sé cómo explicarle que me muero sin ella.

—He descubierto quién es Penélope —digo entrando al despacho de Kylie. Desde que le contamos a Robert lo que habíamos descubierto ya no hemos vuelto a estar a solas como cuando investigábamos a Mary. Lo echaba de menos y no sabía cómo volver a estar con ella hasta que se me ocurrió buscar el nombre de Penélope, es una excusa para volver a tener algo que hacer juntos, algo de lo que hablar con ella.

Kylie se quita las gafas y me mira sorprendida. Yo rodeo su mesa y me coloco a su lado delante de la pantalla del ordenador.

Tecleo las palabras Penélope Doyle en el buscador y ella vuelve a ponerse las gafas para observar la foto de una joven preadolescente junto a Robert, Jonathan y Claudia, la esposa de este último.

—Mary es Penélope Doyle. Es su cara —reconoce acercándose a la pantalla.

—Sí, y estaba liada con McLeod para espiarle. No era al revés, como pensábamos.

—Robert se enfadó porque no sabía nada de lo que estaba haciendo su hermana —deduce.

—¡Exacto!

—Pero ella no quería que él llamara a McLeod... Es que quiere seguir espiándolo.

—O porque está enamorada —digo apartando la vista de la pantalla y mirándola a los ojos para ver su reacción.

Kylie me mira a los labios y me cuesta tragar saliva. No sé si querría que

la besara o no. Si no fuera tan tímido... La otra vez era de noche, estábamos espionando a esos dos y todo ocurrió tan rápido, pero ahora es distinto, estamos en la oficina... Este ambiente no invita a hacer nada atrevido en esos términos...

—O porque está enamorada —repite en voz baja.

—Sería paradójico.

—Sería muy raro —admite rompiendo todo el encanto.

—Ahora las dos empresas están vinculadas, puede ser que lo hayan hecho aposta, para poder estar juntos y que Robert no se oponga.

—Podría ser que simplemente quisieran hacerse daño mutuamente. Quitarle el uno al otro lo que consideraban que era suyo.

La miro frunciendo el ceño y me cruzo de brazos.

—Prefiero pensar en positivo —y dicho esto me voy de su despacho dejándola con la boca abierta.

No sé qué pasó realmente ayer, cuando fuimos a Coney Island. Fue muy raro. Ahora tengo muchas dudas. Por ejemplo: ¿Por qué me llevó a Coney Island? ¿Por qué con su sobrino? ¿Por qué me tomó la mano cuándo le pregunté si ya no me necesitaba? ¿Qué me iba a decir en ese momento? ¿Por qué su sobrino nos interrumpe en cada momento importante? ¿O es que ese niño interrumpe siempre a todo el mundo? ¿Será una costumbre? ¿Será que los niños buscan la atención de los adultos constantemente?

Las últimas preguntas creo que me las hago por simple curiosidad, realmente no tienen nada que ver con las primeras, que son las que me hacen pensar más de la cuenta en cosas como qué siente McLeod o si aceptaría la realidad y me perdonaría por ser otra persona, por no ser quien dije ser.

—Así que ayer te iba a confesar su amor y se quedó en un intento — resume Jenny a su antojo.

—Eso no sé si es exactamente así. Yo no sé qué iba a decir. Puede que quisiera decir que no me necesitaba más.

—Yo no cogería la mano de una mujer para decirle eso —afirma Jayden —. No le encuentro el sentido.

—¿Lo ves?

—Lo que veo es que los dos os habéis unido para llevarme la contraria a todo lo que digo.

—Es que si todo lo que dices son sinsentidos, pues tenemos que aclararte las cosas.

—Así es —la apoya él—. Creo que deberías contar hasta veinte, dos veces —sugiere al ver mi rostro amargado.

—Sí, y dos padrenuestros... —añado negando con la cabeza.

—Vamos Pe, sólo intentamos animarte. Tal vez deberías llamarle, quedar a solas y confesarle todo de una vez.

—¿Tú crees?

—Si quieres fóllatelo antes, por si acaso..., ya sabes..., eso que te llevas.

Yo la miro incrédula, ¿realmente habla en serio esta mujer?

—Así estaríamos receptivo —dice riendo Jayden y luego mira a Jenny de una forma que sólo ellos entienden.

—No sé hasta qué punto eso tiene sentido pero como no tengo mejores ideas... —reconozco negando con la cabeza.

—Átalo a la cama como dijo Helen el otro día, así no se te escapa.

—¿Tú crees?

—Era broma, ya sabes que Helen está muy salida porque no ha echado un polvo en meses.

—No no, si es buena idea —digo pensativa levantándome del sofá y caminando hacia mi habitación para ver si encuentro algo para atarlo.

Penélope está rarísima, no es que habitualmente no lo sea un poco, pero ahora más: Me ha llamado y se ha presentado en mi apartamento alegando que no había tiempo que perder. Por eso he venido aquí, porque tenía tanta prisa que la he citado en el sitio más cercano.

Y cuando he abierto la puerta ha entrado rápidamente y me ha besado, no me ha dejado ni saludarla apenas. Se ha puesto a gemir y a empujarme como si le hubiera dado un ataque ninfómano o algo así. Me está asustando. Llamaría a la policía, o al psiquiátrico, de no ser porque me está poniendo muy cachondo.

No me atrevo a preguntarle si le ha dado algo con algún tipo de medicación por si para de hacer lo que hace, como acariciarme la polla mientras me besa. Noto sus dedos en la punta y cómo los presiona con movimientos de arriba abajo. Me besa ahora la oreja y siento un cosquilleo por todo el cuerpo... y aún mayor placer en mi sexo cada vez que me besa por el cuello.

—¿Tienes ganas? —me pregunta susurrando en mi oído.

—Ya lo sabes.

—¿Te fías de mí?

La miro a los ojos entrecerrando los míos y sonrío.

—Me fio de ti.

Su sonrisa me aterra y me pone a la vez. No sé qué tiene en mente, pero a pesar de todo estoy deseando que lo lleve a cabo.

Tira de mi mano y me lleva hasta la cama donde me empuja y yo me dejo caer.

—¿Cuánto hace que no vas a terapia?

—Me han dado el alta.

—¿Ya no eres tímida? —pregunto siguiendo con la excusa que me dio para ir a terapia.

Vuelve a sonreír y deja su bolso en la mesita, que no entiendo por qué ha traído hasta aquí. Hasta que lo abre y extrae un pañuelo y unas bridas y lo entiendo todo.

—Ya no.

—¿Qué quieres hacer con eso? ¿Bricolaje?

—Eres muy gracioso —me espeta—. No te rías tanto, a ver si luego vas a llorar —me amenaza y no puedo evitar volver a reír. Hasta que usa la primera brida con mi mano derecha para atarla al cabecero de la cama.

—Espero que no —tengo que admitir.

Ha pasado la semana que me prometió mi hermano y para más desesperación se cumple cuando Collin va a tener la primera reunión con Robert, ya que ahora ambas partes tenemos acciones del otro. Ha sido todo un desastre. Vaya manera de empezar en la empresa familiar... Ni siquiera quiero coger el teléfono de Jonathan... No digo más. Y con mi padre ya ni hablar.

—Ese tipo es un informal —dice Robert mirando su reloj digital de última generación. No sé qué mira porque ni siquiera lo ha encendido, será un gesto típico el mirar la muñeca.

Encima después de todo lo que hicimos en su cama no fui capaz de decirle la verdad. Todo lo que puse en práctica según me explicó Helen, que lo ha leído en libros de erótica, no sirvió de nada. Bueno, sólo para dejarnos exhaustos en a cama y sin fuerzas para contarle quién soy.

—Ni siquiera son las diez —digo moviéndome en la silla de la enorme sala de reuniones mientras los demás abogados y algunos de los altos ejecutivos revisan la documentación que nos ha enviado McLeod.

Robert me mira alzando una ceja.

—¿Ahora lo defiendes?

—No, claro que no.

—¿Estás de su parte? —pregunta frunciendo el ceño.

—Por favor Robert, no seas infantil —digo intentando desviar el tema.

Los abogados no muestran el más mínimo interés en nuestra conversación, ni los demás. Como Kylie o Andrew, que deben saber ya quién soy, porque desde hace un par de días me miran de una forma distinta. Incluso Kylie ha dudado varias veces al llamarme Mary. No tiene sentido seguir con la farsa, pero me niego a desvelar totalmente mi identidad porque intento atrapar el tiempo que me queda con McLeod y sólo depende de ello.

Miro el reloj y parece que todo va a cámara lenta. Hasta oigo con más intensidad el sonido del bolígrafo de Philip golpeando rítmicamente en la mesa mientras lee. Los dientecillos de John mordisqueando la patilla de sus gafas. El frufú del traje de mi hermano de tanto moverse incómodo por la espera... Y de pronto se abre la puerta y aparece tras ella Collin McLeod.

—Buenos días —saluda con una entrada triunfal como la de un conquistador romano. De pronto se me ocurre que estaría guapísimo vestido de romano... Será que todavía me duran las últimas cosas que hicimos en su cama anoche y no me he recuperado, pero no estaría mal montar una escena así...

Inclina la cabeza hacia mí a modo de saludo y me cuesta tragar saliva... Esos ojos azules me van a volver loca. Recuerdo cómo me rogaban en silencio cuando le quité la venda que los cubría y le miré mientras deslizaba mi lengua desde la base de su sexo hasta la punta... Recuerdo cómo me sentí cuando me senté sobre él tras demasiado tiempo calentándolo cuando estaba atado, y cómo me miró al hacerlo. Con una intimidad que sobrepasaba de lejos el acto físico. ¿O será que quiero creer eso? Puede que en realidad no sintiera nada más que placer, ningún sentimiento más profundo que eso...

Noto la tensión en mi hermano apretando la mandíbula, sé lo que debe estar pensando y esta mañana he preferido no hablar de ese hombre ni de nada salvo lo que tiene que ver con la forma en que vamos a afrontar el futuro con él.

—Siéntense... —dice McLeod con una sonrisa muy atractiva, la que usa cuando sabe que va a ganar, se puede ver el brillo en sus ojos—. Por favor —añade guiñándome un ojo.

Robert se ha dado cuenta y lo oigo resoplar a mi lado.

—No sabemos qué pretendes comprando nuestras acciones, pero no estamos aquí para aguantar un solo desprecio.

Collin tira de la silla y se sienta frente a Robert, que sigue de pie mientras el resto nos sentamos. Tiro de la manga de la chaqueta de mi hermano intentando que nadie vea el gesto y afortunadamente él se sienta, al fin.

—No pretendo más que ganar dinero. Podemos ganar juntos o no, pero que yo voy a ganar pueden tenerlo por seguro.

—Tan prepotente como siempre —refunfuña mi hermano ya sentado—. ¿Cómo podemos saber que no vas a intentar robarnos? Más de lo que ya has hecho.

—Bueno, teniendo en cuenta que Jonathan ya controla el treinta por ciento de mis acciones, creo que estoy pillado por los huevos, también —responde dejando caer su fuerte espalda en la silla.

Robert me mira y asiento, luego miro de reojo a Collin para ver su reacción. ¿Estará pensando que le he traicionado? Aunque es todo demasiado raro, porque también lo piensa Robert.

—Penélope, ¿qué significa esto? —me pregunta mi hermano con una cara de reproche que no he visto en mi vida en él.

—Era un plan alternativo, no quería decirte nada hasta... —digo rápidamente, pero enseguida me doy cuenta de que me ha llamado Penélope y que Collin McLeod está presente.

Y de que yo no he negado nada. Y de que ahora Collin sabe que yo sabía lo que hizo Jonathan.

Collin no muestra ninguna emoción cuando le miro boquiabierto. Tardo sólo un segundo en descubrir que él lo sabía. Sí, Collin McLeod sabía que yo soy Penélope Doyle. Lo ha sabido todo este tiempo. Mis ojos se llenan de lágrimas contenidas que por orgullo no puedo dejar salir, ya lo haré, pero ahora y aquí no. Mi cerebro se colapsa y tengo que usar toda mi fuerza y todos mis recursos para volver en sí.

Pero para lograr contener mis emociones no puedo seguir mirando a Collin, no puedo ver sus ojos azules una vez más, no puedo siquiera pensarlo.

—Convencí a Jonathan de esto para poder contrarrestar la estrategia de McLeod —le explico atrapando los documentos que tengo delante y respirando profundamente mientras los observo—. No creo que debamos preocuparnos por él —digo refiriéndome al hombre que me ha hecho tanto daño—. No nos traicionará. Tampoco quería que hicieras ninguna tontería, por eso lo mantuvimos en secreto, hasta tenerlo todo atado.

Ya no le miro en toda la mañana, mientras discutimos sobre los términos y

las líneas que seguiremos, y logro aguantar del tirón hasta que acaba la reunión. Jamás en toda mi vida he tenido que pasar una prueba tan difícil, me ha costado concentrarme e incluso había veces que mis ojos querían traicionarme, sólo pensar en el trabajo me ha ayudado a no llorar. No, Collin McLeod no nos traicionará, él sólo me ha traicionado a mí, a Mary o a Penélope Doyle.

Todo el equipo se levanta, tanto de nuestra parte como de la de Collin McLeod y sus abogados y Robert me vuelve a mirar, pero ahora lo hace de otra forma. Tal vez sea demasiado evidente que no estoy para reproches.

Collin se acerca a Robert para darle la mano y yo me escabullo entre nuestros abogados y me retiro al fin. No podría siquiera darle la mano, al menos no en este momento. Tantas comidas de olla para confesarle quién soy y él ya lo sabía... Ha estado jugando conmigo.

De repente la ira vuelve a llegar a mí y creo que toda la terapia del mundo no serviría para calmarme en este momento. Cuando salgo de la sala de reuniones dando un portazo ya no oigo la cháchara de los que hay dentro, tal vez porque se han callado, tal vez porque a mi cerebro ya no llega ningún sonido aunque existiera. Entro en el baño y cojo la papelera de metal reluciente y la tiro contra el espejo con un grito.

—Lo ves, estaba enamorada —dice Andrew regodeándose en la victoria de tener razón.

—Lo que veo es que la hemos cagado —reconozco tras un día muy raro—. ¿Has visto la cara de McLeod? Él también está enamorado y nosotros lo hemos estropeado todo diciéndole a Robert que estaban juntos.

—Pero Robert la llamó Penélope delante de él, fue un acto reflejo por la sorpresa de no saber lo que había llevado a cabo con Jonathan. ¿Qué culpa tenemos nosotros?

—Aún así me siento culpable —susurro girándome para alzar las manos hacia el perchero junto a la puerta de mi despacho.

Andrew se acerca a mí, siento sus pasos detrás y dejo caer mis manos sobre el asa de mi bolso. Sus manos en mis hombros me reconfortan por un momento y siento su calidez a través de la tela de las mangas de mi camisa. Ya he admitido ante mí que deseaba tenerle así de cerca, pero me cuesta admitirlo ante él.

—Tal vez podríamos hacer algo.

Sus palabras llegan suave y lentamente a mis oídos y relajo mis hombros

antes de girarme. Está demasiado cerca y apenas puedo respirar, creo que todo el oxígeno se lo lleva él.

—¿Qué podríamos hacer?

—No lo sé, pero seguro que encontramos la solución... Juntos —propone y me doy cuenta de que quiero besarle ya y de que es demasiado tímido.

El problema es que yo también, así que me dedico a mirar sus labios deseando que lo haga, que me bese.

—Lo haremos —digo esperanzada.

Él coloca sus dedos sobre mis labios y yo cierro los ojos mientras los acaricia. Después los aparta y siento sus labios y su lengua y ya no siento más timidez, sino que lo atrapo con mis manos en su espalda para acercarlo a mí todavía más. Noto su erección y empiezo a gemir cuando de repente él me sube agarrándome del trasero para llevarme así hasta la mesa. No esperaba que tuviera tanta fuerza. No puedo evitar meter la mano entre nuestros cuerpos cuando me deja en la mesa y se aparta unos centímetros para subir mi falda.

—No he hecho esto en mi vida —me explica—. En un despacho.

—Yo tampoco —admito—, pero no hables más —le ruego bajando sus pantalones tras comprobar lo que tiene ahí con mis manos.

Helen y Jenny me escuchan con santa paciencia mientras les explico toda la historia sentadas en el sofá de mi apartamento mientras camino delante de ellas moviendo las manos para dar más énfasis a la crueldad de Collin, a su frialdad, a sus maquinaciones.

—El capullo estuvo fingiendo todo el tiempo —acabo mi relato con esta frase, la misma con la que lo empecé.

Y dicho esto me siento en la mesa frente a ellas.

—Es un idiota —sentencia Helen—. Está bueno, pero eso no quita que sea un idiota. Te podría haber dicho que sabía quién eras.

—Es como si hubiera estado jugando contigo todo este tiempo —recalca Jenny.

—¡Exacto! Es que no os hacéis una idea de cuánto le odio. No quiero verle más, pero ahora Robert ha desvelado mi identidad y en unos días se irá con Isabella, así que no tendré más remedio que hacerme cargo de la empresa y trabajar con ese idiota de McLeod.

—Es paradójico que lleves toda la vida esperando este momento, hacerte cargo de la empresa de tu familia, y ahora te quejes de ello —calcula Jenny mirando al suelo.

—Lo sé, era lo que más quería en el mundo, he estudiado tanto para esto... Y ahora lo que menos quiero es tener que estar ahí y ver a Collin casi cada día. ¿Por qué me pasa esto a mí?

—A lo mejor puedes trabajar con él indirectamente —sugiere Helen y despierta mi curiosidad—. Es decir, envía a tus abogados, trata con él a través de ellos.

—¡Claro! Es una buena solución —admito levantándome y volviendo a caminar en círculos delante de ellas.

—Es una pena, con lo bueno que está... No verlo más —dice Helen encogiéndose de hombros.

Yo asiento porque realmente tiene razón, pero es un pedazo de imbécil.

—No podría soportarlo, creo que me daría otro ataque de ira, si vierais cómo dejé los baños de la oficina...

—Podrías encontrar a otro tío que se parezca y no sea tan idiota —sugiere Jenny—. Así te desfogas.

—Pues tampoco es mala idea. ¿Habrá alguno en internet?

—Estáis todas locas —dice Jayden apareciendo en el salón de repente.

—¿Qué hace éste aquí? —pregunto mirando a Jenny.

—Bueno, es pronto para decir que haya algo serio, por eso cuando has llegado le he dicho que se escondiera en la habitación —dice encogiendo el cuello y mirándome con ojitos de cordero degollado.

—Sé que tenía que quedarme en la habitación, pero es que os he oído y estoy flipando... Ese tipo ha hecho lo mismo que Penélope, se han engañado mutuamente, estáis dándole demasiadas vueltas. Debería hablar con él y aclarar lo que pasa.

—Él fue quien la buscó creyendo que era Mary Lucy para sobornarla, ella sólo le siguió el juego —aclara Jenny defendiéndome.

—¡No pienso hablar con él en mi vida! —exclamo ante la mirada en blanco de Jayden y el apoyo de mis amigas asintiendo con la cabeza.

Los hombres no entienden nada.

Tres semanas después.

La primera semana fue mala, la siguiente traté de pensar en positivo y decidí seguir mi vida tal cual había sido hasta que conocí a Penélope Doyle. Es decir, hacer como si nada hubiera pasado, eliminar ese tiempo intermedio en mi vida y seguir haciendo las mismas cosas que antes. Teóricamente parecía fácil, pero la teoría y la práctica son cosas muy distintas. Cada intento

de acercarme a ella ha sido en balde, no hay manera, siempre protegida por un ejército de abogados. No puedo siquiera llamarla. Me he vuelto loco y no he conseguido nada. Y esta tercera semana estoy conociendo los entresijos de la depresión en su nivel más alto. Me estoy volviendo loco de verdad. Mi único consuelo es que cuando llego a casa Louis intenta volverme más loco, y una locura amortigua la otra...

—¿Dónde está Carmen? —le pregunto al pequeño que me mira entrecerrando los ojos.

—Creo que está arriba. ¿Pero me vas a comprar ese juego? —me pregunta por enésima vez.

—No hay más juegos este año, ¿será posible? No tuve yo un juego hasta que tuve trabajo para comprarlo.

—Porque no existían —me espeta.

Hay que reconocer que tiene algo de razón, pero no lo voy a admitir en este momento.

—Cuando trabajes te compras los que quieras, se acabó la discusión.

—Desde que no está Mary no me compras nada —se queja y al fin aparece Carmen para ayudarme con Louis.

Tal vez tenga razón, tal vez desde que no está Mary estoy siendo más antipático de lo normal, pero soy humano, y es duro sobrellevar todo esto sin saber constantemente que ella está ahí, que puedo verla, esa sensación de tener a alguien con quien poder compartir algo más que sexo. Es muy duro. De hecho hacía años que no me sentía tan mal, desde los años del instituto, cuando todo era oscuro y triste. Y tras años construyendo una nueva vida no soy capaz de saborear el éxito por culpa de lo que siento por ella. Consigo lo que quiero y no tengo lo que quiero. Es tan paradójico todo.

Recibo una llamada de la oficina de Penélope y me quedo mirando el móvil un rato. A veces tengo la esperanza de que sea ella, pero nunca lo es. Sin embargo nunca pierdo esa sensación, el corazón se acelera un poco y siento una emoción especial cuando miro el teléfono.

Descuelgo y pregunto quién es con la voz temblorosa.

—Señor McLeod.

—¿Sí?

—Soy Kylie Miller. Yo... —se detiene y no entiendo nada.

—¿Ha ocurrido algo?

—Señor McLeod, me llamo Andrew —dice ahora una voz masculina y

entendiendo menos qué pasa que antes.

—Trabajáis con Penélope.

—Sí —dice Kylie—. Precisamente de ella queremos hablar.

No sé por qué pero me ha dado esperanzas por muy extraño que parezca. Ni siquiera sé qué quieren, pero a estas alturas cualquier cosa me da esperanzas.

—¿Cómo está?

—Verá señor, ella no está bien y creemos que podemos ayudarla de alguna forma —dice Kylie.

—Nos sentimos culpables... por razones que no vienen ahora al caso, pero viendo cómo están las cosas creemos que es necesario intervenir —añade ahora Andrew.

—¿Cómo están las cosas? —pregunto preocupado.

—Penélope apenas aparece por la oficina, nos comunicamos con ella por e-mail. No coge las llamadas y hace días que no la vemos. La última vez que la vimos estaba tan triste —se lamenta Kylie.

—¿Y qué puedo hacer yo? Tampoco coge mis llamadas, no quiere saber nada de mí.

—Bueno, hemos contactado con sus amigos y nos han dicho que esta tarde se va a ir de Nueva York.

—¿Cómo que se va? —pregunto alarmado.

—A ver a su padre.

—¡Pero si su padre está en una isla perdida del caribe!

—Lo sabemos —dicen al unísono.

Miro el reloj de mi muñeca y pregunto:

—¿A qué hora se va?

—A las cuatro.

—Maldita sea.

Capítulo 8.

Mi padre, Jonathan, Claudia y sus hijos nos reciben en el pequeño aeropuerto de la isla, ahora convertida en un resort con vuelos regulares.

—¡Al fin! —exclama mi padre apretándonos en un abrazo a Robert y a mí, y rápidamente nos deja y abraza a Isabella, que apenas puede respirar. Es demasiado pequeña para el “abrazo del oso”.

—Nuestra Penélope —dice Jonathan con una sonrisa cariñosa—. Nos has tenido en ascuas...

Yo le devuelvo la sonrisa encogiéndome de hombros y sé que es la primera vez que sonrío desde hace semanas. Creo que he llorado más que en toda mi infancia junta.

Claudia y mis sobrinos vienen también a recibirnos. El mayor, Jamie, me recuerda demasiado a Jonathan, y a mí, ya he tenido la oportunidad de conocer sus anécdotas en el instituto...

—Tendrás que ganarte mi puesto —le reto dándole un abrazo bien fuerte, como los que da mi padre.

—No lo dudes, tía Pe —acepta con una amplia sonrisa.

—Quiero ir a la piscina —se queja Robert mientras Isabella pone los ojos en blanco.

—Será mejor que vayamos o se estará quejando todo el camino —dice Isabella negando con la cabeza.

—Desde luego —acepta mi padre.

—No sé si quiero ver el tanga de papá otra vez —me lamento con un suspiro al final.

Jonathan me hace subir a un coche y deja que los demás vayan en los otros.

—¿Vamos solos?

—Creo que debemos hablar.

Yo frunzo el ceño y lo miro confusa cuando se pone en marcha el vehículo.

—Estos todoterrenos son una pasada para ir por la isla —me explica metiendo la siguiente marcha y apretando el acelerador.

—Creo que te da mucho sol en este lugar... —digo enarcando las cejas y

agarrándome a la puerta—. ¿A dónde vamos? —pregunto cuando él se desvía de la carretera asfaltada y se mete por una zona agreste desprovista de un camino claro.

—Quiero enseñarte algo. Y mientras, quiero hablar contigo, hermanita.

—¿Crees que no actué bien?

—Creo que actuaste bien, pero me alegro de que ahora seas capaz de cuestionarte. Has cambiado y eso me alegra, pero tengo que decir que no me gusta que te deprimas. Tampoco debes cuestionar todo lo que haces. Tienes que encontrar el equilibrio. Eres demasiado joven para ese puesto, no digo que no puedas hacerte cargo, pero ninguno de nosotros empezó tan pronto y creo que estoy en la obligación de darte unos consejos, al igual que hizo papá conmigo.

—Ahora sí que estoy liada. ¿Qué consejos?

—Consejos básicos de los Doyle.

—Podrías escribir un libro con ese título —le sugiero.

—Si tuviera más tiempo lo haría, pero de momento te los cuento por el camino.

—Tendré que soportar esta tortura, porque ahora mismo no sabría cómo volver a ningún lugar civilizado —acepto mirando a mi alrededor, lleno de palmeras sin podar y maleza seca por el suelo.

—Los Doyle hacemos y tomamos lo que queremos, eso dicen, ¿no?

—Eso dicen... ¿A dónde quieres llegar?

—Es así pero porque ponemos voluntad... Robert me ha contado lo que pasó con McLeod.

—¡Oh! Es eso —me quejo.

—Está preocupado.

—Pues no hay motivos, no estoy con ese hombre. No quiero saber nada de él.

Jonathan detiene el todoterreno en seco y yo por poco echo la papilla. Luego lo miro asustada y niego.

—¿Qué haces?

—No me mientas, que soy un Doyle —me advierte y luego sonrío para meter de nuevo una marcha y poner la tracción a las cuatro ruedas.

—Ya veo que al final todos acabamos como papá... Bueno, supongo que éste es el futuro que me espera, perderé mi preciado cerebro, lo único que tengo para sobrevivir —acepto con resignación.

Jonathan ríe ante mi apreciación y luego niega con la cabeza.

—Te pareces tanto a mí... Yo también vine cuando me enfadé con Claudia. Fui tan estúpido, no quería verla... No sé en qué estaba pensando... Sólo quiero advertirte que hay más formas de ver las cosas que la que tienes en este momento, puede que ese hombre no haya actuado como tú crees.

—Yo sé lo que pasó, tú estabas aquí y no lo sabes.

—Ha estado llamando a Robert, y sabes que le odia, le ha llamado para preguntar por ti... A mí me pasaba igual, no quería que nadie me hablara de Claudia, y ahora sé que fui muy tonto.

—¿Me estás llamando tonta?

—Estoy diciendo que las cosas no son siempre como parecen, hay distintas perspectivas de una misma realidad.

De pronto me recuerda lo que aprendimos en la terapia de grupo para controlar la ira. Sí, hay distintos puntos de vista, no siempre es lo que parece.

—Pero él sabía quién era yo todo el tiempo.

—Y tú sabías quién era él, ¿quémás da? Eres una Doyle, actúa como tal y ve a por él si es lo que quieres, ¡y deja ya de llorar!

—¡Jonathan! —exclamo boquiabierta.

—Ya hemos llegado —me avisa cambiando el tono de su voz y veo una playa preciosa con el sol en el ocaso.

—Vaya —me limito a decir—. Jamás había visto esta parte de la isla.

—Lo sé. Es un rincón especial, aquí he traído a Claudia más de una vez para que me perdonara por ser tan idiota.

—Espero que sepas volver —le advierto antes de bajar del coche y acercarme hasta la orilla.

Tras tanta vegetación existe este lugar despejado de arena blanca y aguas cristalinas. El sol se refleja en el agua como si fuera una línea, porque con tanta calma en el mar apenas hay más de un solo reflejo definido.

—Es impresionante.

—Lo sé —dice sonriéndome.

Por alguna razón las lágrimas salen del borde de mis párpados y soy incapaz de detenerlas ya. Mi hermano se acerca y me abraza intentando ser un apoyo para mí.

—Sácalo todo, deja que salga y no te contengas más. Y cuando hayas dejado todo esto vuelve con más fuerza.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, no sé si son diez minutos o media

hora, o tal vez sólo unos segundos que han parecido eternos. Sin embargo, cuando ya no quedan lágrimas, una mueca en mi rostro se convierte lentamente en una sonrisa para mi hermano.

—Gracias.

Él también tiene lágrimas en los ojos, pero igualmente sonrío mientras me lleva hacia el coche de nuevo.

—Vamos o no sabré regresar —admite encogiéndose de hombros y luego corre delante de mí ante mi cara de sorpresa.

Sólo pensaba quedarme unos días, pero estar con la familia me ayuda a no pensar tanto en él. He escrito en un documento todo lo malo que ha hecho Collin para leerlo en los momentos en los que me viene la pena. El problema es que al final la lista se ha reducido tanto que sólo hay un par de reproches. Porque tal y como dijeron Jayden o Jonathan, las cosas no siempre son lo que parecen. Pero no puedo perdonar que me tratara de imbécil y jugara conmigo, es lo único que queda en esa lista. Aunque haya intentado ponerse en contacto conmigo no significa que sienta algo por mí, sólo tenemos negocios juntos. Y si remotamente sintiera algo, ¿cómo perdonar que se haya estado riendo de mí todo este tiempo? De hecho, ¿cómo va a sentir algo si ha estado riéndose de mí y jugando conmigo? Encima ha estado follándome como si fuera la cosa más normal del mundo entre enemigos. ¡Es de locos!

Llevo casi una semana en la isla y cada tarde cojo el todoterreno de mi hermano y vengo a la playa a la que me llevó el primer día, es un lugar tan especial que olvido en cierto modo todos mis pensamientos negativos. A veces imagino historias de piratas que pudieron pasar por aquí o naufragos que llegaron por casualidad. Todos tendríamos en común la suerte de ver esta maravilla. Nunca he tenido demasiada imaginación, siempre estudiando y aprendiendo lo que otros pensaron antes que yo, pero este lugar invita a dejarse llevar, a dejar volar la mente y crear cualquier cosa, aunque no haya oído hablar de ella antes o no haya siquiera imaginado. La mente, a veces, siguiendo esta línea, puede confundirse y creer que sus sentidos traen cosas que no existen. Como la voz del hombre que me ha hecho tanto daño. Y me ha hecho daño porque me enamoré de él. Como una tonta.

—Penélope —repite.

Me giro y siento que este lugar ha perdido la paz.

—Señor McLeod —digo entrecerrando los ojos—. Disculpe —digo intentando dejarlo solo.

He contado hasta veinte en dos segundos, a razón de diez números por segundo. Es lo que tiene tener una mente lógica, que todo lo voy contando aunque no tenga ningún sentido o razón para hacerlo.

—Espera, ¿me vas a dejar aquí?

—Es eso o darte un puñetazo... —aclaro por si no lo tenía claro...

—¡Pero déjame hablar antes! —lo oigo quejarse cuando meto la llave en el contacto. Hace calor pero cierro las ventanillas cuando pongo en marcha el todoterreno para no oírle. ¿Qué va a decir? Sólo va a hacer más daño. ¿Y si vuelvo a enamorarme con sus maquinaciones y vuelve a engañarme para algún juego sucio con las acciones que ha comprado a mis accionistas? ¿Cómo fiarme? Ya no podría, concluyo cuando ya voy a una velocidad excesiva para el lugar en el que estoy.

Me voy preguntando cómo me ha encontrado en la playa, bueno, ¿en la isla! Y descubro que me han traicionado amigos y hasta hermanos. No puedo creerlo. Empiezo a gritar y a dar golpes en el volante hasta quedarme afónica. Y cuando ya estoy al límite, el todoterreno se queda clavado y me detengo. Se me había olvidado poner la tracción a las cuatro ruedas con tanta ansiedad y ahora, aunque la meta, no va ni para adelante ni para atrás.

—Me cago en...

—Asistencia en carretera —dice Collin tras abrir la puerta—. Vamos, baja, que te llevo.

Yo lo miro de arriba abajo y niego.

—Ya saldré de aquí.

—Perdona que lo dude.

—¡Saldré! —grito y meto la primera marcha para darle con todas mis ganas, pero teniendo en cuenta que tengo una pared de tierra delante y que el morro del vehículo está metido en ella yo también lo dudo. Meto la marcha atrás y con la posición bocabajo no sirve de nada.

—Volveré andando —digo cuando me pregunta a dónde voy.

—Vamos, no seas tonta.

Yo le miro con más odio que antes y recuerdo lo idiota que es y cómo me ha intentado hundir, cómo ha jugado conmigo sabiendo quién era realmente.

—Perdón —dice a mi espalda—. Por favor, sube.

Me detengo y cierro los ojos. No sé qué hacer, por extraño que parezca, no sé qué hacer.

McLeod se acerca a mí y me acaricia los hombros.

—Sólo llévame.

No le miro mientras conduce a mi lado, me limito a observar la naturaleza y cómo anochece mientras me pregunto si nos dará tiempo a volver o si él sabe el camino de vuelta.

—¿Sabes hacia dónde vas? —me veo obligada a preguntar.

—Realmente no, pero veo que por aquí pasó alguien antes que yo por las marcas en el suelo y el claro que se forma...

Lo miro ahora atónita y él se ríe.

—Me ha explicado tu hermano cómo ir —aclara ante mi estupor—. Volver es lo mismo pero al revés.

Yo vuelvo a guardar silencio, no pienso hablar más con él.

—Tú querías engañarme haciéndote pasar por Mary Lucy Anne —dice Collin y lo veo encogerse de hombros por el rabillo del ojo—. Y me dijiste que Robert firmaría con un empresario chino...

Niego con la cabeza y vuelvo a concentrarme en el paisaje..., pero no puedo soportar callar ante su provocación.

—Lo primero que hiciste fue intentar sobornarme para traicionar a la empresa para la que trabajaba, te merecías un escarmiento. ¿Por qué no me dijiste que sabías quién era yo? ¿Cuándo te enteraste? Es que no sé ni por qué hablo contigo —digo cruzándome de brazos para volver a mirar por la ventanilla, pero tengo que deshacer esa pose en cuanto el todoterreno empieza a dar bandazos y me hace caer sobre él.

—Sólo quería estar contigo —se justifica cuando aparto mis manos de su muslo y su brazo, en los que me he tenido que apoyar cuando ha girado bruscamente.

—No vuelvas a hacer eso —me quejo intentando mantenerme en mi asiento.

—¿Estar contigo? —pregunta haciéndose el tonto. Aunque no tiene que esforzarse mucho, porque ya lo es.

—Dar giros bruscos.

—Entonces puedo estar contigo.

—¡Claro que no!

—Yo creo que estás deseándolo... —deja caer como si fuera el único hombre atractivo del mundo.

—Yo no deseo nada contigo.

—No es eso lo que decías la última vez que follamos... Parecías una

ninfómana, de hecho me asustaste bastante... —asegura riendo.

—No lo recuerdo —refunfuño ya sin intentar cruzarme de brazos y agarrándome a la puerta para no volver a caer sobre él.

—Yo sí, recuerdo tus dedos y tu lengua demasiado bien.

Giro la cabeza para dedicarle una mirada de odio, pero entonces él detiene el coche y me mira con esos ojos y esa sonrisa presuntuosa.

—¿Qué haces?

Él no me responde y se acerca con la misma sonrisa hasta que me besa. Hacía tanto que no sentía sus labios que no soy capaz de recomponerme y adoptar ninguna pose de enfado más. Su tacto es demasiado agradable. Su lengua acariciándome los labios y luego mi lengua es algo que yo también recordaba. Me dejo llevar, le beso igual que hace él y acaricio su pelo y su nuca para atraerlo más a mí.

—Esto no significa nada. No me fío de ti.

—A lo mejor tengo que aplicarme más.

—¿Más? —pregunto ahora sin apenas voz lamiendo mis labios y observando detenidamente los suyos.

Él no responde con palabras, sino que asiente con la cabeza y vuelve a besarme. No debería gustarme tanto. ¡Cómo lo odio!

Encima, para más desesperación empieza a acariciarme la cabeza con una ternura especial. No sé por qué pero mi cuerpo me desobedece y hace lo mismo que Collin, le devuelve cada caricia, cada roce, cada beso.

—¿Qué pretendes? —digo al fin recuperando el control.

—Sólo pretendo besarte.

—No, tú no haces nada sin una intención. Por eso te acercaste a mí cuando creíste que era la secretaria de Robert. Por eso seguiste intentando seducirme cuando supiste quién era realmente, querías el control de mi empresa... No voy a caer en tu juego otra vez —le garantizo negando con la cabeza apartándome definitivamente de él.

Nunca me ha gustado esperar, hace años que no me sentía así. Como cuando estaba enamorado de aquella chica en el instituto. Jane Fairfax. Claro que aquella obsesión no tenía sentido porque ni siquiera la había besado, ni siquiera yo le gustaba, no me veía más que como un amigo. La diferencia es que en este caso sí ha habido mucho más. El problema es que es muy tozuda y no quiere razonar. No quiere entender que no busco hacer ningún negocio o engañarla en ningún sentido, ni en el terreno amoroso ni en el ámbito laboral,

sólo quiero estar con ella.

El resto de huéspedes del resort se han marchado hacia Aruba en una excursión en ferry y el resto de habitantes de la isla están pasando la resaca en las hamacas de la piscina mientras yo voy por mi cuenta buscando la habitación de Penélope. Como no encuentro a nadie de la familia para preguntar, he tenido que sobornar a una empleada para saberlo.

Falta poco para que regresen los otros huéspedes, así que no tengo mucho tiempo para entrar en su habitación y convencerla de que su actitud es desmedida, antes de la hora de cenar. Básicamente porque estoy invitado a la mesa de la familia y no quieren que monte un espectáculo. Por lo visto todos conocen ya su carácter violento... Menos mal que mido uno noventa, porque si no creo que no entraría en su habitación. Meto la llave en la cerradura, todo muy rústico, al estilo colonial, por lo que la llave parece del siglo XVIII. La giro y oigo un ruido en el interior de la habitación. Es entonces cuando me digo: el que no arriesga no gana, y entro al fin en la guarida, de la "princesa", o el dragón. O se han fusionado y es princesa y dragón..., pienso con una sonrisa al entrar y verla tendida en la cama sólo vestida con un bikini. Cierro la puerta tras de mí procurando no hacer ruido y que no se despierte.

Me encojo de hombros al cerrar y miro de reojo la cama. Suspiro aliviado y me acerco lentamente hasta ella. Ha aprendido pronto a dormir la siesta, en sólo una semana es una habitante más de la isla. Ella abre los ojos cuando alcanzo su mano derecha y la ato rápidamente al cabecero de la cama.

—¿Qué haces?! —pregunta abriendo los ojos en exceso y moviéndose para apartarme.

No le respondo, sólo me limito a atar su otra muñeca mientras uso todo mi cuerpo para inmovilizarla.

—Déjame salir —dice retorciéndose mientras atrapo sus piernas con las mías.

No entiendo nada, porque he estado a punto de dejarla ir cuando de pronto se relaja y me mira un momento sin decir nada. Yo tampoco abro la boca, salvo para besar su oreja mientras acabo de atar la otra mano. Luego bajo hasta sus piernas y hago lo mismo. Tal vez se haya relajado comprendiendo que no podía quitarme de encima, peso demasiado, o porque me desea, desea que pase esto.

Uso un pañuelo para tapar sus ojos.

—No sé qué pretendes, pero no te va a servir de nada.

—Eso lo veremos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta cuando desato la parte de arriba de su bikini.

Lo bajo y tiro de las cuerdas para desatar la cinta que tenía detrás. Lo deslizo lentamente rozando con las cintas sus pezones y la oigo suspirar. Llevo mi pulgar hacia ellos y acaricio uno y otro alternativamente. Luego doy un lametazo a uno cuando no se lo espera y oigo su respiración acelerándose después de eso.

—¿Qué...

Susurro detrás de su oreja y se queda sin palabras cuando deslizo mi lengua tras ella. Veo cómo se hincha su pecho con profundas respiraciones y cómo sus pezones están duros como pequeñas piedras. Abandono esa parte de su cuerpo para moverme hacia abajo y desatar la otra parte de su bikini de las cintas que lo atan a cada lado. Intenta cerrar las piernas cuando lo hago, pero está inmovilizada por las bridas y no puede, está totalmente expuesta a mí y a mi voluntad.

Acaricio el interior de sus piernas con la punta de mis dedos hasta llegar a sus muslos y veo cómo se le eriza el vello de las piernas y hasta el de sus brazos.

Espera que la toque más profundamente, pero no lo hago. Decido seguir acariciando sus brazos desde la palma de sus manos hasta sus pechos con la punta de mis dedos. Rozo de nuevo sus pezones como si no tuviera interés alguno en ellos, como si hubiera sido por casualidad.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunta sin apenas voz.

—Hasta que me ruegues que pare.

—Eres un cabrón.

—Nunca afirmé lo contrario —digo antes de acercar mi lengua a uno de sus pezones.

Me entretengo con sus pechos de nuevo mientras ella se retuerce y suspira de placer. Sé cuánto le gusta y sé cómo debe sentirse ante la tortura a la que la estoy sometiendo. Vuelvo a deslizar mis manos por sus muslos mientras sigo succionando sus pezones alternativamente y noto cómo desea que acaricie su sexo, pero no lo hago, paso de largo rozando sólo ligeramente su centro. La oigo gemir y no puedo evitar sentir mi propia excitación en mi cuerpo. No sé si seré capaz de resistir mucho. Espero que me pida más y que sea pronto o corro el riesgo de correrme antes que ella.

Sin embargo, Penélope mantiene la boca cerrada y sólo la abre para suspirar.

—Cuando quieras acabará esto, te daré lo que quieras.

Mantiene su silencio y bajo la cabeza hasta su sexo. Veo cómo se abre a mí, pero luego intenta cerrar las piernas, sin embargo no puede porque las bridas tensan su piel y la mantienen abierta para mí. Yo la abro más con mis dedos y noto un temblor en su cuerpo al sentir la yema de mi índice y pulgar entre sus labios inferiores. Soplo en su clítoris acercando mi boca y se estremece intentando cerrar las piernas de nuevo, pero la mantengo abierta con mi hombro y la otra mano en el interior de sus muslos.

Empiezo a deslizar mi lengua alrededor de su clítoris hinchado sin llegar a tocar su centro y ella intenta moverse bajo mis manos. Sigo provocándola hasta que su respiración es tan rápida como el latido que siento en mi sexo. Entonces dejo que resbale por su centro mi saliva y vuelve a estremecerse. Decido usar una de mis últimas armas y acaricio durante una milésima de segundo su clítoris con la punta de mi lengua. Dejo que se calme y uso la yema de mi pulgar para pellizcar esa pequeña parte de su cuerpo.

Ahora sí gime de puro placer y decido repetirlo.

—Ya basta.

—¿Quieres que pare?

—¡No! Sigue o cuando me desates te enfrentarás a una demanda —me amenaza.

—¿Es que no sabes que con educación se consiguen más cosas que con amenazas?

Ella no responde y decido dejar de torturarla. Meto mis dedos en su interior y los muevo mientras agarro su clítoris con mis labios y lo beso. No sigo porque está a punto de correrse y decido darle algo más. Me levanto, me desnudo y me subo a la cama para deslizar lentamente mi polla en su interior caliente y palpitante. Empieza a gemir y me detengo para que no se corra tan rápido, pero ella se mueve bajo mi cuerpo hasta que me es imposible resistir. Sigo introduciéndome en su interior y noto sus convulsiones cuando empiezo a moverme más deprisa.

—No pares, por favor —ruega al fin.

—Jamás —digo aumentando la velocidad y besando su boca deliciosa y húmeda hasta que ambos gritamos entre espasmos.

Tal vez estaba equivocada y Collin McLeod no sea tan malo como

pensaba. Todo lo que yo creía en la vida como una verdad absoluta está tambaleándose. Dice Jonathan que cuanto más mayor sea más dudaré de todo, pero que al final me dará igual. Él dice que siempre hay más cosas por aprender y que él también era muy "prepotente", que creía saberlo todo al igual que yo. Yo, por mi parte, he intentado defenderme y le he asegurado que no soy prepotente y que no creo saberlo todo. No sé por qué me ha mirado como si no me creyera. Pero me da igual, será la edad, tal y como ha dicho él...

Luego ha llegado Jamie y me ha dejado sin palabras hablándome de un negocio que se trae con los compañeros de instituto.

—Sí que empiezas tú pronto. Será mejor que estudies o te comerán vivo.

—Yo creo que él se los comerá a ellos cuando se haga cargo de todo — deduce McLeod sonriéndome.

Pongo los ojos en blanco y alzo las cejas negando cuando de pronto siento unos labios encima de los míos.

—Sabes tan bien.

—Oye, no te tomes esas libertades —le advierto—. Todavía no me fío de ti.

Él sonríe enseñando todos los dientes y me acaricia la cabeza hasta cogerme por la barbilla.

—¿Quieres que te lleve a la habitación y vuelva a convencerte? — pregunta susurrándome al oído.

—Tal vez. Por cierto, ¿ya has tenido beneficios con esa empresa china?

Collin me mira y sonríe de nuevo.

—Ya empiezo a obtenerlos, sí, a pesar de todo.

—Me alegro —aseguro, aunque en realidad no me alegro, me da rabia que le haya salido bien.

—Ya sabes que tengo suerte y todo lo que planeo... Cómo decirlo, lo consigo. Planeé comprar tus acciones y que tú compraras las mías.

—¿Cómo? Pero si comprar las tuyas fue idea mía —afirmo frunciendo el ceño.

No podemos seguir discutiendo porque el dj empieza a poner la música y el restaurante del resort se convierte en una discoteca, con lo cual habría que gritar para poder escucharnos.

—Cuando volvamos a Nueva York te vas a enterar de quiénes somos los Doyle y qué hacemos cuando nos provocan —le grito para zanjar la discusión.

—Ya sé lo que haces cuando te provoco, te derrites como la mantequilla.
Él no me deja contestar y tira de mi mano para llevarme hacia la zona de baile.

—Esto no quedará así.

Epílogo.

Voy a tener que someter a McLeod a una dosis de su propia medicina para poder descubrir quién es el espía que tenía en mi equipo, pero de momento tengo que trabajar con todos ellos. Él dice que no importa, pero yo necesito saberlo, aunque ahora trabajamos juntos y nuestras estrategias ya no van en contra sino que siguen la misma línea a modo de apoyarnos, ya que estamos cogidos por los huevos, como dijo él en aquella maldita reunión con Robert.

Por alguna razón confío en McLeod, tal vez porque cuando trabajamos juntos ganamos dinero, tal vez porque le quiero, tal vez porque lo ha demostrado, al igual que yo. Podemos confiar el uno en el otro. Hace seis meses que regresamos del resort de mi padre y a veces echo de menos las tardes que pasamos en la playa que descubrió Jonathan, las que pasamos en la habitación, las que pasamos entre las sábanas, las que pasamos en el jakuzzi. Sin embargo las que pasamos aquí no tienen nada que envidiar, y los días que tenemos que trabajar juntos son tan emocionantes que no hay un solo día en el que no me despierte con ganas de empezar.

Jenny se ha trasladado definitivamente a Nueva York y por extraño que parezca se ha enamorado perdidamente de Jayden. Él parece otra persona, tan amable, tan educado, a veces no puedo creer que sea tan distinto a como parecía ser al principio. Aunque todos han demostrado ser muy distintos a como parecían, Collin, Jayden e incluso yo misma. Incluso esos dos, Kylie y Andrew, que eran tan tímidos al principio y ahora están demostrando que trabajan muy bien juntos, diría que demasiado: Ya me ha contado Collin sobre la llamada que le hicieron esos dos...